
LADY MACNOBLE
KAYLA WALLACE
La Mercenaria de las Tierras Altas

KAYLA WALLACE

La mercenaria de las Tierras Altas

LADY MACNOBLE

Copyright © 2025 LADY MACNOBLE

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin el permiso previo y por escrito de la autora.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y localizaciones de estos. Esta novela está escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.

Para quienes creen que el latido del mar puede acompasarse al de un corazón valiente;
para los que guardan en su pecho la bruma de las Highlands y en sus labios la sal de una promesa corsaria;
y, sobre todo, para ti, lector —a quien confío mi timón y mi destino—,
que se atreve a navegar entre tempestades por el simple y eterno acto de amar.

Deseo que disfrutes mucho de esta historia. Con cariño, Lady MacNoble

Prólogo

Escocia, 1490

Los campos de Dunreath se extendían verdes y brillantes bajo la suave luz de la tarde, y el viejo roble en la colina del este parecía tocar el cielo con sus grandes y majestuosas ramas. Desde lo alto de una de ellas, la joven Kayla reía con el viento en el rostro, y los rizos negros revoloteándole alrededor como si fuesen parte del bosque.

—¡Vamos, cobardica! —gritó hacia abajo, mirando cómo su hermano menor, Kai, de apenas seis años, trepaba torpemente al tronco.

Kai se detuvo, aferrado a una rama algo más baja. Sus grandes ojos azules, tan parecidos a los de Kayla, temblaban de miedo.

—No puedo, Kayla… —murmuró, con la voz temblorosa—. Me voy a caer…

—¡No digas tonterías! ¡Solo sube un poco más! —insistió ella, pero al ver que Kai no se movía, su expresión cambió—. Está bien. No te muevas, ¿de acuerdo? ¡Voy a *bajaaaar*!

Kayla comenzó a descender hasta que el crujido de la madera hizo que su corazón se detuviera.

Miró hacia abajo con el miedo recorriendo cada rincón de su cuerpo, y clavó sus ojos en los de su hermano leyendo el terror que había en ellos.

—¡Kai! ¡NO! —gritó Kayla con desesperación.

Pero fue demasiado tarde.

La rama cedió con un chasquido seco, y el pequeño cuerpo de su hermano, cayó como un saco sobre el suelo cubierto de hojas. El

golpe resonó en los huesos de Kayla con más fuerza que si lo hubiera sentido en carne propia.

Bajó como pudo, arañándose las piernas y los brazos, y cayó de rodillas a su lado. Lo llamó. Lo sacudió. Le rogó mientras sus lágrimas caían sin control.

—Kai, por favor, Kai… despierta… ¡Kai!

Pero no hubo respuesta. Solo el silencio, pesado y cruel.

Echó a correr atravesando los campos con los pies descalzos y el corazón a punto de estallar. Gritó tan fuerte que los muros de Dunreath vibraron con su voz.

Los guerreros salieron armados, y los sirvientes dejaron sus tareas para ver lo que estaba pasando. Su padre, el *laird* Robert Wallace, junto con su esposa Meredy, acudieron alertados por los gritos de la pequeña.

Kayla apenas podía articular palabras para explicar lo que había sucedido, así que los condujo hasta el árbol lo más rápido que pudo.

Cuando lo vieron allí, tendido entre las hojas, con la piel pálida y los labios fríos, el grito de Meredy desgarró el cielo.

—¡Mi hijo! ¡Mi niño!

Kayla se echó a temblar, con el alma en el suelo.

—Ha sido un accidente… Yo… yo solo quería que subiera un poco… No quería…

Meredy, con el rostro descompuesto, abrazó el cuerpo inerte de Kai y levantó la vista para mirar a Kayla con sus ojos encendidos de furia y dolor.

—¡Lo mataste! —escupió con una voz que helaba—. ¡Asesina!

—¡No! ¡No quise! —Kayla sollozaba—. ¡Lo siento!

—¡Hazla callar! —rugió Meredy al *laird*—. ¡Haz que desaparezca! ¡No quiero volver a verla jamás!

Robert Wallace miró a su hija sin expresión. Su propia sangre. Su primogénita.

Pero no dijo una palabra, solo le dirigió una mirada a uno de sus hombres, y este agarró a Kayla del brazo y la condujo hasta el castillo alejándola de la escena.



Después del entierro, la vida de Kayla se volvió gris y muda.

Su padre dejó de hablarle, de mirarla siquiera. Para él, era una sombra que ensuciaba los pasillos. Meredy, por su parte, hizo de cada día un castigo: la mandaba a dormir al establo, la obligaba a comer sobras frías, y más de una vez la dejó afuera del castillo en medio de la lluvia.

Nadie se preocupaba por ella, ni por lo mucho que estaba sufriendo la pérdida de su hermano.

Nadie... salvo Allison, una sirvienta de edad media que, en secreto, le dejaba pan y queso escondidos en los muros de la cocina, o un jarro con agua limpia al pie de su camastro.

—Tú eres más fuerte que esto, pequeña —le susurraba mientras le lavaba los cabellos sin que nadie la viera—. No dejes que ellos decidan quién eres.

—Todos me odian Allison, ojalá me hubiese muerto yo en vez de mi hermano.

—No digas eso pequeña. No fue tu culpa, fue un horrible accidente, y antes o después tus padres acabarán entendiéndolo. Lo que pasa es que ahora están muy tristes.

Kayla asintió mientras se limpiaba las lágrimas. Quería pensar que Allison tenía razón, que antes o después la perdonarían, y que su padre volvería a mirarla como lo hacía antes. Pero los meses fueron pasando y eso nunca sucedió. Y Kayla comenzó a acostumbrarse a estar sola, a cuidar de sí misma.

Una noche, cuando creía que todos dormían, Kayla escuchó una conversación que cambiaría su destino:

—No puedo soportarla más —decía Meredy—. Cada vez que la veo, recuerdo a mi niño muerto. ¡Haz algo, Robert! ¡Sácala de aquí!

—Es mi hija, y solo tiene diez años, mujer —dijo él con una voz que ya no contenía fuerza ni voluntad.

—¡Es un monstruo! ¡Una asesina! Si no haces algo, lo haré yo misma. Llévala a un convento, mátala si es necesario, pero mañana no la quiero aquí.

Kayla sintió que el mundo se cerraba sobre sí mismo, que las paredes parecían más frías, y que la oscuridad se tornaba todavía más densa. Mantuvo la respiración esperando la contestación de su padre.

En el fondo creía que él se opondría, que la defendería y cuidaría de ella como siempre había hecho. Pero las palabras nunca llegaron. Solo un silencio hueco y tan doloroso como si la atravesase el filo de un cuchillo. Kayla quiso llorar, pero no lo hizo. Apretó los dientes y los puños tan fuertes que se clavó las uñas en las palmas de sus manos.

Y ese fue el momento justo en que decidió marcharse.



Esa misma noche —con el corazón hecho trizas—, llenó un zurrón con pan duro, algo de carne salada y una manta. Se cubrió con una capa vieja y fue hasta el establo. Albahaca, su vieja yegua gris, le relinchó suavemente al verla.

—Nos vamos, amiga. Es hora de que busquemos un lugar donde sí nos quieran.

Salió del castillo sin mirar atrás.

No hubo despedidas.

No hubo lágrimas.

Capítulo 1

Escocia, 1490

El invierno caía con dureza sobre los valles del norte. El viento helado aullaba entre los árboles, llevándose con él el último suspiro del otoño. La nieve todavía no había cubierto los suelos, pero el aire era cortante, casi cruel. El bosque olía a corteza húmeda, a musgo viejo y a humo lejano. Era un mundo frío, silencioso… hostil para una niña sola.

Kayla tenía apenas diez años cuando se acostumbró a robar para sobrevivir. Los primeros meses tras huir del castillo fueron un infierno. Cada noche dormía en un sitio distinto: una iglesia abandonada, una cueva, un rincón bajo un carro.

En más de una ocasión se despertó empapada por la lluvia o con los pies entumecidos por el frío. Las primeras semanas las pasó llorando por las noches, deseando que su padre viniera a buscarla, que todo fuese un error. Pero eso nunca pasó.

Nadie vino.

Su único consuelo era Albahaca, su yegua. Dormía junto a ella cuando podía, la abrazaba como si fuera una hermana mayor. Pero un animal así requería comida, y ella no podía permitírselo. Un día no le quedó más remedio que venderla a un comerciante que le aseguró que cuidaría de ella. Cuando la vio alejarse al trote camino abajo con su nuevo dueño, algo se rompió en su interior para siempre, el dolor fue incluso más horrible que cuando tuvo que dejar su hogar. Ella la quería, y era lo único bonito que conservaba de su vida anterior.

A partir de entonces, se endureció.

Aprendió a robar con sutileza, a entrar en las cocinas sin hacer ruido, a correr por las calles empedradas sin mirar atrás. Su cabello negro se enredaba con facilidad, sus ropas estaban desgastadas y su rostro lleno de pequeños arañazos y manchas. Nadie se fijaba en ella. Era una sombra.

Hasta que conoció a Cory.

Tenía unos años más que ella, quizás doce o trece, aunque ni él lo sabía con certeza. Era delgado, de cabello castaño y mirada astuta. Lo encontró una noche mientras intentaba dormir en un cobertizo abandonado. Cory ya estaba allí, envuelto en una manta que apenas cubría sus rodillas. En lugar de echarla, le ofreció un trozo de pan seco.

Desde entonces, estuvieron juntos. Dos almas solas y heridas que se habían encontrado en la oscuridad para darse luz.

Encontraron una pequeña cabaña abandonada en el bosque y la hicieron su hogar, a pesar de que las paredes estaban cubiertas de hiedra, el techo tenía goteras, y olía a humedad y tierra mojada. Aun así, les pareció un refugio maravilloso, mucho mejor que pasar la noche al raso.

Cory sabía encender fuego con dos piedras, conocía las plantas que no se debían comer, y podía cazar con trampas hechas con ramas y cuerda. Le enseñó todo lo que sabía. Y Kayla aprendió con avidez, como si su vida dependiera de ello. Porque, en realidad, así era.

Durante cinco años compartieron todo: comida, calor, historias bajo las estrellas. En las noches de tormenta se acurrucaban juntos junto al fuego, y él le acariciaba el cabello hasta que se dormía. Kayla jamás lo decía en voz alta, pero Cory era su mundo. Su único vínculo con algo parecido al amor.

A los quince, Kayla ya era una mujer en cuerpo, aunque su alma seguía siendo la de una niña herida. Cory, en cambio, seguía pareciendo el mismo chico sonriente que la había salvado, aunque más delgado, Y más cansado.

Aquella primavera cayó enfermo. Al principio fue solo tos, después fiebre, y luego todo acompañado de escalofríos y delirios constantes.

Habían pasado tres días sin apenas comida. Kayla se negaba a dejarlo solo, lo cuidaba como podía, colocándole paños húmedos en la frente y dándole de beber agua del río. Pero él apenas reaccionaba.

—Tranquilo, Cory. Iré al pueblo y conseguiré algo caliente. Te pondrás bien —susurró, acariciando su mejilla helada.

Avivó el fuego y cubrió su cuerpo con unas pieles, y tras mirarlo unos segundos en silencio, salió con el corazón encogido y los ojos llorosos por la angustia que le provocaba verlo así.

El camino hacia el pueblo era largo. Cruzó el bosque con pasos ligeros, envuelta en una capa gris raída. Cuando la cabaña quedó atrás, algo dentro de ella se rompió: el miedo a perder lo único que amaba.

Fue entonces cuando, al borde del claro, vio la fortaleza.

Era majestuosa, de piedra antigua y torres que se alzaban como colosos hacia el cielo gris. Frente a sus murallas, en un patio interior, entrenaban mujeres. Guerreras.

Y entre todas, una destacaba como el sol entre las nubes.

Su cabello rojo ardía como el fuego, y llevaba una armadura ligera de cuero negro, ajustada a su figura ágil. Movía la espada con precisión letal, mientras los músculos de sus brazos dibujaban trazos de fuerza y elegancia. Las otras mujeres seguían sus movimientos como si de una diosa se tratara. No había miedo en ella. Solo poder, control… belleza.

Kayla se quedó inmóvil. Hipnotizada.

«Yo quiero ser como ella», pensó. «Quiero dejar de tener miedo». «Quiero luchar».

Avanzó entre los árboles, sin hacer ruido, acercándose tanto como pudo. Su mirada se desvió por un instante hacia una hoguera lateral. Sobre las piedras planas, unas liebres ya limpias descansaban, listas para ser cocinadas.

El hambre la despertó de su trance.

Casi sin pensar, se deslizó entre los arbustos, tomó una liebre y echó a correr.

Apenas había dado diez pasos cuando una mano fuerte la agarró del brazo y la arrojó al suelo con un movimiento hábil. Antes de que

pudiera darse cuenta una hoja de acero frío ya estaba tocando su cuello.

—¿Así que eres espía y ladrona? —dijo una voz grave.

Era ella. Fianna MacKendrick.

Kayla tragó saliva, con el corazón a punto de estallarle.

—Lo siento…

—¿Qué sientes? ¿Haber robado, o que te haya atrapado?

—Que me hayas atrapado —contestó Kayla, con honestidad brutal—. Significa que no soy lo bastante buena.

Fianna alzó una ceja. Bajó la espada, pero no la dejó libre.

—No lo eres. ¿Tienes hambre?

—No.

—¿Entonces por qué robas?

—No es asunto tuyo —espetó Kayla, y tiró la liebre a sus pies con gesto desafiante.

Fianna no se movió. Pero algo en su mirada cambió.

—Mereces un castigo. Pero no hoy. Alguien te necesita… ¿verdad?

Kayla la miró, sorprendida. ¿Cómo podía saberlo?

—Sí —susurró—. Está enfermo. Muy enfermo.

Fianna asintió.

—Mañana vendrás. Asumirás tus actos. Y si no lo haces, te buscaré. Y te prometo, pequeña ladrona, que te encontraré. Ahora coge la liebre y márchate de aquí.

Kayla cogió la liebre y se alejó corriendo, con el pecho oprimido y las manos temblorosas. «¿Por qué aquella mujer había decidido confiar en ella?». Aquella pregunta la carcomió por dentro todo el camino de vuelta.



El silencio de la cabaña era tan absoluto que dolía. Cuando Kayla regresó con la liebre colgando de su brazo, aún llevaba en la piel el calor de la adrenalina y en la mente la imagen de aquella mujer

pelirroja con ojos de fuego. Pero todo se desvaneció en cuanto cruzó el umbral.

—Cory… —lo llamó suavemente, dejando la liebre sobre la mesa de madera.

Pero no hubo respuesta.

Se arrodilló junto al lecho improvisado, donde la figura del muchacho yacía inmóvil con el rostro vuelto hacia el fuego apagado, y los labios pálidos.

—Cory —repitió, esta vez más alto, con un nudo en la garganta.

Lo tocó. Estaba frío.

El mundo se quebró.

—¡No! —gritó, sacudiéndolo con violencia—. ¡Despierta! ¡Cory, por favor, despierta!

Lo abrazó, lo zarandeó, le gritó tanto que hasta se le quebró la voz. Pero nada cambió. El cuerpo estaba rígido, y su amigo ya no estaba allí.

Kayla se dejó caer por completo al suelo, sollozando como si le arrancaran el alma. Maldijo al cielo, a Dios, a su padre, al mundo entero por odiarla tanto y otorgarle tal sufrimiento. Se sentía de nuevo como aquella niña de diez años que había perdido todo… pero ahora era peor. Porque Cory había sido su todo.

—Te amaba —le dijo, con la voz rota—. Nunca te lo dije, pero te amaba. Eras mi familia, mi hogar… mi esperanza.

Lo abrazó una vez más, apoyando su frente contra la suya, intentando recordar su olor, su risa, sus historias. Y lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

Cuando la madrugada comenzaba a teñir el cielo de gris, Kayla se levantó. Tenía barro en las rodillas, sangre en los labios de tanto apretarlos, y los ojos hinchados como dos lunas tristes. Pero se negó a dejarlo sin despedida.

Salió al exterior, donde la escarcha cubría la hierba y la niebla abrazaba los troncos como un sudario. Cogió una pala vieja, la única herramienta decente que tenían, y comenzó a cavar.

El suelo estaba duro. Cada palada era un suplicio para su cuerpo exhausto. Pero no se detuvo.

Cavó con furia. Con amor. Con lágrimas que caían sobre la tierra removida. Y cuando el agujero fue lo bastante profundo, volvió a la cabaña. Cubrió el cuerpo de Cory con una manta y lo sacó en brazos, con una fuerza que ni ella misma sabía que tenía, y con el cuidado de quien lleva un tesoro.

Lo depositó en la tumba con manos temblorosas.

—Apenas sé rezar, Cory… —dijo entre sollozos—. Pero gracias. Por enseñarme a cazar, por compartir el pan, por no dejarme morir sola…

Cerró los ojos y murmuró lo poco que recordaba del padrenuestro, luego se arrodilló y echó tierra sobre él hasta que el cuerpo desapareció. Dejó una piedra grande a modo de lápida y se sentó a su lado hasta que el sol rompió el horizonte.

Y entonces se levantó.

No le quedaba nada, excepto una promesa.

Se echó la capa al hombro y caminó hacia la única persona que la esperaba.



Cuando Kayla llegó a la fortaleza, el patio aún estaba tranquilo, salvo por algunos hombres que cargaban leña y vigilaban las puertas. La muchacha se dejó caer sentada junto a una de las paredes de piedra, con su cuerpo cubierto de barro seco, sus ropas rasgadas, y el rostro pálido de agotamiento.

No sabía cuánto tiempo pasó allí, hasta que escuchó unos pasos firmes y seguros resonar sobre la piedra.

—Así que has vuelto.

Kayla levantó la vista. La figura de Fianna MacKendrick se recortaba contra la luz del amanecer, alta, poderosa, hermosa. El cabello rojo le caía en una trenza desordenada por encima del hombro, y su capa ondeaba levemente con la brisa. Era una visión imposible. Una diosa guerrera.

Fianna se detuvo ante ella y le tendió la mano.

—Soy Fianna MacKendrick. No nos presentamos ayer. Me alegra que hayas tomado la decisión correcta.

Kayla la miró. Sus labios temblaron, pero logró extender la mano para estrechar la suya.

—Kayla… Kayla Wallace.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla mientras lo decía. Era la primera vez en años que alguien le preguntaba su nombre —a excepción de Cory—, y la reconocía como algo más que una sombra.

Fianna la observó con detenimiento, y después arqueó una ceja.

—¿Una noche difícil? —Kayla asintió—. ¿Tienes familia?

La joven bajó la mirada.

—Hace tiempo que no.

Fianna no dijo nada durante unos segundos, solo la observó. Luego asintió lentamente.

—Te asignaré una habitación, Kayla Wallace. Y ropa decente. Te bañarás y te reunirás conmigo en el patio. Hoy atenderás a mis guerreras y mirarás. Aprende, y no lo estropees.

—¿Ese es mi castigo?

—No —dijo Fianna, con una sonrisa casi maternal—. Creo que tu castigo ya lo tuviste anoche.

—¿Entonces qué es esto?

—Una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué?

Fianna ladeó la cabeza, como si evaluara su espíritu.

—Para ser una de nosotras.

Y en ese momento, algo en el pecho de Kayla se encendió. Una chispa. Una esperanza. Una nueva razón para seguir adelante.

Capítulo 2

Los años al lado de Fianna MacKendrick, forjaron a Kayla Wallace de una forma que ninguna otra vida podría haber hecho. Bajo el cielo inconstante de las Highlands, entrenó incansablemente desde el alba hasta la caída del sol. Su cuerpo se endureció, su mente se templó, y su alma aprendió a no doblegarse jamás.

Fianna fue su mentora, su general… y, con el tiempo, casi una hermana mayor. Kayla absorbía sus enseñanzas como si le fuera la vida en ello. Aprendió el arte de la espada, la precisión del arco, la estrategia militar, y, sobre todo, la disciplina férrea que requería ser una guerrera en un mundo gobernado por hombres.

Se convirtió en una de sus guerreras más letales, pero también en una de las más confiables.

Fianna confiaba en ella para todo: misiones diplomáticas, proteger rutas de comercio, escoltar mujeres nobles, reclutar nuevas guerreras. Kayla no fallaba jamás. Por eso, cuando una tarde de invierno Fianna la llamó a solas en su despacho, supo que lo que estaba por pedirle sería importante.

—Mi hermana Moira… —dijo Fianna, con una voz que pocas veces usaba, cargada de preocupación—. Acaba de perder a su esposo. Gavin ha sido asesinado, y estoy segura de que Bruce MacKendrick está detrás. Ese hombre es una amenaza. Y si lo hizo una vez… volverá a intentarlo.

—¿Quieres que vaya a Invernur? —preguntó Kayla, sin titubeos.

—Sí. Protégele la espalda. Moira es orgullosa, valiente y testaruda. Pero ahora está sola. Y no lo admitirá, pero… necesita a

alguien como tú. Confío en ti, Kayla. Eres la única a la que puedo confiar esto.

—Entonces partiré al amanecer —respondió ella con firmeza.

Y así lo hizo.



Las tierras de Invernur eran frías y llenas de cicatrices. El luto aún cubría los muros como niebla espesa. Kayla llegó a caballo, envuelta en su capa de lana oscura, y desde el primer día se mantuvo al lado de Moira. Pronto descubrieron que no solo compartían un carácter fiero y una lengua afilada, sino también la misma pasión por la libertad, el honor… y el acero.

Se convirtieron en inseparables.

Kayla fue su sombra, su confidente, su consejera. Moira podía reinar con puño de hierro, pero Kayla era la hoja afilada que actuaba cuando la diplomacia fracasaba. Apenas se llevaban un año, y entre ambas nació una amistad tan fuerte como el acero templado. Juntas enfrentaron conspiraciones, reforzaron alianzas, formaron un pequeño ejército leal y fiel… y nunca dejaron de buscar a Bruce.

Y cuando al fin ese malnacido cayó…

Cuando por fin, tras años de caza, venganza y sangre, Bruce MacKendrick fue ajusticiado…

Kayla supo que era hora de irse.

—¿Así que es cierto? —preguntó Moira, deteniéndose frente a ella—. ¿Te marchas?

Kayla, enfundada en su atuendo de guerrera, levantó la vista y la miró con una sonrisa tranquila, aunque había nostalgia en sus ojos.

—Lo decidí hace tiempo. Desde que Bruce murió, supe que mi parte en esta historia había terminado. Le juré a Fianna que te protegería, y lo hice. Pero ahora necesito trazar mi propio destino, Moira.

Moira asintió con la cabeza, aunque le costó aceptar aquellas palabras.

—¿Y qué harás? ¿Dónde irás?

—Donde el viento me lleve. —Su sonrisa se ensanchó—. Quiero ver más allá de nuestras fronteras, cruzar los mares, conocer otras culturas, otras guerras... quizás, incluso, encontrar algo que me pertenezca de verdad.

—Siempre fuiste distinta, Kayla. Libre —dijo Moira con suavidad.

—Y tú siempre fuiste la hermana que no tuve —respondió Kayla—. Eres fuerte, y estarás bien. Ya no me necesitas. Tienes a Hamish, tienes a tu pueblo y, aunque no lo quieras admitir, tienes a Owen.

Moira no respondió. Simplemente se acercó y le tomó la mano.

—Que los vientos te sean propicios, hermana de batalla.

Kayla bajó la mirada, visiblemente conmovida, pero no dejó que sus emociones la dominasen. Se inclinó hacia ella, le dio un fuerte abrazo, y luego, sin mirar atrás, espoleó su caballo y partió en dirección al sur, perdiéndose entre los árboles y los caminos del mundo…

Capítulo 3

El jardín.

El amanecer.

El perfume del rocío.

El rostro de ella.

Sus labios, su voz… y luego el silencio que lo devoraba todo.

—No estoy hecha para esto. Nunca seré una esposa— decía ella, con su voz desmoronando su alma

Dark gritó su nombre. Corrió tras ella.

Pero como siempre, la perdía.

Despertó jadeando, y empapado en sudor. El cuarto apestaba a licor barato, sudor y deseo malgastado. La tenue luz del amanecer se filtraba por las rendijas de las contraventanas, tiñendo de ámbar la atmósfera cargada de la posada. A su lado, una mujer desnuda aún dormía, con su cabello revuelto como la noche que habían compartido.

Dark se sentó al borde del lecho y enterró el rostro entre las manos.

Kayla.

Su nombre aún latía en su pecho. Después de tantos años… ¿por qué no podía arrancarla de su cabeza?

Con movimientos mecánicos comenzó a vestirse. El uniforme negro y burdeos de teniente al servicio del rey le pesaba como una losa. Abotonó la chaqueta con dedos firmes y echó un último vistazo a la mujer. Su rostro era bonito, su cuerpo cálido, pero vacío. Ninguna era ella.

Sacó unas monedas de su bolsillo y las dejó sobre la mesita de noche.

—Gracias —murmuró, aunque sabía que ella no lo oía.

Estaba a punto de salir cuando la puerta se abrió de golpe. Un joven soldado, con el rostro pálido y la voz temblorosa, irrumpió sin pedir permiso.

—Mi señor… ¡teniente Graham! Disculpad. Ha habido un incidente en el puerto de Leith.

Dark se giró lentamente.

—¿Qué tipo de incidente?

—Un ataque, mi señor. El mercante *The Silver Elk* ha sido abordado por piratas esta madrugada. Quemaron parte de la carga y huyeron con el resto.

Dark frunció el ceño.

—¿Y los responsables?

—Todo apunta a la Sirena Negra —dijo el joven con evidente inquietud—. La misma que ha saqueado tres navíos de bandera real en los últimos seis meses. Algunos dicen que es una mujer. Otros que es un demonio disfrazado de corsaria.

Dark cerró los ojos por un segundo. No era la primera vez que oía ese nombre.

Una mujer sin rostro que lo había burlado una y otra vez en los últimos tres años.

Una corsaria despiadada, rápida, y con un don casi sobrenatural para desaparecer justo cuando él creía tenerla. Solo una vez, en la distancia, entre el humo de una cubierta en llamas, la había divisado. Y aún hoy no sabía si fue real o un maldito espejismo.

Cabello negro como la noche. Una silueta ágil, letal. Y unos ojos que parecían contener el mar entero.

—Pronto cometerá un error —musitó para sí.

La había perseguido durante años. Ella era su obsesión. Su calvario. Pero algo en lo más profundo de él le decía que estaba cerca.

—Ensilla mi caballo. Y reúne a los hombres. —ordenó con la voz afilada—. Partimos en diez minutos hacia el puerto.

—A la orden, teniente. —El joven soldado asintió y desapareció con rapidez.



El olor a humo y salitre lo golpeó con fuerza apenas puso un pie en el muelle de Leith. El caos reinaba en el puerto: un barco mercante ardía a pocos metros del embarcadero, con sus velas hechas jirones, y las cuerdas crepitando como serpientes al fuego. El casco carbonizado se inclinaba peligrosamente, y los marineros, desesperados, se lanzaban al agua o intentaban salvar los últimos fardos que no habían sido devorados por las llamas.

La escena era infernal. Y, aun así, familiar.

Dark Graham bajó del caballo con paso firme, el rostro endurecido, y la mandíbula tensa. Cada músculo de su cuerpo vibraba con rabia. Ya sabía lo que encontraría antes de llegar. La firma era inconfundible.

La Sirena Negra había vuelto a atacar.

—¡Señor! —Un soldado lo interceptó, jadeando, aún con la chaqueta chamuscada—. ¡Hemos arrestado a uno de los suyos!

Dark se volvió hacia él rápidamente.

—¿Dónde está?

—Lo trasladamos al fuerte de Carrowmor, señor. Está esperando el interrogatorio.

Dark asintió y, sin perder tiempo, montó de nuevo y galopó hacia el norte, dejando el olor a ceniza y pólvora atrás.



El fuerte de Carrowmor se alzaba en un acantilado escarpado, con sus muros grises, altos e impenetrables recortándose contra el cielo plomizo.

Allí el viento golpeaba con más fuerza, y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas se mezclaba con el crujido de las armaduras, y de los soldados que la custodiaban haciendo sus guardias.

Dark no perdió el tiempo y atravesó la fortaleza sin impedimento alguno, hasta que entró en la celda correcta con la frialdad de un depredador. Frente a él, un mercenario de rostro curtido y mirada desafiante levantó la barbilla con arrogancia.

—¿Has venido a matarme? —masculló, aunque su voz no ocultaba del todo el temblor.

Dark no respondió. Cerró la puerta tras de sí con lentitud y se agachó a su altura, clavando en él una mirada que muchos ya conocían demasiado bien.

—Habla. ¿Dónde está?

—¿Ella? —El prisionero sonrió con los dientes amarillentos—. ¿Y qué ganaré yo con eso?

Dark entrecerró los ojos.

—Vivir, para empezar.

Hubo un momento de tensión, un segundo en que ambos se midieron. Luego, el hombre escupió a un lado y dijo con tono cansado:

—No sé su nombre. Nadie lo sabe. Pero sé dónde atracarán en un par de días. Una cala escondida al norte de Durness. Le llaman *An Fhairge fholaich*, el Mar Oculto.

Dark lo observó en silencio, sopesando cada palabra.

—¿Y por qué confiar en ti?

—Porque si no la atrapáis y ella descubre que hablé… —tragó saliva—, me cortará la lengua. Y lo hará sonriendo.

Dark no se inmutó. Solo asintió con gravedad.

—Entonces más vale que sea cierto.

Se dio media vuelta y salió de la celda sin mirar atrás.

El viento golpeó su rostro al cruzar el umbral del fuerte, llevándose consigo el recuerdo de las llamas del *The Silver Elk*, que aún ardían en su memoria.

La Sirena Negra había cometido un error. Había dejado un cabo suelto. Y ahora, por primera vez en años, él tenía una pista real.

Dentro de dos días, el destino les daría un nuevo escenario.
Y esta vez, Dark pensaba estar preparado.

Capítulo 4

El mar rugía bajo los cascos del navío, el *Seabhag Dubh*, —el Halcón Negro—, como si reverenciara a su reina. En la proa, envuelta en su capa de cuero y con el cabello negro ondeando como estandartes de guerra, Kayla Wallace se mantenía erguida como una estatua de guerra.

Su silueta, recortada contra el cielo nublado, era imponente, intimidante. Con una sola mirada era capaz de doblegar voluntades, con un solo gesto, desatar el miedo.

Ya no era la niña que dormía en el suelo de una cabaña húmeda. Ya no era la aprendiz de Fianna MacKendrick. Ahora era la «Sirena Negra», la mujer que hacía temblar las costas del norte con solo pronunciar su nombre.

Tras pasar varios años navegando como simple tripulante bajo el mando del legendario capitán Dairan «El Fiero», había aprendido a leer los vientos, a gobernar una tripulación sedienta de oro, y a combatir con la furia de una tormenta.

Fue Dairan, moribundo tras una emboscada en el fiordo de Skye, quien le tomó la mano entre estertores y la nombró capitana de su navío.

«No hay otro que lo merezca más. Gobierna con coraje. Navega sin pedir permiso», le había dicho.

Pero no todos aceptaron esa decisión.

Tres hombres se alzaron contra ella al alba del día siguiente, cuestionando su liderazgo por ser mujer, por ser más joven.

Kayla no habló. Simplemente desenvainó su espada.

Al anochecer, solo ella seguía en pie.

Desde entonces, nadie osó dudar de ella.



La cubierta del Seabhag Dubh era ahora una fiesta de sangre y oro. Cuerpos sudorosos, hombres y mujeres por igual, reían y bebían a grandes tragos mientras sacaban sacos de especias, cofres de monedas y botellas de ron del botín conseguido horas antes. El olor a pólvora, sal y euforia empapaba el aire.

Kayla observaba la escena desde el castillo de popa, con los brazos cruzados y la espalda erguida como si aún estuviera en un campo de batalla. A su lado, apoyado contra el mástil, estaba su segundo de a bordo: Ruarc MacTavish, un hombre alto y delgado, de piel curtida por el sol y barba canosa. Le faltaba el brazo izquierdo desde una pelea en el puerto de Leith, pero eso no impedía que fuera el mejor estratega de su tripulación. Sus mapas eran precisos, su mente afilada, y su lealtad a Kayla, inquebrantable.

—Se están pasando, capitana —murmuró, viendo a uno de los marineros bailar con una jarra en cada mano sobre una de las barcazas.

—Todavía no, Ruarc. Déjalos respirar… —respondió ella, aunque sus ojos seguían calculando cada movimiento.

Cuando uno de los más jóvenes comenzó a cantar a gritos un canto de guerra de las Highlands mientras vaciaba una botella de *whisky*, Kayla dio un paso al frente y su voz se alzó por encima del bullicio.

—¡Silencio!

Como si el propio trueno hubiese hablado, la tripulación enmudeció. Las jarras bajaron, los pasos cesaron, y las carcajadas se apagaron. Todos la miraban.

Kayla descendió por la escalerilla con la elegancia de un depredador.

—Disfrutad, sí. Pero celebraremos la victoria por completo cuando estemos seguros. —Sus ojos pasaron por cada uno de ellos—. Hasta entonces, mantened los sentidos afilados. Aún no

estamos en casa. La noche caerá pronto y hasta que no lleguemos a *An Fhairge Fholaich*, no descansaremos. Allí lo celebraremos como se debe. Pero si alguno de vosotros cree que puede bajar la guardia antes de eso… —Desenvainó su cuchillo lentamente y lo clavó en una barrica de vino con un tiro certero—. Que se prepare para nadar con los tiburones.

Un murmullo de nerviosa obediencia cruzó a los marineros. Las jarras se bajaron, y el orden volvió. Kayla asintió, satisfecha, y regresó a su puesto junto a Ruarc.

—Dura, como siempre —comentó él con media sonrisa.

—La suavidad es para la espuma del mar, no para quienes lo gobiernan —replicó ella, aunque en su mirada había un leve destello de cansancio.

Ya no era la jovencita que soñaba con ser libre.

Capítulo 5

El salón del trono olía a cera de abejas, cuero y responsabilidad. Dark Graham, con el uniforme impecable, avanzó por la alfombra carmesí hasta detenerse frente al rey, que lo esperaba sentado en su trono de madera labrada, flanqueado por dos nobles que cuchicheaban en voz baja.

—Parto de inmediato —dijo Dark, con firmeza.

El rey asintió lentamente.

—Ya he sido informado de todo. Puedo darte tres de mis mejores navíos, cien hombres si lo deseas. No escatimaré en recursos para acabar con esa pirata.

Dark negó con la cabeza, su voz fue clara.

—No, majestad. Un navío pequeño, veloz, y hombres que confíen en mis órdenes. Esa es la única manera de atraparla. Si vamos con una flota, ella lo sabrá antes de que crucemos la mitad del mar.

El rey lo miró con atención, pero finalmente, asintió.

—Hazlo a tu modo, Graham. Pero tráela viva.

Dark inclinó la cabeza en señal de respeto, y después se dio la vuelta para partir en cuanto antes. Conforme salió del castillo, su mano derecha, el sargento Alastar Drummond, lo esperaba en el muelle.

—¿Todo listo? —preguntó Dark.

—Como siempre, teniente —respondió Alastar, un hombre rudo, de mirada astuta y una generosa cicatriz en la mejilla izquierda.

Zarparon esa misma noche. El velero cortó las aguas del mar del norte con agilidad, llevándolos entre la niebla y el silencio hacia el

lugar que los rumores habían mencionado: una isla oculta en el norte de Durness, y conocida por pocos como *An Fhairge Fholaich.*

Dos días después, divisaron la silueta de la isla al amanecer, por fin habían dado con ella.

—¡Atraquen al otro lado! —ordenó Dark.

Rodearon la costa en silencio hasta que encontraron una ensenada cubierta por una línea de pinos. El barco se fundió con el paisaje y los hombres descendieron de la embarcación para adentrarse en la tierra.

Comenzaron la vigilancia, y las horas transcurrieron lentas.

Divisaron varias hogueras que parpadeaban en el interior de la isla, y el sonido de voces flotando en el aire nocturno.

Ella estaba allí. Lo sabía.

Antes del amanecer, Dark vio moverse una figura solitaria. Se alejaba del campamento con sigilo, cargando un par de bultos. Se escabulló entre los árboles y Dark la siguió, pero mantuvo la distancia.

Ella llegó a una cascada escondida, donde el sol naciente apenas rozaba la superficie cristalina del agua. Se despojó de sus ropas sin temor, revelando una silueta que cortó el aliento de Dark. Piel dorada por el sol, cabellos negros que caían como un manto hasta las caderas, y curvas de una belleza salvaje. Era poderosa, libre... perfecta.

Dark salió de su escondite, con su espada desenfundada.

—Sal del agua. Estás detenida.

Ella giró el rostro con tranquilidad.

—Muy honorable por tu parte, detener a una mujer desnuda.

—No estoy frente a una mujer honorable —respondió él tajante.

Después agarró su ropa del suelo y se la lanzó cerca de la orilla.

Ella caminó tranquila hacia ella, con una media sonrisa que declaraba abiertamente que no se sentía intimidada por él. Comenzó a vestirse con calma, sin prisa, sin miedo.

—Acércate —ordenó Dark cuando terminó.

Ella avanzó unos pasos y entonces ambos se quedaron paralizados. El reconocimiento fue inmediato. Los ojos se agrandaron. La respiración se detuvo.

—¡Tú...! —susurró él, helado.

—¡Tú! —dijo ella, con incredulidad.

Una ola de recuerdos, pasados y caminos divididos los envolvió como una tormenta silenciosa. El corazón de Dark comenzó a latir con violencia sin que pudiera evitarlo. No sabía si besarla o maldecirla.

Era ella. La mujer que lo había hechizado en sueños, y torturado en pesadillas.

Y entonces, antes de que ninguno pudiese decir nada, unas ramas crujieron avisándoles de que no estaban solos. En pocos segundos Alastar y otros dos hombres aparecieron por el flanco derecho del bosque.

—Bien hecho, teniente. La tenemos.

Dark quiso detenerlos, decir algo, pero sus labios no se movieron.

Kayla lo miró con rabia, con traición, pero tampoco dijo nada.

Fue esposada y amordazada sin que él pudiera impedirlo. Todo lo que pudo hacer fue mirar.



El camarote crujía bajo el vaivén del mar. Las velas ondeaban con fuerza sobre cubierta, y un viento salado colaba su lamento entre las rendijas del barco. Kayla estaba atada a un pilar de madera, con los brazos cruzados por encima de la cabeza y la mirada fiera clavada en Dark. El cabello, aún húmedo, se le pegaba a las mejillas, pero no había rastro de debilidad en ella.

Solo orgullo.

Solo fuego.

Dark apretó los puños a los costados. La vela colgante osciló sobre ellos, lanzando sombras que se deslizaban como espectros por las paredes del camarote.

—¿Una pirata? —repitió él, con la voz ronca—. ¿Era esto lo que buscabas cuando te fuiste sin decir adiós? ¿Abandonar a Moira

MacKendrick, para ser esto? Antes eras una mujer de honor, Kayla… y mírate ahora.

Kayla sonrió con amargura.

—No sabes nada de mí. Sigo teniendo honor, Dark. Sigo mis propias reglas, mis propias decisiones. Al menos no soy un perro domesticado, un lameculos del rey como lo eres tú.

Dark la fulminó con la mirada, pero su rabia tenía grietas. Porque dolía. Porque la verdad, dicha con la voz de Kayla, se sentía como una daga hundiéndosele en el pecho.

—No, lo tuyo es peor —le espetó—. Eres una ladrona. Una asesina. Una maldita traidora.

—¿Traidora? —replicó ella, arrastrando la palabra como veneno—. ¿Crees que robo por avaricia? No, Dark. No robo a los pobres, como hace el rey que tú proteges con tanto fervor. Ese cargamento eran tributos arrancados a punta de lanza de aldeanos famélicos. Niños hambrientos, mujeres que lloran mientras les arrebatan lo poco que tienen para llenar las arcas de un monarca que nunca pisó barro.

Dark desvió la mirada por un instante.

Un segundo bastó para que el silencio se infiltrara entre ellos, como un tercero en discordia.

—Cojo lo que me parece justo —añadió ella—. Y si eso me convierte en pirata, que así sea.

—No es lo correcto —dijo él, con la voz cansada.

—No puedes decirme qué es correcto, Dark Graham —replicó ella con voz baja pero afilada—. No tú, que también has matado. No tú, que has callado ante las injusticias. Al menos yo elijo mis propias batallas.

Él se giró bruscamente, golpeando con el puño una de las paredes de madera. La furia le subía por la garganta, caliente y corrosiva.

—¡Joder, Kayla! ¿Por qué tenías que ser tú?

Ella alzó el rostro, con la sombra de una herida cruzando su expresión.

—¿Y qué importa quién sea? —preguntó.

Hubo un silencio cargado, una pausa donde solo se oía el crujido del barco.

—Tengo que entregarte —dijo él al fin, con voz ahogada.

—Hazlo —le contestó ella, sin dudar—. Yo lo haría si fueras tú. No esperes misericordia de mi parte solo porque nos besamos una vez bajo las estrellas.

Dark la miró. No como soldado. No como enemigo. La miró como el hombre que había soñado con ella mil noches. La mujer que lo había dejado sin aliento con una sonrisa. La que ahora estaba encadenada como una criminal, cuando en su interior seguía siendo tan libre como el mar.

—Te matarán —le dijo, con su voz quebrándose—. Te colgarán en la plaza, ante todo el mundo. El rey no te perdonará.

Kayla le sostuvo la mirada, estaba erguida pese a sus ataduras.

—Entonces moriré con honor. Con mi alma intacta. ¿Puedes decir tú lo mismo?

La pregunta lo sacudió. No por la dureza. Por la verdad.

Dark tragó saliva. Dio un paso hacia ella. Quiso liberar sus manos, quiso gritar, abrazarla, maldecirla, besarla… pero no hizo nada. Estaba atrapado entre la espada de su deber y la piel de sus recuerdos.

—¿No hay otra salida? —preguntó, como un hombre derrotado.

Kayla bajó los ojos un segundo. El único gesto de debilidad que permitió.

—Sí. Hay una. Pero no creo que tengas el coraje de tomarla.

Y entonces levantó el rostro otra vez, desafiante. Incendiaria.

Dark retrocedió un paso. Se giró con rabia, abrió la puerta del camarote de un golpe y salió.

Porque no podía soportar lo que acababa de escuchar, ¿ella había pedido que acabara con su vida? ¿Cómo podía pedirle algo así? No lo había expresado con palabras, pero para él no había sido necesario.

Caminó rápidamente atravesando la cubierta hasta que llegó a la barandilla de popa, donde se apoyó tratando de apaciguar su rabia y su respiración, dejó que el viento helado le azotara el rostro. Lo

necesitaba. Necesitaba que la brisa lo despertara de aquella maldita encrucijada que lo atormentaba.

El cielo aún estaba velado por una suave niebla, y las velas del navío crujían suavemente al compás de las olas.

«No puedo dejarla morir, no a ella». Se repetía incansablemente.

A sus espaldas, los pasos silenciosos de Alastar Drummond se aproximaron sin necesidad de anuncio. El hombre, curtido por años de servicio, se detuvo a su lado con los brazos cruzados, observando el horizonte con la misma atención con la que examinaba una batalla.

—La conoces, ¿verdad? —preguntó con voz baja pero firme.

Dark no lo miró.

—No sé de qué hablas.

—Por supuesto que lo sabes —replicó Alastar con una media sonrisa—. He visto cómo la mirabas. No es una criminal cualquiera para ti.

Dark apretó los labios.

—Es alguien del pasado. Alguien que preferiría no haber vuelto a ver.

Alastar asintió con comprensión.

—Si esto va a ser un problema, puedo encargarme yo de todo. Tú solo da la orden.

Dark giró bruscamente hacia él.

—¡No lo será! —espetó con dureza—. Ocúpate de lo tuyo. Y haz que este navío vuele hasta el muelle. Pronto, en la isla notarán la ausencia de su capitana… y estoy seguro de que vendrán a buscarla. Pero cuando lo hagan, estaremos listos. Les esperaremos en el puerto con una fuerza que no podrán igualar. Nos desharemos de todos de una vez por todas.

—Bien, señor —dijo Alastar, sin añadir nada más, y se retiró al instante.

Dark permaneció un rato más allí, mirando el mar con la mandíbula apretada. Apenas quedaban unas millas para llegar a puerto cuando se volvió y descendió por la escotilla. Necesitaba verla. Aunque fuera por última vez antes del juicio. Aunque eso lo quebrara por dentro.



El camarote donde tenían a Kayla era oscuro, apenas iluminado por una lámpara de aceite que colgaba del techo. Ella seguía atada al pilar de madera, pero su cuerpo permanecía erguido, y con los ojos como cuchillas de hielo, sin un solo atisbo de miedo.

El cabello negro le caía desordenado sobre los hombros, y aunque la humedad le había pegado la ropa al cuerpo, su dignidad seguía intacta.

Dark se acercó en silencio, cargando una jarra de agua y una copa de metal. La llenó y se la ofreció. Kayla lo miró con una ceja arqueada.

—¿Crees que acepto limosnas del verdugo?

—No soy tu verdugo —dijo él con voz tensa.

—¿No? Entonces, ¿qué eres? ¿Un recuerdo que me trae a la horca? —espetó con sarcasmo.

Dark respiró hondo, y apoyó la copa en el suelo, junto a ella.

—Kayla, debes pedir clemencia. Di que solo eras una pieza más. Que los hombres de tu tripulación te obligaban. Invéntate cualquier historia. Solo dame algo de tiempo. Tiempo para que piense cómo sacarte de esta.

Kayla lo miró fijamente. Por primera vez, sin rabia. Solo con una mezcla de sorpresa y algo más profundo, más crudo.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué querrías salvarme?

Dark bajó la mirada un instante y luego la sostuvo con toda la fuerza de su alma.

—Porque no me lo perdonaría jamás.

La respiración de Kayla se cortó. Su corazón golpeó contra su pecho como una furia salvaje.

«¿Es posible que todavía guarde sentimientos por mí?». Se preguntó mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Pero negó con la cabeza.

—No, Dark. No lo haré. No pediré clemencia. No inventaré mentiras para salvarme.

—¡Kayla! —exclamó con desesperación.

—Soy la Sirena Negra. Soy una mercenaria legendaria. No moriré como una cobarde. Moriré con la cabeza en alto. Con mi nombre limpio. Con mi verdad intacta.

Dark se inclinó hacia ella, con las manos crispadas. Su voz fue apenas un susurro:

—¿Qué honor tiene la muerte, Kayla?

—El suficiente para mí —dijo ella, sin dudar—. El suficiente para no suplicar.

Un silencio se instaló entre ellos. Y fue más cruel que cualquier grito.

Dark retrocedió. Cerró los ojos. Y salió del camarote como si dejara atrás una parte de sí mismo.

Afuera, el muelle ya era visible.

No disponía de tiempo. No podría salvarla y aquello lo estaba consumiendo.

Capítulo 6

La gran sala del trono estaba vestida con toda su pompa, pero el aire era denso, como si la justicia se tiñera de tragedia. Los nobles se alineaban a ambos lados del salón, cuchicheando entre ellos, esperando con morbosa curiosidad ver a la famosa pirata. La Sirena Negra.

Las puertas se abrieron con un crujido y Kayla entró, escoltada por dos guardias armados. Sus pasos eran firmes, su barbilla alzada, y aunque sus ropas estaban sucias por el viaje y las cadenas tintineaban en sus muñecas, caminaba como una reina. Su cabello negro caía salvaje sobre los hombros, y sus ojos, más fríos que el acero, se clavaron en el trono.

El rey la observó con una mezcla de fascinación y desprecio. A su lado, Dark Graham permanecía en posición de respeto, pero la mirada que le lanzó Kayla bastó para hacerlo tambalearse por dentro. Ella no había dejado de mirarlo desde que entró. Y él... él deseaba no haber tenido parte en aquello.

El rey se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Así que tú eres la famosa Sirena Negra. La mujer que ha mantenido en vilo nuestros mares durante los últimos años. Te imaginaba distinta. Quizá... menos desafiante.

—Y yo imaginaba a un rey menos cobarde —replicó Kayla sin pestañear—. Pero aquí estamos los dos, decepcionados.

Un murmullo recorrió la sala como un trueno ahogado. El rey alzó una ceja.

—Veo que eres toda una insensata, insultar a un rey no mejorará tu sentencia, la agraviará.

—No me importa, diga lo que diga ya estoy condenada.

—¿Así que no negarás tus crímenes?

—No tengo nada que negar —contestó Kayla—. Robé, sí. Pero no a inocentes. A los que exprimen al pueblo mientras beben vino importado en salones como este.

Dark cerró los ojos un instante, deseando que todo fuera un mal sueño.

El rey chasqueó los dedos, y el silencio se hizo.

—No habrá juicio. Tus actos hablan por ti. Has saqueado barcos de la corona, asesinado hombres del rey, sembrado el caos en las costas, entre una lista tan larga y extensa que no perderé tiempo recordándola.

Kayla respiró hondo y alzó el mentón en un claro desafío al rey y a todos los presentes.

El trono pareció hacerse más alto cuando el monarca dictó sentencia:

—Mujer o no, mercenaria o leyenda... Mañana, al atardecer, serás colgada en la plaza.

Kayla no reaccionó. Su rostro permanecía impasible. Como si aquello no le afectara lo más mínimo. ¿Era valiente o simplemente una insensata?

Los guardias la tomaron de nuevo por los brazos y la arrastraron fuera del salón.

Su mirada se cruzó brevemente con la de Dark, y en ella había todo lo que las cadenas no podían contener: furia, desilusión, puede que traición…

La encerraron en una celda húmeda, de piedra antigua, con una pequeña ventana enrejada por donde se filtraba la luz de la tarde. El eco del agua goteando acompañaba el silencio como una tortura lenta.

Kayla se dejó caer sobre la paja raída, cerró los ojos y pensó en el mar. En la brisa salada, en el sonido del viento en las velas, en la libertad.

Dark apenas durmió aquella noche. Se removía entre las sábanas de su aposento, atormentado por la idea de que al amanecer, la mujer que lo había desvelado durante años dejaría de existir. Y él no habría hecho nada para evitarlo.

Cuando el rey lo llamó a su despacho a media mañana, Dark arrastró los pies como un condenado más. El rey lo recibió con una copa de *whisky* en la mano.

—Felicidades, Graham —dijo con una sonrisa engolada—. Has logrado lo que ningún otro pudo. La Sirena Negra será ejecutada esta tarde. Y tú acabas de ser ascendido a Capitán Supremo del Consejo Real. Siempre he confiado en ti.

Brindaron. Dark lo hizo por inercia y con media sonrisa fingida en el rostro. El *whisky* ardió en su garganta, pero no calentó nada en su pecho.



Cuando llegó el momento de la ejecución, la ciudad parecía un hervidero. Las calles se encontraban completamente abarrotadas, cada rincón estaba ocupado por aldeanos, comerciantes, curiosos y nobles. Desde los balcones colgaban telas con los escudos de armas de la corona, y en cada esquina los soldados mantenían el orden, aunque el ambiente vibraba con una tensión latente.

En el centro de la plaza se alzaba el cadalso, una estructura de madera oscura con escalones que crujían bajo el peso de cada paso. La soga colgaba como una amenaza, agitándose ligeramente al compás del viento.

Los murmullos cesaron cuando Kayla apareció. Vestía una camisa blanca de lino, suelta, algo rota, y unos pantalones oscuros que se ceñían a sus curvas perfectas. Sus manos seguían atadas, pero su andar era firme. Sus ojos recorrieron a la multitud con desdén. Algunos la abuchearon, otros la observaron con curiosidad, y otros, en secreto, con admiración.

Dark, entre la multitud, sentía que el mundo se detenía con cada uno de sus pasos. Su respiración era irregular. Quería correr, gritar,

hacer algo… pero no sabía qué.

Kayla subió al cadalso y el verdugo colocó la soga alrededor de su cuello. El sol comenzaba a ocultarse, tiñendo el cielo de un rojo ominoso, como si el propio universo se lamentara por lo que estaba a punto de suceder.

Y entonces, cuando la mano del verdugo iba a accionar la trampilla, Dark colocó su mano sobre la daga que llevaba al cinto, caminó despacio unos pasos entre la gente y se preparó para hacer algo, se preparó para morir con ella si fuese necesario.

Fue en ese mismo instante cuando una gran explosión sacudió la plaza al completo.

El estruendo fue ensordecedor. Varias estructuras del mercado volaron por los aires, y el aire se llenó de polvo, astillas y gritos. Una espesa columna de humo se elevó desde uno de los puestos incendiados, mientras las personas comenzaban a correr en todas direcciones.

De entre el caos, surgieron los piratas.

Irrumpieron como una ola furiosa, portando espadas, cuchillos y pistolas. Saltaban de tejado en tejado, algunos a caballo, otros a pie, todos moviéndose con una coordinación letal. Su bandera ondeó sobre uno de los balcones: una sirena negra sobre un fondo carmesí.

El rey fue escoltado rápidamente dentro de la fortaleza por sus soldados más leales. Los hombres de la guardia real intentaban contener la embestida, pero eran demasiados.

Dark no lo pensó. Saltó sobre el cadalso, esquivando los cuerpos de las personas que se agolpaban alrededor, y con un movimiento certero cortó la soga antes de que pudiera tensarse. Kayla cayó de rodillas, tosiendo, sorprendida.

A su alrededor, los guardias reaccionaron, pero Dark los enfrentó con furia.

—¡Vamos! —le gritó a Kayla, tendiéndole la mano.

Ella no dudó. La tomó con fuerza, y juntos comenzaron a abrirse paso entre el caos. Peleaban espalda con espalda, como si jamás hubieran estado separados. Sus movimientos se sincronizaban, su instinto los unía.

Llegaron hasta un callejón estrecho, jadeando, con las ropas desgarradas y el polvo cubriéndolos. Kayla trepó sobre una muralla baja con ayuda de Dark. Justo cuando alcanzaba la cima, un grupo de piratas apareció al final del callejón.

—¡Mi señora! —gritó uno, reconociéndola.

Algunos levantaron sus armas, pero Kayla alzó una mano.

—¡No! ¡Él no es enemigo!

—¿Es de los nuestros? —preguntó un pirata, desconfiado.

Kayla lo miró, sin pestañear.

—No —respondió con amargura—. Pero nos lo llevamos.

Y sin previo aviso, se giró hacia Dark, tomó la daga de su cinturón y con la empuñadura le dio un golpe certero en la sien. Él cayó como un saco, inconsciente, sin emitir palabra.

—Lo siento, Dark…

Capítulo 7

Un estruendo sacudió el mundo de Dark Graham.

Abrió los ojos de golpe, jadeando, con la cabeza latiéndole como si una campana hubiera estallado en su interior. El techo de madera crujía sobre él, y la estancia donde yacía parecía girar sin piedad. Una nueva sacudida lo lanzó hacia un costado del camastro. Truenos retumbaban como cañones en el cielo, y la tormenta rugía con furia ancestral.

Oscuridad. Agua. Viento. Y el crujir del barco como un gemido de madera viva.

Se incorporó a duras penas, tambaleante, y miró por la escotilla: un mar embravecido azotaba la embarcación, olas enormes golpeaban el casco con brutalidad, y la lluvia no cesaba de flagelar la cubierta. Apenas podía distinguir cielo del océano: todo era un mismo torbellino de viento, oscuridad y agua.

Entonces el recuerdo lo golpeó.

La plaza. El caos. La soga cortada. Kayla. El callejón. Y luego… nada.

Caminó tambaleándose, aún vestido con lo poco que le habían dejado tras su captura. Abrió la puerta del camarote y salió al pasillo, sujetándose a las paredes con ambas manos mientras el barco se inclinaba como si fuera a partirse en dos. El rugido del viento lo envolvía todo.

Cuando por fin emergió en cubierta, la visión lo dejó sin aliento.

El mar era una criatura salvaje, devorándolo todo. La tripulación corría de un lado a otro, asegurando velas, atando cuerdas, gritando órdenes. La lluvia caía con violencia, empapándolo en segundos.

Y allí estaba ella.

Kayla Wallace.

De pie en medio del infierno, como una diosa surgida del mismo mar que parecía intentar engullirlos. El cabello negro le caía como una cascada sobre el rostro, estaba empapada hasta los huesos, y con las botas firmes sobre la madera resbaladiza. Sus ojos brillaban con furia y temple mientras gritaba instrucciones y dirigía a su tripulación como la verdadera capitana que era.

Dark no podía dejar de mirarla. No importaba la tormenta. No importaba el mar. Era ella quien llenaba el mundo.

Cuando la tormenta empezó a ceder, y la tripulación, agotada, logró estabilizar el navío, Dark cruzó la cubierta hasta alcanzarla.

—¿Me has secuestrado, mujer? —gruñó, empapado y jadeante.

Kayla se giró despacio, con una media sonrisa peligrosa en sus labios.

—He hecho exactamente lo mismo que tú hiciste conmigo, Dark Graham —replicó con calma—. Y sí, te he secuestrado. Ahora eres mi prisionero.

Dark soltó una carcajada incrédula, con las manos en las caderas.

—¿Pero qué clase de mujer eres?

—Una vengativa —dijo ella, alzando una ceja—. Después de lo que me hiciste era lo justo. Me llevaste encadenada ante el rey para que me ahorcaran como a un perro. ¡Casi me matan por tu culpa! Todavía he sido compasiva contigo, y por eso tu cabeza sigue pegada a tu cuerpo.

—¡Yo te ayudé a escapar! —espetó él.

—Te equivocas. Mis hombres me ayudaron a escapar. Tú solo cortaste una maldita soga. ¿Qué hubieses hecho si ellos no hubiesen aparecido?

—No lo sé, pero trataba de pensar en algo. Siento todo esto, de verdad. Pero no sabía que eras tú.

—¿Y hubiera cambiado algo si lo hubieras sabido? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

—Claro que sí —insistió él, con voz ronca—. Si hubieras sabido que eras tú, Kayla… no te habría perseguido.

—¿Y por qué?

—Porque te conozco, porque sé quién fuiste…

—Exacto, sabes quien fui, pero no sabes quién soy ahora, Graham. He cambiado.

—Y tanto que has cambiado Kayla. Ya no eres la guerrera honorable de la que me enamoré un día. Yo te admiraba, y ahora…

Ella guardó silencio, y por un momento sintió que sus palabras se le clavaban como un puñal en el corazón.

La lluvia seguía cayendo, más tenue, pero como una cortina vieja que abría paso al dolor.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él la interrumpió.

—Ya no importa —dijo al fin—. No pienso seguir discutiendo contigo. En cuanto toquemos tierra, me largaré. Y esto habrá acabado.

Kayla soltó una carcajada baja, casi burlona. Pero en sus ojos no había burla. Había algo parecido a la tristeza.

—Bien —respondió, tendiéndole la mano empapada—. En cuanto toquemos tierra… te irás.

Dark miró esa mano como si fuera una daga. Como si doliera tocarla. Como si al hacerlo, el alma volviera a romperse en pedazos, recordando la última vez que se despidieron de la misma forma.

Pero aun así, la estrechó.



Dark descendió por las escaleras hacia el camarote donde había despertado horas antes. La madera crujía bajo sus botas mojadas, y aunque la tormenta ya se había calmado, el barco seguía zarandeándose suavemente con el vaivén del mar. Mientras caminaba por el pasillo, las miradas de los piratas lo siguieron como dagas. Algunos murmuraban entre dientes, otros simplemente lo observaban con desconfianza y rencor. No era uno de ellos. Y lo sabían.

Cuando finalmente llegó al camarote, abrió la puerta con un suspiro y cerró tras de sí. Se quitó la camisa empapada de un tirón y la dejó caer sobre una silla de madera.

La habitación era modesta, pero extrañamente acogedora. Tenía una cama ancha cubierta con gruesas mantas, una pequeña mesa de madera con dos sillas y un baúl cerrado junto a la pared. El aroma en el aire era reconocible: una mezcla de sal marina, cuero, y ese perfume especiado y terroso que solo podía pertenecer a Kayla.

Fue entonces cuando se dio cuenta. Aquella era su habitación. Su refugio. Y él se encontraba en el mismo centro de su guarida.

Giró sobre sus talones justo cuando la puerta se abrió con decisión.

Kayla entró, empapada hasta los huesos, con el cabello negro pegado al rostro y los labios levemente hinchados por el frío. Se detuvo al verlo, sin camisa, de pie frente a ella. Sus ojos lo recorrieron de arriba abajo sin ningún pudor. Muy despacio.

Y le gustó lo que vio.

Dark, con el pecho amplio y firme, marcado como el de un guerrero entrenado durante toda su vida. Su piel bronceada brillaba con gotas de agua, y el cabello oscuro caía húmedo sobre su frente. Sus ojos, de un verde profundo, la observaban con intensidad, como si la provocación flotara entre ambos.

—¿Piensas quedarte ahí mirando todo el rato? —dijo él, con tono seco, arqueando una ceja.

Kayla apoyó un hombro contra el marco de la puerta y cruzó los brazos, esbozando una sonrisa arrogante.

—Te miraré todo lo que me apetezca… y más. —Le guiñó un ojo con descaro—. Recuerdo que tú me miraste a mí mientras me bañaba en el río, cuando me capturaste. Parece que ya lo has olvidado.

Dark frunció los labios, apartando la mirada, pero una media sonrisa lo traicionó.

—¿Cómo olvidar aquella imagen? —murmuró sin pensar, y al instante deseó no haberlo dicho.

Kayla soltó una carcajada que le encendió la sangre.

—Vaya, Capitán Graham. Aún tienes buen gusto.

Comenzó a quitarse la ropa mojada, primero desatándose el cinturón de la chaqueta, luego sacándose la prenda húmeda con movimientos decididos y sensuales. Después vino la camisa, revelando su piel tersa y elástica, salpicada por el frío. Cada

movimiento era natural, pero también deliberado, como si supiera perfectamente el efecto que causaba en él.

Dark dio un paso hacia atrás, visiblemente incómodo.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Qué parece que hago? —replicó, sin dejar de desvestirse—. No pretenderás que duerma con toda esta ropa empapada, ¿verdad?

—¿Piensas dormir aquí? —preguntó él, desconcertado.

—¿Y por qué no? Esta es mi habitación. El que está de más eres tú.

Dark resopló y se pasó una mano por el rostro.

—Kayla… soy un hombre. No una piedra.

—Entonces puedes dormir con los hombres —replicó ella con calma mientras se metía bajo las cobijas de la cama y se acomodaba—. Pero te aconsejo que no cierres los ojos del todo. Aunque ya no lleves la chaqueta roja de tu uniforme, sigues siendo teniente para ellos.

—Capitán —la corrigió él con fastidio—. Ahora soy Capitán.

Ella se acomodó entre las mantas con una sonrisa victoriosa y lo miró desde la almohada, con su cabello extendido como tinta negra sobre el lino.

—Buenas noches, Capitán —dijo con sorna, cerrando los ojos con fingida inocencia.

Dark se maldijo en silencio. Agarró un par de mantas de un arcón cercano, las tiró al suelo y se tumbó sobre ellas con un bufido.

Capítulo 8

Cuando Dark abrió los ojos, la habitación estaba bañada por una luz suave y oscilante que se colaba por el portillo. El vaivén constante del barco le recordó dónde estaba: no en tierra, no en una celda, sino en el camarote de una pirata.

El cuerpo entero le dolía por el suelo duro donde había dormido, pero más le dolía la confusión en su interior.

Se incorporó despacio y buscó con la mirada. Kayla ya no estaba. Solo quedaba su aroma, ese perfume salado y cálido que parecía formar parte del mar. Sobre la cama, bien dobladas, había ropas oscuras: pantalones de cuero negro, una camisa blanca de lino, un chaleco grueso, y unas botas altas. Ropa de mercenario. Ropa de los suyos.

La examinó unos segundos, y luego se vistió en silencio. Mientras abrochaba el cinturón pensó que, a ojos de cualquiera, parecía uno más de la tripulación, y eso le provocó una extraña punzada en el pecho. Había luchado tanto para ganarse un puesto en el ejército del rey, ahora, en tan solo segundos había tirado todo aquel esfuerzo por la borda.

Al salir a cubierta, el sol ya estaba alto y el aire era fresco, con un toque húmedo. Su estómago rugió, pero su mirada pronto localizó a Kayla. Estaba junto al timón, hablando con un hombre alto y delgado, de barba canosa y un brazo ausente que reemplazaba con una prótesis de hierro. La escena tenía algo casi teatral.

—Te has perdido el desayuno, Capitán —dijo Kayla con sorna, al verlo—. No sabía que los hombres duros dormían hasta tan tarde.

Dark no respondió. Su atención estaba fija en el hombre a su lado.

—Déjame presentarte a mi segundo al mando. Ruarc MacTavish —añadió ella con tono relajado.

Dark le tendió la mano, pero Ruarc no se molestó en disimular el desdén. Se la apretó con una fuerza brutal, sin dejar de sostenerle la mirada.

—¿Nos dará problemas, mi señora? —escupió sin apartar los ojos de Dark—. Yo digo que lo tiremos por la borda. Ahora mismo.

—¿Tú lo harás? —le retó Dark, dando un paso al frente.

—Estaría encantado.

El choque fue inmediato. Se empujaron, con los cuerpos tensos como cuerdas de arco, y pronto se enzarzaron en una pelea salvaje. Puñetazos, empujones, llaves. Rodaron por la cubierta, chocaron contra barriles y sogas, y con todo aquello atrajeron la atención de toda la tripulación.

Kayla, mientras tanto, se sentó con total tranquilidad sobre un barril cercano. Masticaba una manzana que cortaba con su cuchillo, mientras sus ojos brillaban con diversión. A su lado, uno de sus hombres le pasó una bolsa de monedas.

—¿Diez monedas por el capitán, cinco por Ruarc? —gritó entre risas.

Kayla sonrió con malicia y levantó la mano.

—Veinte por Dark —dijo, lanzando las monedas dentro del saco—. Confío en que no me decepcione.

Los gritos de emoción subieron de tono. Algunos hombres vitoreaban a Ruarc, otros a Dark. Las apuestas pasaban de mano en mano mientras la lucha seguía. Puños, sudor, y maldiciones volaban al compás de la batalla.

Finalmente, Dark logró tumbar a Ruarc con un gancho brutal a la mandíbula. El segundo cayó de espaldas con un gruñido, y la tripulación estalló en vítores, mientras otros corrían a ayudarlo a levantarse.

Dark, de pie, con el labio partido y la respiración agitada, se limpió la sangre con el dorso de la mano. Su mirada se cruzó con la de Kayla, que masticó el último trozo de manzana antes de hablar.

—Ya es suficiente.

Con un simple gesto de su mano, todo volvió a la calma.

—Acompáñame, Dark. Te has ganado el desayuno.

Caminaron por el corredor hasta la sala común. El olor a pescado especiado y pan tostado flotaba en el aire. El cocinero, un hombre bajo y encorvado, le sirvió un cuenco humeante de sopa.

Dark se sentó con un gruñido y se llevó la cuchara a los labios.

—¿Por qué demonios has dejado que nos peleáramos, Kayla? Podría haberlo matado.

—Y así es como ahora tienes el respeto de mis hombres —dijo ella, sin inmutarse—. Si no lo hubieses hecho, te habrían intentado matar más pronto que tarde. Les has demostrado que no será fácil hacerlo si lo intentan.

Dark dejó la cuchara a un lado, frunciendo el ceño.

—Sois una panda de salvajes.

Kayla soltó una carcajada que resonó como campanas de hierro.

—Eso es cierto. Pero al menos somos salvajes honestos.

—Déjame decirte que honesto y pirata nunca han ido de la mano. —Kayla sonrió divertida por el comentario, y cuando fue a decir algo ingenioso Dark se adelantó—: ¿Cuándo tocaremos tierra?

—En tres o cuatro días, si el mar lo permite —respondió sin más explicaciones.

—¿Y a dónde demonios vamos?

—Lo verás cuando lleguemos.

Dark la observó unos segundos en los que recordó su ella del pasado.

—¿Cómo llegaste hasta aquí, Kayla?

—No lo sé ni yo misma. Fue una mezcla de necesidad y furia. Aquí prefieren decir que fue el destino. —Lo dijo con una mueca—. Pero yo no creo en eso.

Dark bajó la mirada y murmuró:

—Si el destino existe, es un bastardo cruel… Porque aquí estamos de nuevo. Tú y yo.

Ella lo miró unos segundos, seria, hasta que desvió la mirada.

—¿Y tú? ¿Cómo acabaste siendo un perro del rey?

Dark sonrió, con un gesto ladeado y peligroso.

—Casualidad, supongo.

Kayla tragó saliva. Por un segundo, ese gesto... era el mismo que la había vuelto loca años atrás. El mismo que le despertaba las ganas de querer y de huir.

Se levantó bruscamente, apartando la silla.

—Tengo cosas que hacer. Luego hablamos. —Y mientras salía, añadió sin volverse—: Pregunta por Connor en cubierta. Dile que te asigne algo que hacer o estos días aquí se te harán eternos.

Y se fue, dejándolo con la cuchara suspendida en el aire evitando cualquier otro comentario.



Después de desayunar, Dark subió a cubierta. El sol ya caía a plomo sobre el mar, haciendo que las velas refulgieran como alas doradas al viento. Los hombres trabajaban con eficiencia y camaradería: unos afilaban cuchillos, otros cosían redes o enrollaban cuerdas con una rapidez aprendida a fuerza de repetición. Había risas, gritos, gruñidos y alguna que otra melodía tarareada por un marinero viejo con un parche en el ojo.

Dark caminó entre ellos con paso seguro, buscando a Connor, tal y como le había dicho Kayla. Fue entonces cuando una voz grave y serena le respondió por detrás.

—¿Me buscas? —preguntó un hombre de piel morena como el bronce, ojos oscuros y penetrantes, y con el cabello recogido en una coleta baja.

Llevaba una daga curva colgando de su cinturón, arma que llamó la atención de Dark, pues nunca había visto una así.

—Sí —contestó Dark, girándose hacia él—. Aunque tengo la impresión de que ese no era tu nombre antes de abordar este navío.

El hombre apenas sonrió, con una sombra de ironía en los labios.

—Muy cierto. Me llamaban Devak en mi tierra, al sur del Ganges. Fui guerrero, luego esclavo... y más tarde un fugitivo. Hasta que Kayla me encontró en un puerto de la costa oriental de África y me dio un sitio en este barco. Aquí, renací como Connor.

Dark asintió, respetando el silencio que siguió a aquellas palabras.

—¿Tienes algo de trabajo para mí?

—Mucho. —Connor le lanzó un pequeño cuchillo y una cuerda—. Empieza con eso. Remienda las redes, y cuando termines, ayúdanos con las reservas. El mar no espera a nadie, ni siquiera a los capitanes caídos en desgracia.

El día pasó entre tareas agotadoras, olor a sal, sudor y risas ajenas. A mitad de tarde, lanzaron líneas de pesca y entre ellos compartieron un trozo de pan duro y algo de ron. Dark, pese a todo, comenzó a sentirse parte de algo.

Pero Kayla... Kayla lo evitaba.

Solo la veía en el camarote cuando ya estaba dormida, envuelta en las mantas, con su cabello suelto sobre la almohada, y su respiración profunda. Y por la mañana, cuando él despertaba, ella ya no estaba.

Eso se repitió hasta que una noche, incapaz de dormir, Dark subió a cubierta.

La brisa marina le rozó la piel como si se tratase de un susurro antiguo. El cielo nocturno se extendía sin luna, parecía un manto negro, profundo, pero tachonado por estrellas que titilaban como secretos. La cubierta del navío crujía suavemente bajo los movimientos perezosos del mar, y entre las sombras y la madera mojada, Kayla yacía como parte de aquel paisaje eterno.

Dark se tumbó a su lado con cautela, como si temiera romper el hechizo que parecía envolverla.

—No te he invitado, Dark —dijo ella, con la mirada fija en el firmamento, sin una pizca de hostilidad, solo una constatación tranquila.

—No me importa —respondió él en voz baja, girando la cabeza para mirarla—. Tampoco fui invitado de forma cordial a este barco y aquí estoy.

Ella suspiró, pero no se movió. El silencio entre ellos no era incómodo, era denso, cargado, como si el aire mismo contuviera la respiración.

—¿Sabes algo sobre las estrellas, Dark?

Él alzó la vista. Su voz era una caricia.

—Sé que están ahí… y que son hermosas. Que están siempre, incluso cuando no podemos verlas.

Kayla giró la cabeza hacia él. Lo observó unos segundos en la penumbra, como si evaluara cuánto decirle.

—¿Ves esa? —señaló una estrella que brillaba solitaria, de un tono más azulado que las demás—. Esa es Caladan. La estrella de los mares.

—¿Una leyenda de piratas?

—Exacto. Esa estrella es más vieja que cualquier barco. Según las historias, Caladan era el ojo de la diosa Arava, guardiana de los que no tienen puerto. Se decía que cuando un marinero perdía el rumbo —en el mar o en la vida—, podía buscar su luz. Pero la estrella solo guía a quienes están dispuestos a ver con el corazón.

Dark guardó silencio. Miraba la estrella, pero sentía su piel, su voz, su cercanía palpitando entre ellos.

—¿Tú crees en eso? —preguntó al fin, volviendo su mirada hacia ella.

—No lo sé —susurró—. Pero a veces me gusta pensar… que nadie está completamente perdido.

Dark alargó la mano con lentitud. No la tocó del todo, solo rozó sus dedos con la yema de los suyos, como si tuviera miedo de que desapareciera si era demasiado brusco.

Ella no se apartó. De hecho, sus dedos respondieron, entrelazándose brevemente con los de él.

Sus miradas se encontraron. Y allí, en medio de la noche, con el mar como único testigo y el firmamento por encima de ellos, todo se volvió demasiado real.

—Kayla —susurró él.

Ella apenas asintió, sin romper el contacto visual.

Fue él quien acortó la distancia y quien la besó con una mezcla de decisión y reverencia. Fue un beso suave, sin urgencias, como si hubiese esperado años por ese momento. Y Kayla le devolvió el beso. Sin máscaras, sin espinas, solo ella, temblorosa y viva.

Pero en cuanto sus labios se separaron, su expresión cambió. Los ojos de Kayla se oscurecieron, no de enfado, sino de algo más

hondo. Algo que había intentado enterrar.

Los recuerdos. Los sentimientos. La vulnerabilidad.

—No puedo… —susurró, y se puso de pie de golpe, tambaleándose ligeramente por la rapidez—. No debí…

Dark se incorporó también, sin alcanzarla.

—Kayla…

—Lo siento —dijo ella con la voz rota, y se giró sin mirarlo—. Buenas noches, Dark.

Y se marchó. Sus pasos eran rápidos, casi torpes. Desapareció por las escaleras hacia su camarote, dejando a Dark solo en la cubierta bajo la mirada inmortal de Caladan, y el corazón palpitando con fuerza, sabiendo que algo había despertado entre ellos… algo que ni el mar, ni el tiempo, podrían silenciar.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Dark despertó antes que Kayla. Ya no le dolían tanto los huesos como antes; su cuerpo comenzaba a acostumbrarse a la dureza del suelo del camarote. Se levantó con movimientos pausados y, tras vestirse, se reunió con los hombres en cubierta para comenzar con las tareas diarias. Participó en la preparación de aparejos, ayudó a ordenar las velas y terminó compartiendo un desayuno con la tripulación. Por primera vez desde que había sido capturado, se sintió extrañamente cómodo, como si, pese a todo, comenzara a formar parte de ellos.

Las carcajadas estallaban a su alrededor cuando, de pronto, alguien gritó desde el vigía:

—¡Tierra a la vista!

Todos subieron a cubierta con rapidez. Frente a ellos se alzaba una isla pequeña, desconocida, en mitad del océano. Era tan verde que parecía irreal, con sus árboles espigados y una línea de coral que brillaba bajo las aguas cristalinas como un collar de gemas marinas. Para acceder a ella, utilizaron una embarcación más pequeña, pues los corales eran demasiado traicioneros para un navío grande.

Dark colaboró como cualquier otro marinero. Remó, cargó provisiones, y levantó lonas para montar el campamento.

Kayla lo observaba desde la costa, sin que él lo notase, mientras sus ojos se posaban en cada uno de sus movimientos. Había fuerza en sus brazos, precisión en cada gesto, y un magnetismo natural que se le clavaba como una espina en la piel. No era solo deseo lo que sentía. Era algo más primitivo. Algo que no había pedido y que no deseaba sentir.

Cuando todo estuvo en su lugar, Kayla se acercó a él.

—Acompáñame —le dijo, sin esperar respuesta.

Dark obedeció en silencio. La siguió desde la costa hacia el interior de la isla, atravesando una espesura salvaje, musgosa y aromática. Tras una caminata breve, llegaron a un claro escondido donde el canto del agua se volvía protagonista. Allí, en medio del verdor, se abría un pequeño lago alimentado por una cascada que descendía en un velo espumoso desde las rocas.

—Nadie conoce este sitio, Dark. Aquí podremos darnos un buen baño —dijo ella, y comenzó a desvestirse sin pudor.

Dark la imitó, desnudándose también. Ambos se sumergieron en el agua cristalina, sintiendo el frescor deslizarse sobre la piel acalorada. Se observaron desde la distancia, desnudos, expuestos, y entonces Kayla nadó hacia él.

La cascada caía con un murmullo constante, como un susurro ancestral del bosque. El agua era fría al primer contacto, pero la emoción en la sangre de ambos ardía más que cualquier fuego. Kayla se movía con la seguridad de quien pertenece al agua. Dark la observó unos segundos, en silencio, mientras el agua le cubría hasta la cintura. La luz que se reflejaba en el lago danzaba sobre sus hombros y sus senos creando una visión casi divina de lo que parecía una Diosa.

Ella era la personificación de la libertad. Salvaje, imposible… deseable.

Cuando lo besó, todo lo que había contenido se encendió al instante. Fue un beso impetuoso, sin restricciones. Pero Dark se apartó con cuidado, conteniendo la tormenta que hervía en su interior.

—¿Qué haces, Kayla? No hagas nada de lo que puedas arrepentirte más tarde —susurró, con la voz tensa.

—Hago lo que quiero. Siempre lo he hecho. Y no pienso arrepentirme, el arrepentimiento es para los débiles, y yo no soy eso.

—No juegues conmigo, Sirena. No esperes que me quede quieto ante esto.

—No quiero que te quedes quieto, Dark. Deseo zanjar lo que sea que hay entre nosotros y que llevamos arrastrando desde hace años.

Él la miró con una mezcla de rabia y deseo.

—¿Zanjarlo? ¿Crees que cediendo a nuestros instintos el deseo acabará extinguiéndose?

—Sí. Lo creo.

Dark cerró la distancia entre ambos y la besó como si fuera la última vez. Fue un beso cargado de furia, anhelo y todo lo no dicho.

Sus cuerpos se buscaron con desesperación bajo el agua. La levantó con fuerza, sin esfuerzo, como si fuera parte de él. Ella enredó las piernas en su cintura, aferrándose con hambre y pasión.

Se introdujo en ella de un mismo empujón, sin delicadeza, sin preámbulos innecesarios. El sonido de la cascada envolvió sus gemidos como un canto sagrado.

Kayla se aferró con fuerza a sus hombros, y arqueó la espalda mientras rebotaba una y otra vez gracias a los fuertes brazos de Dark que la levantaban como si apenas pesase nada.

—Dios, Kayla… —susurró él, con la frente apoyada en la suya—. No te imaginas lo mucho que te he deseado todo este tiempo.

—Hazme tuya Dark, es lo único en lo que pienso ahora.

Dark acarició su espalda buscando su pelo, para tirar de él suavemente y tener mejor acceso a su cuello. La mordisqueó y lamió mientras la penetraba profundo y de una forma constante.

Ella cerró los ojos dejándose envolver por el placer que él le otorgaba.

—No hagas eso mi pequeña mercenaria. Deseo que me mires.

Kayla negó con la cabeza, pues sabía lo que aquello implicaba. Era como darle acceso a una parte demasiado íntima de ella. Dejar que la leyese por completo, y no se creía preparada para ello.

Con cada uno de los empellones de Dark, el agua los envolvía como un velo sagrado, salpicando alrededor con violencia y ternura. El cuerpo de Kayla se movía con el suyo en una danza salvaje y antigua, en un latido que solo ellos podían entender.

Cada gemido, cada jadeo, hablaba de años de negación, de frustración acumulada, de una pasión que había esperado demasiado tiempo para ser liberada.

—Mírame —pidió él de nuevo, con la voz ronca y baja, como una súplica—. Kayla, mírame.

Ella lo hizo.

Y cuando sus ojos se encontraron, la intensidad del momento los arrasó. Allí, entre la intimidad del bosque y el canto eterno de la cascada, algo se rompió en el interior de Kayla. Y algo más nació.

No era solo deseo. No era solo pasión. Era amor. O algo peligrosamente cercano a ello.

Dark, al ver el temblor en sus ojos, suavizó el ritmo, bajó la frente hasta su mejilla, y susurró palabras que no recordaba haber pensado jamás:

—Nunca fue solo carne, Kayla. Nunca fue solo deseo. Desde el primer día, fuiste tú quien me desarmó sin una sola espada.

Kayla se aferró más fuerte a él. Sintió cómo una lágrima solitaria se le escapaba, mezclándose con las gotas del lago, con la humedad del mundo que los rodeaba. No podía hablar. No quería hacerlo. Si pronunciaba una sola palabra, aquel muro que había construido alrededor de sí misma terminaría por derrumbarse por completo.

Dark la besó, y se movió solo como podría hacerlo un experimentado amante, y cuando el temblor del clímax los envolvió a ambos como una marea imparable, Kayla enterró el rostro en su cuello, ahogando un grito en su piel. Y él, sin soltarla, la sostuvo hasta que su respiración volvió a calmarse, hasta que la última onda en el agua se desvaneció.

Permanecieron abrazados bajo la cascada. El tiempo pareció detenerse, como si el mundo hubiera dejado de girar para concederles ese instante de paz.

—No me pidas promesas —murmuró ella al fin, con la voz temblorosa.

—No lo haré —replicó él—. Pero tampoco voy a fingir que esto no ha significado nada.

Kayla cerró los ojos, y por primera vez en años, deseó no tener que huir de sí misma.

—Volvamos antes de que noten nuestra ausencia —susurró, deslizándose fuera de sus brazos.

Dark asintió. Ambos salieron del agua y se vistieron en silencio, pero ya no eran los mismos. El aire entre ellos había cambiado, ahora

era espeso, cargado de sentimientos, sentimientos que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

Y mientras regresaban al campamento, caminando uno al lado del otro bajo los árboles, la cascada susurraba a sus espaldas, testigo de un encuentro que había sido mucho más que un acto de deseo.

Había sido un punto de no retorno.

Capítulo 10

Los días en la isla pasaban envueltos en una calma engañosa, como si el mundo hubiera olvidado a los hombres y mujeres que habitaban aquel rincón perdido del océano. El aire olía a sal, a fruta madura y a hogueras viejas. Bajo el sol de mediodía, los tripulantes cazaban pequeños animales de monte y pescaban entre los arrecifes de coral.

Las noches eran otra historia. Cuando el fuego ardía en el campamento y las jarras de ron comenzaban a vaciarse, los mercenarios se desinhibían. Reían, cantaban canciones en idiomas que nadie entendía del todo, y bailaban alrededor de las llamas como si estuvieran celebrando el fin del mundo. Algunos dormían bajo las estrellas, despatarrados en la hierba húmeda, mientras otros simplemente se desmayaban donde la bebida los vencía.

Dark comenzaba a acostumbrarse a sus rutinas. Ayudaba en las tareas diarias, reparaba redes, cortaba leña y compartía historias con Connor y otros miembros de la tripulación. Pero cada noche, cuando se tumbaba en la tierra mirando el cielo tachonado de estrellas, su mente se llenaba de preguntas.

¿Qué hacían realmente allí? ¿Cuál era el propósito de aquella parada? ¿Qué esperaba Kayla?

Al tercer día, no pudo aguantar más. Después de buscarla por el campamento y no encontrarla, siguió su rastro hasta internarse en la espesura. El bosque estaba en calma, húmedo y denso. Las ramas crujían bajo sus botas, y los sonidos de pequeños animales escondidos entre los matorrales acompañaban su avance.

Finalmente, la encontró.

Kayla estaba sentada al pie de un enorme tronco cubierto de musgo, con la espalda apoyada y las piernas estiradas. Parecía dormir, o tal vez solo descansar. El cabello suelto le caía sobre el hombro como una cortina oscura, y su expresión era inusualmente serena.

Dark se quedó inmóvil, observándola desde unos pasos de distancia, hasta que algo lo alertó: una serpiente descendía lentamente por el tronco justo por encima de la cabeza de ella.

Sus ojos se agrandaron.

Sin pensar, sacó el cuchillo de su cinturón, y de un movimiento certero, lanzó la hoja y atravesó el cuerpo del animal con precisión. La serpiente cayó a un lado, muerta.

Kayla se levantó de un salto, con el corazón golpeándole el pecho.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —exclamó, con su voz mezclada entre la rabia y el desconcierto.

Dark se acercó y recogió el cuchillo del suelo.

—Te acabo de salvar la vida. Era una víbora, la única serpiente venenosa en las Hébridas. Su mordida no siempre mata, pero si lo hace, lo hace lentamente.

Kayla palideció, llevándose una mano al pecho.

—Gracias… —murmuró, apenas audible.

—No me lo agradezcas, fue suerte. Vine para hablar contigo —añadió él, aún con el pulso acelerado.

—Pues habla —dijo ella directa.

Dark respiró hondo.

—¿Qué hacemos aquí, Kayla? ¿Por qué no estamos navegando rumbo a la civilización?

Ella se cruzó de brazos y desvió la mirada.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Vaya? ¿Ahora no confías en mí?

—Nunca lo he hecho —replicó sin rodeos—. Eres un hombre del rey. Yo soy una mercenaria. Todo nos separa, Dark. Tu mundo y el mío no encajan.

Dark dio un paso hacia ella, sin quitarle los ojos de encima.

—Nada de eso nos separa. Podemos dejarlo todo. Podemos irnos. Tengo familia en Normandía, y un trabajo honrado esperándome. Solo dilo, Kayla. Vámonos juntos y empecemos de nuevo.

Ella lo miró fijamente, y por un momento pareció tentada. Luego negó con la cabeza, sintiendo un nudo cruel en el estómago.

—¿Escuchas lo que dices? Eso es imposible. Esa gente —señaló con el mentón en dirección al campamento—, depende de mí. No puedo abandonarlos.

—¡A esa gente no le importas! —espetó él con una intensidad que la hizo estremecerse—. ¡A mí sí! ¡Demonios, Kayla! Yo sí te amo. —Se vio confesando.

Trató de abrazarla, pero ella se apartó.

—Solo te lo diré una vez más —prosiguió él con voz quebrada—. Ya lo hice en el pasado y recibí una negativa. No habrá una tercera.

Kayla bajó la vista, y su voz se volvió un susurro:

—Pues no lo digas, Dark… No lo digas, por favor.

Pero él no la escuchó. Dio un paso más, tomó su rostro entre las manos, y con los ojos ardiendo de amor y desesperación, pronunció:

—Ven conmigo. Sé mi esposa.

El mundo se detuvo.

Kayla se quedó muda, paralizada. El corazón le latía como si tratase de escapar de su pecho. Sus labios temblaban, y su garganta ardía, pero no podía hablar.

Y entonces, lo besó.

Fue un beso cargado de todo lo que no se habían permitido. De miedo. De amor. De una esperanza tan frágil que dolía.

Cuando se separó de él, lo miró directamente a los ojos, sintiendo como los suyos se le humedecían, pero su decisión era firme.

—Lo siento, capitán. De verdad que lo siento… —susurró.

Y con un movimiento limpio, le dio un golpe en la sien con el mango de su daga.

Dark cayó como un saco al suelo, inconsciente.

Y ella se quedó allí unos segundos, temblando, y con el alma hecha jirones.

—Yo también te amo, Dark Graham… —dijo al fin, con voz rota—. Y por eso, tengo que dejarte atrás.

Entonces se dio la vuelta, con el corazón hecho cenizas, y se internó en el bosque para regresar al campamento.



Dark despertó con un zumbido penetrante en la cabeza, como si un ejército al completo marchara dentro de su cráneo. Se incorporó lentamente, tambaleante, sintiendo una punzada aguda justo en la sien donde Kayla lo había golpeado.

El cielo se teñía de tonos anaranjados y púrpuras; el sol estaba cayendo, y la brisa salada le azotaba el rostro con violencia. Apenas podía mantenerse en pie, pero avanzó constante, guiado por el rugido de las olas y un instinto ardiente de traición.

Cuando alcanzó el borde del claro y pudo ver la playa, su estómago se hundió.

El campamento estaba vacío. Las tiendas desmontadas, y el fuego apagado. Solo quedaban sus cosas cuidadosamente dispuestas sobre una manta: una cantimplora, un poco de pan seco, carne salada, y su espada. La misma que había blandido mil veces por causas justas. Ahora, era todo lo que le quedaba.

Dark alzó la vista justo a tiempo para divisar la silueta del barco alejándose de la costa. El navío cortaba las aguas con elegancia, con sus velas desplegadas como alas de un ave que escapaba de su jaula.

Corrió bordeando el risco, con las rocas mordiendo sus botas y la maleza arañándole las piernas, hasta que, jadeante, alcanzó un punto elevado desde el que pudo verla.

Kayla estaba de pie en la cubierta y aferrada a la barandilla. Lo estaba mirando.

—¡¿Se puede saber qué demonios haces?! —gritó Dark con toda la fuerza de su garganta, con el viento robando parte de sus palabras.

Ella no respondió al instante.

El cabello negro le volaba como una bandera, y sus ojos brillaban con una mezcla de tristeza y firmeza.

—Te prometí que en cuanto tocaras tierra te dejaría ir —gritó de vuelta—. Y eso es lo que estoy haciendo.

—¡¿En una isla desierta, Kayla?! ¡¿En medio de la nada?!

—No especificamos nada en concreto —replicó, encogiéndose de hombros.

Dark lanzó una maldición.

—¡Maldita mercenaria! ¡Esto no se quedará así, juro que te arrepentirás!

Kayla lo miró una última vez, con una media sonrisa que se dibujó en sus labios.

—Adiós, Dark. Me ha gustado verte de nuevo.

Y sin más, se giró, desapareciendo bajo la sombra de las velas.

Dark se quedó allí, jadeando, mientras el barco se convertía en una mancha en el horizonte.

El sabor amargo de la rabia le llenaba la boca, tan ácido como el mar. Sintió una mezcla abrasadora de dolor, decepción y furia.

Regresó a lo que antes había sido un campamento con pasos lentos, pesados, mientras el corazón le golpeaba el pecho con violencia. Cuando se sentó junto a sus cosas, no supo si tenía más ganas de gritar o de golpear algo para deshacerse de su frustración.

Encendió una hoguera con las ramas secas que encontró cerca del bosque, y de forma automática el crepitar de la madera le proporcionó un mínimo consuelo.

Sacó el pan, la carne salada, y comió en forzado silencio a la misma vez que observaba las llamas.

Mientras el crepúsculo daba paso a la noche estrellada, la realidad lo golpeó con toda su crudeza. Ella se había ido. Lo había dejado atrás como si fuera un trapo viejo, como si todos esos momentos compartidos: las miradas, los silencios, los besos, el agua cayendo sobre sus cuerpos fundidos, no hubieran significado nada.

Una palabra surgió de sus labios con amargura:

—Pirata...

Una sonrisa cínica se dibujó en su rostro mientras tomaba un trozo de carne con los dedos y lo masticaba lentamente.

«Kayla Wallace». «La Sirena Negra». «Mentirosa». «Traicionera». «Salvaje».

Y, maldita sea… la amaba.

Se tumbó bajo el cielo estrellado, con su espada junto a él y el fuego dándole calor. Sus pensamientos eran un torbellino de rabia y deseo, de dolor y de nostalgia que no dejaban descansar su mente. Y así se mantuvo hasta que el sueño lo invadió y se quedó dormido.

Capítulo 11

Kayla estaba al timón, con las manos firmes sobre la madera desgastada y los ojos fijos en el horizonte. El viento agitaba su melena negra como un estandarte oscuro, y el mar se extendía ante ella, vasto y aparentemente indiferente a su tormenta interna. El navío cortaba las aguas con fuerza, rumbo al norte, hacia un nuevo destino… pero su corazón, en ese instante, se sentía como un ancla arrastrando emociones que no quería enfrentar.

La imagen de Dark no dejaba de perseguirla. Su mirada desconcertada mientras corría por la costa, su grito cargado de rabia y dolor, su figura recortada contra la playa solitaria mientras ella se alejaba sin mirar atrás. Había sido cruel, lo sabía. Lo había dejado solo en una isla desierta, sin una explicación, sin siquiera darle la oportunidad de entender. Pero no podía permitirse pensar en eso ahora. Debía ser fuerte. Siempre lo había sido.

Sintió una mano posarse sobre su hombro.

—Es lo mejor, capitán —dijo la voz de su segundo al mando, grave y firme—. Tu compromiso está con esta tripulación, y con lo que conlleva.

Kayla giró lentamente el rostro, y sus ojos, intensos como dagas, lo taladraron sin compasión.

—No te he pedido tu opinión.

El hombre tragó saliva, incómodo.

—Solo intentaba...

—Y no vuelvas a ponerme una mano encima —añadió con voz cortante—. O te la cortaré y ya no tendrás con qué limpiarte el culo.

Él se retiró unos pasos, murmurando disculpas, y se esfumó entre los mástiles y los marineros ocupados. Kayla exhaló un suspiro contenido, soltando solo una parte del peso que le oprimía el pecho.

—Vete —añadió, más para sí misma que para él—. Quiero estar sola.

Y así se quedó. Sola. Frente al mar, pero asediada por un mar mucho más tormentoso dentro de sí.

Porque Kayla tenía un secreto.

Uno que la tenía atada a aquel barco como si fuera una prisión flotante.

Cuando asumió el mando del navío tras la muerte de su anterior capitán, lo hizo sin dudar, sin saber. Fue nombrada por el propio Dairan, un viejo lobo del mar que la había respetado y admirado por su coraje. Pero nadie le advirtió lo que realmente significaba heredar el barco. Nadie le dijo que, junto al timón, heredaría también la deuda.

Una deuda sellada con sangre.

Los dueños reales del *Seabhg Dubh* no eran piratas comunes. Eran mercenarios del Mar de las Sombras, una hermandad clandestina que operaba en las rutas más peligrosas del norte. Intermediarios sin rostro que financiaban navíos, protegían rutas a cambio de botines, y exigían lealtad absoluta. A cambio de que el *Seabhg Dubh* pudiera navegar libremente y comerciar con lo robado, el anterior capitán había firmado un pacto de diez años de servicio, con entregas obligadas de tributo y obediencia a La Mano, que era la máxima autoridad dentro de la hermandad de las Sombras.

Dairan había muerto en el sexto año. Y Kayla, al tomar su lugar, se convirtió automáticamente en la responsable de cumplir lo acordado. Se enteró de todo días después, cuando recibió la primera carta con el sello de La Mano: un pergamino marcado con una serpiente mordiendo su propia cola.

Desde entonces, cada seis meses, debía entregar una cantidad determinada de oro, joyas u objetos valiosos. De no cumplir, la amenaza era clara: vendrían por ella. O peor, vendrían por su tripulación. Y Kayla, aunque jamás lo dijera en voz alta, sentía que ellos eran su responsabilidad.

Por eso no podía quedarse con Dark. Por eso no podía huir con él.

Si lo hacía, si intentaba desaparecer, La Mano la encontraría. Y si no a ella, a alguno de los suyos. Podría intentar matarlos, pero eran muchos. Invisibles. Tenían ojos en cada puerto, espías en cada isla. No se fiaban de promesas. Solo de sangre o de oro.

Y ella... aún no había reunido lo suficiente.

Apretó los dientes, sintiendo que el nudo en el pecho volvía a tensarse.

El precio de la libertad era más alto de lo que había imaginado, y Dark... Dark no tenía por qué pagarlo.

Dejarlo atrás había sido lo más difícil que había hecho en su vida. Pero también lo más necesario. Si él supiera la verdad, si intentaba ayudarla, terminaría muerto. Porque en este mundo no bastaba con ser valiente, ni con tener buenas intenciones. Había que ser despiadado, astuto... y a veces, cruel.

Kayla lo sabía mejor que nadie.

Mientras el viento azotaba su rostro y el sol comenzaba a descender hacia el horizonte, pensó en el día en que, por fin, pagaría su deuda. El día en que podría elegir. El día en que podría amar a quien quisiera sin tener que mirar por encima del hombro.

Hasta entonces, solo le quedaba una cosa por hacer: seguir siendo la capitana.

La Sirena Negra, en las aguas del norte.

Y no permitir que el corazón la convirtiera en su propia debilidad.

Capítulo 12

Dark Graham despertó con los primeros rayos del sol filtrándose a través de las ramas, con su cuerpo cubierto de rocío, y con su humor tan agrio como la sal que aún le ardía en la piel. Llevaba tres días solo en la isla desde que Kayla lo había abandonado sin una pizca de remordimiento. Tenía fuego, una espada, algo de comida, pero no tenía salida.

La isla era pequeña, rodeada por una línea traicionera de arrecifes y sin signo de rutas comerciales cercanas. Las noches eran húmedas, repletas de insectos, y los días, monótonos.

Había inspeccionado cada rincón del lugar y solo había encontrado: aves marinas, un par de cabras salvajes y plantas que apenas reconocía.

El quinto día, el viento cambió.

Mientras exploraba el borde norte del islote, divisó a lo lejos una embarcación de pesca. No era muy grande. Pero era real.

Agitó su capa con todas sus fuerzas y después corrió colina abajo. Prendió su antorcha improvisada con rapidez y encendió un círculo de ramas secas, rogando que el humo fuese suficiente.

Y lo fue.

La pequeña tripulación —tres hombres de Orkney que habían salido a buscar langostas—, lo recogió esa misma tarde, perplejos ante la historia que Dark les contó parcialmente: naufragio, traición, y una mujer pirata.

Cuando Dark mencionó a la mujer pirata, los pescadores no preguntaron más. No les fue necesario, pues sabían de quien se trataba, y rezaban por no tener que cruzarse en su camino jamás.

Tardaron siete días en llegar al continente.

Desde allí, Dark consiguió transporte hacia su hogar, una casa de piedra gris a las afueras de Dunleigh, una localidad costera cercana a su antiguo puesto de vigilancia naval. La propiedad era modesta pero digna, con una chimenea amplia, estanterías llenas de mapas y libros, y un establo con un solo caballo: Oisin, su fiel compañero.

Habían pasado casi un par de semanas desde su abandono, y su cuerpo estaba más delgado, pero su mirada era aún más firme. La cicatriz emocional que Kayla le había dejado ardía cada vez que la recordaba.

Al regresar, no tuvo paz.

No habían pasado ni dos días desde su llegada cuando tres hombres del rey tocaron a su puerta.

Vestían ropas oscuras, sin armaduras, pero llevaban el emblema real en los cinturones. Lo saludaron con un gesto educado.

—Capitán Graham —dijo uno, de barba gris y modales correctos—. Se le solicita en Edimburgo. Su Majestad desea hablar con usted en cuanto antes.

Dark no respondió de inmediato. Observó la llanura que rodeaba su casa, el cielo que parecía más plomizo de lo normal.

—¿De qué se trata?

—Nos han llegado informes contradictorios sobre su desaparición y su repentina reaparición. El rey quiere escuchar la historia completa. De su boca.

Dark asintió despacio.

—Partiremos al amanecer.

Esa noche no durmió bien. Se sentó junto al fuego, con un vaso de *whisky* en una mano, y los recuerdos en la otra.

Capítulo 13

Las nubes se cernían como sombras al acecho cuando Kayla emergió entre la niebla densa del *Firth of Lorne.* El mar rompía suavemente contra la costa rocosa, y un silencio ominoso impregnaba el aire, tan denso como el yodo que lo saturaba todo. Kayla Wallace, permanecía erguida al timón mientras sus ojos se clavaban en la silueta oscura que se insinuaba entre los riscos.

Aquel lugar no estaba en ningún mapa. Era un rincón olvidado de Escocia, una caleta protegida por acantilados irregulares y arrecifes. Un refugio para las almas vendidas, para los que tenían deudas que no se podían pagar con oro, sino con sangre.

Kayla descendió al bote sin una palabra, acompañada solo por Ruarc, y Connor, quien remaba con ritmo contenido. El silencio entre ellos era cómplice.

Cuando pisaron la orilla, los esperaban dos figuras. Vestían de negro, con capas largas manchadas por la humedad del mar y capuchas que ocultaban sus rostros. Nadie sabía sus nombres verdaderos, ni siquiera si tenían uno. Solo eran conocidos como «La Mano». Nadie comerciaba con ellos por elección. Lo hacías cuando no quedaba nada más.

Uno de ellos, alto y espigado, con la voz aguda y casi femenina, dio un paso al frente.

—Seis meses —dijo con lentitud, casi con deleite—. Como un reloj, Sirena Negra.

Kayla dejó caer la bolsa de cuero a sus pies. El tintineo del oro y la plata resonó con un eco metálico en la playa vacía.

—No vengo a conversar. Aquí está lo acordado.

El segundo encapuchado, más corpulento, se agachó y revisó el contenido. Sus dedos gruesos y nudosos brillaban repletos de anillos. Lo pesó con una balanza precisa que llevaba colgada del cinto, y después asintió.

—Justo. Como siempre. Pero…

Kayla levantó una ceja.

—¿Qué pasa ahora?

—Sigues debiéndonos dinero —contestó el flaco.

—Pensé que ya lo estaba pagando —espetó Kayla con frialdad.

—Lo estás —intervino el grandullón—. Pero podemos ofrecerte una forma de acabar con todo esto. Para siempre.

Kayla ladeó la cabeza con sospecha.

—¿A qué os referís?

—Una última tarea. Un único golpe. Si lo haces… si lo completas, tú y tu tripulación seréis libres.

Ruarc frunció el ceño.

—¿Y cuál es ese golpe?

—Eso no os lo diremos a menos que aceptes.

Kayla permaneció en silencio. Observó a Ruarc quien la miró con expresión neutra, pero sus ojos —inteligentes, curtidos por años en altamar—, le dijeron todo. Él confiaba en ella, pero también sabía cuándo un juego estaba amañado.

La Sirena Negra inspiró hondo, con sus ojos como dos cristales helados.

—Acepto.

Las figuras intercambiaron una mirada satisfecha.

—El rey de Escocia se trasladará a su residencia en Stirling. Ha ordenado el envío de sus pertenencias más preciadas: joyas, reliquias, documentos, escrituras… Todo irá a bordo de un solo navío, fuertemente escoltado, pero… —el encapuchado hizo una pausa, como disfrutando cada palabra—, vulnerable.

—¿Y queréis que lo tome?

—No solo eso —añadió el otro—. Queremos que su carga esté aquí, en esta playa, en nuestras manos. Solo entonces, tu deuda estará saldada.

El silencio se alargó. Solo el murmullo del mar y el crujido de las piedras bajo las olas rompían el momento. Kayla se cruzó de brazos.

El encapuchado la miró fijamente.

—Hay algo más… —Kayla ladeó la cabeza y lo miró con desconfianza—. Junto a tales pertenencias viajará la sobrina del rey. Por lo visto ha sido comprometida, e irá acompañada de sus damas de compañía y su madre, para conocer a su futuro esposo. Ella también formará parte de la carga.

—¡No secuestro a jovencitas vulnerables!

—Créeme, esa joven es de todo menos vulnerable. Tráela con vida.

—¿Y qué haréis con ella?

—Un intercambio con el rey. Solo será una transacción más, la joven no sufrirá ningún daño.

—¿Y si me niego?

—Entonces —respondió el más bajo con una sonrisa que no se veía, pero se sentía—, tú y los tuyos seguiréis siendo nuestros. Para siempre.

Connor dio un paso adelante, pero Kayla lo detuvo con un gesto.

Pensó en Dark. En sus ojos cuando le pidió que huyeran juntos. En su voz cuando le confesó que la amaba.

«Si no lo hubiese dejado en esa maldita isla habría podido encontrármelo custodiando ese navío», pensó. Pero no sería el caso.

—Muy bien —dijo finalmente, con voz firme—. ¿Solo esto, y mi deuda estará saldada?

El alto extendió su mano cubierta por un guante de cuero desgastado.

—Saldada.

Kayla se la estrechó, se dio media vuelta y regresó a su bote, llevándose consigo el sonido de un trato sellado con veneno.

Capítulo 14

La sala del trono en Edimburgo estaba tan fría como su monarca. Las columnas de piedra se alzaban majestuosas bajo los tapices bordados con emblemas reales, y el crepitar del fuego en las chimeneas no lograba arrancar el hielo que habitaba en aquel ambiente cargado de tensión.

Dark Graham caminó con paso firme por el pasillo alfombrado que conducía hasta el trono. A su llegada, los murmullos cesaron. Los ojos de los cortesanos se clavaron en él como dagas afiladas.

El rey Jacobo se alzó del trono. Era un hombre de porte regio, de mirada aguda como el acero y una barba blanca perfectamente recortada. A su lado, varios nobles murmuraban entre sí, pero fue el monarca quien levantó la mano para imponer silencio.

—Capitán Graham —dijo, con su voz resonando como un tambor grave—. Hay preguntas que necesitan respuestas. Urgentes.

Dark se detuvo frente a él, cuadrando los hombros.

—Majestad, estoy a su disposición.

Jacobo bajó las escaleras del trono, deteniéndose apenas a un metro de él. Su expresión era una mezcla de decepción y severa curiosidad.

—Un testigo —dijo con lentitud—, asegura haberlo visto luchando junto a la pirata conocida como la Sirena Negra. Ayudándola a escapar.

El silencio cayó como una losa.

Dark apretó los puños, contuvo el impulso de replicar con furia, y respondió con frialdad:

—Eso no es cierto. Yo no ayudé a esa mujer. Fui secuestrado.

Algunos cortesanos soltaron risas breves, pero el rey alzó una ceja.

—¿Secuestrado?

—Así es. Fui tomado prisionero por ella y su tripulación durante el caos del intento de ejecución. Me llevaron a bordo de su navío, me mantuvieron como rehén y más tarde me dejaron abandonado en una isla remota, sin medios ni ayuda. Logré salir gracias a un barco pesquero que pasaba cerca. La prueba de mi fidelidad, majestad, está en que me presento hoy aquí, pese a todo.

Jacobo entrecerró los ojos, lo observó por largo rato. Lo conocía desde que era un joven soldado en el norte. Había escalado con méritos, con disciplina, y hasta ahora jamás había fallado.

Al cabo de unos segundos, asintió con lentitud.

—Has servido con honor todos estos años. Pero no puedo permitir que unas simples palabras deshagan las dudas que ahora flotan en el aire. Necesito una muestra más clara de tu lealtad.

Dark mantuvo la compostura, aunque sintió el peso de lo que venía.

—Usted dirá, majestad.

—En dos semanas me trasladaré con mi corte a Stirling —anunció el rey, girándose hacia los demás consejeros reunidos en la sala—. Pero antes de eso, mis posesiones más valiosas deben llegar allí de forma segura. Objetos de poder, joyas reales, documentos diplomáticos… todo será embarcado en un navío desde el puerto de Leith. Quiero que tú los custodies personalmente. Desde el castillo, hasta el mar. Y luego que viajes en ese navío hasta su destino final.

La petición era clara.

No era solo una misión, sino una prueba. Un acto de fe.

—¿Lo harás, Graham? —preguntó el rey, mirándolo directamente a los ojos.

Dark inclinó la cabeza con solemnidad.

—Será un honor, majestad.

El rey asintió, satisfecho, pero no había terminado.

—Hay algo más —añadió con tono grave—. No solo serán tesoros materiales los que viajarán en ese navío. Mi sobrina, Lady Aria MacKinnon, también formará parte de la comitiva. La

acompañarán su madre, la duquesa viuda de Northport, y sus damas de compañía.

Dark lo miró, con un atisbo de sorpresa que disimuló al instante.

—Lady Aria está prometida al duque de Caerloch, Lord Alaric de Ravenshire. Es un compromiso delicado, que forma parte de una importante alianza con el sur. No puede haber ningún contratiempo. Quiero que la protejas como si fuera sangre de tu sangre. Si algo le ocurriera… —El rey no terminó la frase, pero su mirada fue suficiente.

—Lo haré, majestad. Juro por mi vida que no le pasará nada.

—Bien —dijo el rey, más tranquilo—. Pues eso es todo. Puedes marcharte.

Dark asintió, y después se dio la vuelta para dirigirse a la salida.



Una semana después, bajo un cielo gris que amenazaba tormenta, Dark lideraba el traslado del cargamento más preciado del reino. Era una procesión de carretas pesadas, escoltadas por una compañía de élite, que descendía por los viejos caminos de piedra desde Edimburgo hacia el puerto de Leith. Cada carreta rechinaba por el peso de los baúles de roble, cerrados con cerrojos de hierro forjado. Joyas, reliquias, estandartes reales bordados con hilo de oro, manuscritos antiguos y hasta tronos ornamentados viajaban bajo fuertes lonas.

Pero no solo el oro del rey viajaba en ese convoy.

En una elegante carroza de color marfil viajaba Aria MacKinnon, sobrina del rey, hija de su hermana menor. Tenía dieciséis años, pero su porte orgulloso y sus ojos llenos de fuego daban la impresión de una mujer hecha y derecha. Su cabello rojo caía en rizos rebeldes a su espalda, desafiando cada intento de las doncellas por mantenerlo recogido, y sus ojos, de un azul casi grisáceo, brillaban con una mezcla de inteligencia, sarcasmo y descontento.

Aria no quería viajar a Stirling. Y mucho menos quería conocer a su futuro esposo, Lord Alaric de Ravenshire, un noble inglés de avanzada edad con fama de ser más rico que sabio, y más interesado

en heredar sangre real que en compartir la vida con una joven viva y pensante. Para Aria, aquello no era un compromiso: era una condena. Un encierro perpetuo tras las paredes de algún castillo ajeno.

«Me están vendiendo como parte del mobiliario real», solía repetir entre dientes a su doncella favorita, mientras golpeaba con el tacón el suelo de la carroza.

Dark la había conocido días antes de la partida, durante una visita de protocolo al palacio. La había visto discutir con un tutor de modales que osó corregir su postura y al que dejó mudo con una cita en latín y una pregunta sobre filosofía política. No era una dama cualquiera. Y Dark sospechaba que si alguien tenía el potencial de prender fuego a un castillo solo por aburrimiento... era ella.

En el *Swanheart*, el imponente navío que transportaba a Lady Aria junto a su madre y sus dos damas de compañía, se le había asignado una cabina decorosa y bien equipada. Sin embargo, su inconformidad con el viaje era tal que pasaba la mayor parte del tiempo en cubierta, bajo la vigilancia discreta de dos soldados asignados a su protección.

El mar estaba tranquilo. Demasiado tranquilo.

El Swanheart surcaba las aguas como un leviatán dormido, con su estandarte real ondeando con arrogancia en el mástil principal. Los soldados descansaban en cubierta, algunos limpiando armas, otros bromeando en voz baja. El aire olía a sal y a madera recién encerada. Pero Dark Graham no encontraba paz en aquel aparente sosiego.

Algo iba mal, casi podía sentirlo en el estómago.

Y entonces, la alarma estalló como un trueno.

—¡Velas a babor! ¡Un navío se aproxima a toda velocidad!

Dark corrió hacia la borda, y fue entonces cuando lo vio.

Un navío oscuro emergía como una sombra entre la niebla del amanecer, con velas negras infladas por el viento y una figura de proa tallada en forma de sirena. Sus ojos parecían mirarlo a él, directamente, como si fueran reales.

—No puede ser… —susurró.

La Sirena Negra.

Kayla.

—¡Todos a sus puestos! ¡Formad líneas de defensa! ¡A los cañones, ya! —rugió Dark, desenvainando su espada.

El Swanheart intentó maniobrar, pero no tenía oportunidad. El barco pirata era más rápido, más ágil. Se deslizó junto a ellos como un lobo flanqueando a un ciervo, y antes de que los cañones pudieran disparar, garfios volaron por el aire, enganchándose en la madera real. Las cuerdas se tensaron con violencia, tirando del navío con una fuerza brutal. El choque fue como el rugido de un dios.

Los piratas treparon como ratas hambrientas. Hombres con ropas oscuras, cicatrices, y ojos sin alma.

El fuego del combate se encendió en segundos. Acero contra acero, gritos, y sangre salpicando las velas blancas. El Swanheart vibraba bajo la embestida.

Y entre todos ellos apareció ella.

Kayla.

Vestía cuero negro ajustado al cuerpo, y botas altas hasta las rodillas. Su cabello negro suelto que flotaba en el aire como las alas de un cuervo al viento, le daba un aire casi espectral. Se abría paso con una espada curva, danzando entre soldados como una sombra mortal.

En ese mismo instante Dark comprendió porque la llamaban La Sirena Negra; por su belleza peligrosa, por su voz, por el modo en que te dejabas arrastrar por ella hasta las profundidades, aunque supieras que ibas a morir.

Fue entonces cuando Kayla lo vio.

A Dark, su Dark.

No era posible, ¿Cómo demonios había salido de aquella isla?, se preguntó.

—¡Kayla! —bramó él, lanzándose a su encuentro entre el caos.

Ella giró hacia él, sorprendida. Por un instante, su mirada se quebró. No lo esperaba allí. No tan pronto. No así.

—¡Dark! ¿Qué demonios haces aquí? —gritó, cortando el aire con su espada y decapitando a un guardia que intentó interponerse.

—Pensaste que moriría allí, ¿verdad? —le gritó, embistiendo con su hoja—. ¡Me dejaste tirado en medio de la nada!

—¡Y te dejé víveres, no deseaba tu muerte! —Kayla bloqueo su ataque, y sus rostros quedaron muy cerca.

—Deja que ponga en duda tu palabra. ¡Eres una ladrona! ¡Una traidora! —Dark empujó a Kayla con su brazo, y ella tuvo que retroceder unos pasos.

—¡Y tú un soldado sin alma que sirve a un rey podrido! —exclamó con una mezcla de furia y dolor.

—¡Capitán, Kayla, soy capitán!

Aquello la enfureció, y la hizo atacar con su arma con todas sus fuerzas.

Las espadas chocaron con furia. Luchaban como si el mundo se desmoronara a su alrededor. Cada estocada era una herida sangrante que aún dolía. Se conocían. Sabían cómo se movía el otro, qué ritmo tenía su rabia, y dónde herían su orgullo.

A su alrededor, el Swanheart ardía. Uno de los piratas, sin orden expresa, había arrojado una botella incendiaria a las bodegas, y pronto las llamas comenzaron a lamer la cubierta, envolviendo el cielo en una nube negra.

Los cañones estallaban sin orden ni dirección. El timón se partió, y el fuego se propagó como una bestia hambrienta.

Y en medio de toda aquella confusión y gritos, uno de los soldados llamó la atención del capitán.

—¡Han tomado a la joven! ¡Lady Aria ha sido secuestrada!

Dark se giró bruscamente y pudo ver cómo uno de los piratas huía con una figura envuelta en una capa carmesí. La pelirroja se debatía con fiereza, o al menos eso parecía. En realidad, sonreía con una mueca que solo Dark alcanzó a notar.

Aria no luchaba con todas sus fuerzas. Estaba… contenta.

Él lo comprendió al instante. La muchacha no quería ser rescatada. Pero eso no importaba. Su deber era protegerla. Su promesa al rey seguía pesando sobre sus hombros.

Kayla volvió a atacarlo con un rugido, pero él la bloqueó, giró sobre sí mismo y le gritó entre dientes:

—¡No me detendrás esta vez!

Ella lo vio correr hacia la borda, mientras las llamas lo envolvían como una corona. Y entonces, sin pensarlo, Dark Graham saltó.

Saltó al barco pirata.

Cayó sobre la cubierta enemiga con un golpe seco. Rodó, y se puso de pie con una agilidad sorprendente. Instantáneamente, varias espadas apuntaron a su cuello. Diez hombres, listos para matarlo.

Pero no se rindió.

—Atrás, o prometo que me llevaré a más de uno por delante.

El círculo se abrió de pronto, y los piratas retrocedieron unos pasos para alejarse y dejar espacio a su capitana, pues Kayla había saltado tras él, aterrizando con elegancia felina sobre la cubierta. Caminó hacia Dark con lentitud, todavía con su espada en la mano.

—¿Qué demonios haces, Dark? —le dijo en voz baja, una vez que se situó cerca de él—. ¿Vienes a morir?

—No. Vengo por ella.

Kayla lo miró fijamente. Había rabia en sus ojos. Y también algo más… Dolor.

—Entonces eres mi prisionero —dijo, con voz seca.

Y Dark, con la mirada clavada en la suya, asintió.

—No me importa lo que digas. Pero juro por mi *claymore,* que no me separaré de esa joven hasta que esté a salvo.

—¿Y quién te protegerá a ti? —susurró Kayla, acercándose tanto que podía oler su aliento a sal y a pólvora.

Dark no respondió. Solo la miró. Y por un instante, los dos dejaron de luchar.

—Connor, ponlo bajo arresto —dijo sin apartar la mirada de él.

El hombre se acercó dudoso hacía Dark, el hombre con el que había compartido camaradería días atrás.

—No será necesario, se perfectamente donde se encuentra el camarote que hace de celda en este navío.

Dark se dio la vuelta sin malgastar ni una sola mirada más en Kayla, y se dirigió hacia el interior del navío para ocupar su lugar como preso de nuevo.

Para él aquello no fue una derrota, sino todo lo contrario, desde dentro podría buscar la forma de sacar de allí a Aria y devolverla sana y salva.

Capítulo 15

Kayla todavía podía sentir la mirada de Dark clavada en su espalda, con una mezcla de rabia, traición y decepción que la quemaba más que el fuego.

Él la odiaba. Y tenía todo el derecho.

«Es mejor así», se dijo. «Mientras esté lejos de mí, no correrá peligro».

Pero por dentro, algo se le resquebrajaba. Un dolor sordo y persistente, como si su corazón hubiese decidido romperse en silencio. Porque lo amaba. Aunque él ya no pudiera ni mirarla sin que su mandíbula se tensara.

Sacudió la cabeza, y avanzó con paso firme por la pasarela hasta su camarote. Frente a la puerta, respiró hondo una vez más. Aria Mackinnon, la sobrina del rey estaba allí. Su segunda prisionera. Otra pieza de aquel juego peligroso al que se había visto arrastrada.

Empujó la puerta, y lo que vio no le gustó.

—¿Sabes que hurgar entre las cosas ajenas es una forma bastante tonta de morir? —dijo al ver a la pelirroja arrodillada junto a un viejo baúl de cuero abierto, revolviendo entre mapas, anillos y un par de pistolas descargadas.

Aria se giró con una media sonrisa, sin el menor rastro de miedo.

—¿Y tú sabes que encerrar a una dama de la nobleza puede traerte problemas mucho más grandes que los que ya tienes? —respondió con desdén a la vez que se incorporaba.

Kayla la observó con detenimiento. Era hermosa. Tenía el cabello como las llamas de una buena hoguera, y los ojos claros, pero era esa expresión altiva que tan bien conocía, lo que le llamaba la

atención en ella. No era arrogancia… era fuego. El mismo fuego que una vez ardió en ella en su juventud.

—¿Así que tú eres la famosa pirata que escapó de su propia ejecución, secuestró a un capitán de la corona, y ahora a la sobrina del mismísimo rey de Escocia?

—Ha sido un mes bastante productivo, lo reconozco —dijo Kayla, cruzándose de brazos.

—Si no fuese porque tus intenciones al traerme aquí no van a tener nada de bueno, te admiraría. —Kayla la miró con desconcierto, aquella muchacha no era lo que esperaba—. ¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué quieres de mí?

Kayla suspiró. No tenía por qué darle respuestas, pero algo en la mirada directa de la muchacha la desarmó por un segundo.

—Hay quienes… quieren usarte. Como moneda de cambio.

—¿Otros? —preguntó Aria, arqueando una ceja—. ¿Quiénes?

—Mercenarios —respondió con un deje de cansancio—. Es por mi tripulación. Si no te entrego a ti y al botín, morirán todos.

Aria entrecerró los ojos.

—No puedo creer que una mujer sea capaz de vender a otra.

La frase fue como un golpe seco en el pecho. Kayla parpadeó, desconcertada. Porque la condenada niña tenía razón. Y aún así no podía hacer otra cosa.

—Tengo que hacerlo. —Su voz fue más baja ahora, cargada de una tristeza inesperada.

Aria no respondió de inmediato. Solo la miró. Luego, sin previo aviso, sacó un pequeño cuchillo oculto en su cinturón y lo colocó directamente en el cuello de Kayla.

—Eso ya lo veremos.

Kayla alzó una ceja, más divertida que alarmada.

—Vaya… esto sí que no me lo esperaba —dijo, sonriendo—. Tienes agallas, Aria MacKinnon.

—Haré lo que sea necesario para no regresar ni a mi hogar… ni a donde sea que me llevas tú.

Kayla se movió como un relámpago. Le arrebató el cuchillo con una llave rápida, giró sobre sí misma y la empujó suavemente contra la pared, ahora apuntándole ella.

—Valoro tu valentía —dijo, con una sonrisa torcida—. Y reconozco que me has sorprendido. Pero no puedo dejarte ir.

—Sí puedes. Solo que no quieres. —La voz de Aria tembló un poco, pero sus ojos seguían firmes—. Porque te conviene. Sabes, no encuentro diferencia entre tú y el rey, los dos sois un par de tiranos.

Kayla se quedó en silencio. La observó de cerca, muy de cerca. Y lo que vio no fue a una niña noble y mimada… sino a ella misma, años atrás. El mismo fuego. La misma rebeldía. La misma rabia contra un mundo que intentaba hacerles daño.

—Serías una buena guerrera —le dijo finalmente, con tono más amable.

—Y lo seré —contestó Aria, sin titubear—. Y te juro que este momento… este en el que no me tendiste la mano, lo recordaré el resto de mi vida.

Kayla alzó lentamente una ceja.

—¿Me estás amenazando?

—Sí —dijo Aria, con voz clara y firme—. Te estoy amenazando.

Las dos se miraron en silencio por unos segundos en los que solo se escuchaba el crujir de la madera y el golpeteo del mar contra en navío.

Finalmente, Kayla bajó el cuchillo y se apartó un paso sin dejar de vigilarla.

—Sera mejor que descanses, princesa. El mundo aún no ha terminado contigo… ni conmigo. Es mejor reponer fuerzas y estar preparadas.

—¿Preparadas para qué?

—Preparadas para lo que sea Aria. En otras circunstancias ese hubiese sido mi primer consejo.

—¿En otras circunstancias donde hubieses sido mi mentora? —Kayla asintió levemente—. Me hubiese gustado.

Kayla sintió un nudo en el estómago mientras salía del camarote, cerrando la puerta con llave tras de sí. Aquello iba a ser más difícil de lo que imaginaba, pues mirar a Aria a los ojos y poder conversar con ella la habían hecho dudar. No deseaba entregarla. Ella no se merecía algo así, pero no tenía otra opción.

Capítulo 16

El viento ululaba entre los mástiles del *Seabhag Dubh*, como un lamento lejano que se colaba hasta los huesos. El océano, oscuro como la tinta, parecía dormido, pero Kayla sabía que nunca lo estaba del todo.

No había podido pegar ojo.

El insomnio no era nuevo para ella, pero en los últimos días, los rostros del pasado volvían a colarse en sus sueños. Y uno en particular la perseguía como una sombra ardiente que no podía ignorar.

Dark.

Aquel demonio de ojos fieros y corazón noble que ahora yacía encerrado a bordo del mismo navío. Solo unas paredes delgadas los separaban. Y, sin embargo, se sentía a millas de él.

Lo había soñado esa noche: él le tomaba el rostro entre las manos, con sus labios a un suspiro de distancia, y le decía que no la odiaba, que aún veía algo bueno en ella. Había despertado con el corazón al galope, las mejillas húmedas y una mano estirada hacia la nada. Por poco —por muy poco—, no había bajado corriendo a buscarlo. A lanzarse a sus brazos y rogarle que la perdonara.

Pero el honor, o lo que quedaba de él, la detuvo.

Ahora estaba allí, sentada en el sillón raído de su despacho, con un abrigo sobre los hombros, el cabello suelto y los ojos clavados en la vela medio consumida.

El corazón pesaba más que el oro que escondían en las bodegas.

A veces pensaba que cada decisión la alejaba más de quien una vez fue. Ya a penas se reconocía.

Un golpeteo suave sobre la puerta la sacó de su ensimismamiento.

—Capitana… —Connor, algo incómodo, asomó la cabeza por el resquicio de la puerta—. El cocinero dice que la joven Aria lleva dos días sin probar bocado.

Kayla cerró los ojos un instante. Aunque Aria no se lo imaginase ella la entendía.

—Veré qué puedo hacer —dijo en voz baja, y se incorporó con un suspiro que pesaba como el océano entero.



El camarote de Kayla, y que ahora era ocupado por Aria, estaba en silencio, apenas iluminado por la luz pálida de la mañana que se colaba por la escotilla. La muchacha estaba de espaldas, sentada en el lecho, mirando por la ventana como si esperara ver más allá del horizonte.

Kayla no llamó a la puerta. La abrió y cerró con suavidad.

—Dos días sin comer. ¿Qué intentas demostrar? —preguntó sin dureza, solo con curiosidad.

—Que prefiero morirme por decisión propia a ser vendida como ganado —respondió Aria, sin mirarla.

Kayla cruzó los brazos.

—La muerte no es libertad. Es rendición. Y tú no pareces de las que se rinde.

Aria se volvió al fin. Tenía los ojos hundidos, pero no por debilidad, sino por rabia.

—¿Y tú qué sabes de mí?

—Sé que tienes fuego en la mirada. Que enfrentaste a una mujer armada con un cuchillo. Y que no has dejado escapar ni una lágrima desde que estás aquí. Así que sé bastante.

Un silencio pesado se instaló entre ambas. Luego Kayla continuó:

—Si comes, te dejaré deambular por el barco. Verás el cielo. Sentirás el viento. Lo que hagas con esa libertad, es asunto tuyo.

—¿Y qué ganas tú con eso?

—Dormir tranquila. Quizá.

Aria la observó por un largo instante, como si buscara una trampa. Pero no la encontró.

—Entonces acepto. Pero me gustaría comer contigo.

Kayla arqueó una ceja, desde luego que aquella extraña petición no se la esperaba.

—Bien, pues acompáñame.



La sala de mapas olía a madera húmeda, cera y a comida caliente. El cocinero había preparado algo simple pero reconfortante: sopa de pescado, y una hogaza de pan tan dura, que era mejor meterla en la misma sopa o te arriesgabas a romperte un diente. Aria comía lentamente, mientras observaba a Kayla con curiosidad.

—Si deseas preguntarme algo hazlo, Aria, así podré comer tranquila sin sentir que el peso de tu mirada me atraviesa como una daga afilada.

Aria sonrió de una forma traviesa, al igual que lo haría un niño que ha sido cazado en una travesura, y después hizo la pregunta que tanto ansiaba:

—¿Siempre fuiste pirata?

Kayla sonrió con ironía.

—No. Eso vino después. Primero fui guerrera. —Kayla hizo una pequeña pausa, como si estuviese visualizando ese momento en su vida—. Después viajé durante años por el mundo, sin más compañía que mi propia sombra, hasta que un día, en una taberna del norte, conocí a un capitán llamado Dairan. Bebimos juntos hasta que el suelo se me movía, y al despertar, estaba a bordo de su barco. El *Seabhag Dubh*. Él necesitaba mano dura con su tripulación, y yo dinero. Fue la combinación perfecta. El resto fue aprender a sobrevivir con hombres que no escuchaban a una mujer si no era con gritos o acero.

—¿Y él? ¿El capitán?

—Murió. En una emboscada en el fiordo de Skye. Se enfrentó a cinco por proteger la carga… y a uno le bastó con una puñalada certera. Murió a mi lado. Me dejó el barco, y una deuda que pretendo pagar contigo. Aria, de verdad que no deseo hacer esto, pero no encuentro otro modo.

—Confiesa mejor que no deseas buscar otro modo, pues siempre hay otra opción. Quizá lo que pasa es que con los años te has vuelto débil. Temerosa.

Kayla miró con seriedad a Aria. Sabía lo que pretendía con aquellas palabras. Quería que perdiese los papeles, pero no lo haría.

—Aria, te diré algo. Tan solo quedan un par de días para que lleguemos al destino donde debo entregarte. Deja de provocarme o mi ofrecimiento para poder deambular por el barco se acabó. Además, no morirás por dejar de comer un par de días más, lo único que conseguirás es estar débil y eso no es lo mejor para alguien que tiene idea de huir en cualquier momento.

—Lo siento —dijo Aria con sinceridad.

—No pidas perdón si no es a alguien que te importa de verdad. Este mundo no es para los débiles.

—No lo volveré a hacer.

—Bien —Kayla continuó comiendo, pero por como la observaba Aria sabía que aquella conversación todavía no había terminado.

—¿No tienes familia? ¿Un hermano tal vez?

Kayla sintió que el corazón se le hizo más pequeño de pronto.

La joven la miró en silencio, esperando.

—Tenía un hermano —dijo con apenas un hilo de voz —. Se llamaba Kai. Era pura luz. Solíamos jugar a ser reyes y reinas del bosque. Nos divertíamos juntos, hasta que un día lo reté a subir al viejo roble que estaba a pocos metros de la entrada de casa. Él quería impresionarme, ahora lo sé. Cayó. Lo vi caer. Escuché el sonido cuando golpeó el suelo. Desde entonces estoy rota Aria, pienso en él cada día.

Aria tragó saliva con dificultad, y sus ojos se humedecieron. Quiso decirle que lo sentía, pero recordó las palabras de Kayla un momento antes y no lo hizo. Entonces creyó que lo mejor sería sincerarse al igual que lo había hecho ella.

—Mi madre me ha tenido como prisionera desde que nací —dijo—. Nunca me dejó correr, ni trepar, ni soñar. Siempre uso la ropa que elige para mí, y tampoco me deja tener más amigas que las que ella elige. No desea que nadie pueda ensuciar mi mente. Pretendía casarme con un duque cuarenta años mayor que yo, ¿te lo imaginas? ¿Qué clase de madre entregaría a su única hija a un vejestorio? Yo jamás le haré algo así a mis hijos, y cada día les diré lo mucho que los amo y lo importantes que son para mí, para que no tengan que sentirse solos, o que son un estorbo como lo creía yo.

Kayla se inclinó un poco hacia ella, con el gesto más suave que le había mostrado a nadie en semanas.

—¿De dónde has salido Aria MacKinnon? No pareces una muchacha, sino toda una mujer.

—Te confesaré algo. Mi haya, la mujer que me crio no era escocesa sino Noruega.

—Ella te enseñó a usar el cuchillo.

—Ella me enseñó muchas cosas a escondidas de madre. Y ahora se lo agradezco.

—Créeme vas a necesitar defenderte, muchacha. ¿Sabes empuñar una espada?

—Yo diría que me defiendo.

Kayla levantó una ceja con diversión y después reparó en su ropa.

—Desde luego que así vestida no podrás hacerlo. —La guerrera se levantó y rebuscó entre sus baúles hasta que encontró lo que buscaba—. Creo que te servirá. Cámbiate, te espero en cubierta.

Aria miró la ropa sorprendida, desde luego que era lo último que esperaba por parte de la guerrera, pero la aceptó con una enorme sonrisa en los labios.

Capítulo 17

Cuando Aria subió a cubierta con su nuevo atuendo, el murmullo entre los tripulantes se convirtió en un silencio expectante.

La joven vestía unos pantalones ajustados de cuero oscuro que se le ceñían las piernas como una segunda piel, y una camisa de lino gris anudada a la cintura con una faja de tela roja. Sobre los hombros, una chaqueta corta, reforzada con cuero, le daba un aire fiero. Su largo cabello pelirrojo lo llevaba recogido en una trenza sencilla, y los ojos claros centelleaban con una mezcla de desafío y curiosidad.

Caminaba erguida, sin una pizca de miedo, mirando a cada uno de los hombres que la observaban con descaro. Algunos sonrieron con sorna, otros fruncieron el ceño. Pero ninguno pudo ignorarla.

Kayla la esperaba en medio de la cubierta, apoyada sobre una espada que había clavado en el suelo de madera. Cuando Aria llegó hasta ella, la guerrera se la ofreció con una media sonrisa.

—Es ligera. La empuñadura es de hueso tallado con símbolos vikingos, y mira el rubí en el pomo. Tiene el mismo color de tu pelo. Es perfecta para ti.

Aria la tomó con ambas manos. La sintió equilibrada, viva, como si la espada misma la reconociera.

—Gracias —dijo sintiendo como se le aceleraba el corazón en el pecho.

—Vamos —dijo Kayla—. Atácame.

—¿Qué?

—No seas tímida. O te arrepentirás.

Aria no necesitó más. Dio un paso atrás, tomó aire y se lanzó.

Kayla la esquivó con facilidad, pero con respeto. El primer cruce de espadas tintineó como una campanilla de advertencia.

Varios miembros de la tripulación se acercaron, formando un círculo alrededor de ellas. El espectáculo había comenzado.

—Gira la muñeca al final del movimiento —le indicó Kayla—. Mantén los pies firmes, pero ligeros.

Aria obedecía con rapidez. Había destreza en ella, instinto, aunque aún le faltaba la fuerza y la malicia del combate real.

Kayla la apuntó al costado con un movimiento limpio y la detuvo justo a tiempo.

—Otra vez. Y esta vez, sin piedad.

Volvieron a chocar, una y otra vez, y cada golpe hacía vibrar la cubierta. El sudor comenzaba a brillar en la frente de Aria, pero sus ojos no perdían ese brillo desafiante.

—Eres buena, Aria. Solo necesitas entrenamiento.

—Pues entréname —dijo ella, sin dudar.

Kayla la miró con seriedad por un momento, luego asintió.

—No puedo enseñarte mucho en dos días, pero te enseñaré lo que de verdad importa. Cómo sobrevivir en la distancia corta.

Se giró, fue hasta su cinturón y desenvainó una daga delgada, y con una empuñadura de marfil. Se la entregó a Aria.

—Esto puede salvarte la vida cuando no hay honor, ni normas. Aquí no hay duelos en salones, solo acero en la oscuridad.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Aria, mientras probaba el peso del arma.

Kayla guardó silencio unos segundos.

—Porque no deseo dejarte desprotegida ante un puñado de mercenarios corruptos. Porque me recuerdas a quien fui… y porque, aunque no lo creas, todavía queda algo bueno dentro de mí.

El cielo comenzaba a tornarse anaranjado mientras la cubierta vibraba con los pasos de los marineros, que ya hacía horas que se habían dispersado volviendo a sus quehaceres.

Apenas quedaba algo de luz cuando Kayla decidió que ya era suficiente, y se retiró a sus aposentos.

Y esa noche, mientras Aria comía algo bajo un cielo abierto en plena soledad, no se sintió prisionera. Se sintió peligrosa. Y libre por

primera vez. Entonces fue cuando decidió que jamás perdería aquella libertad, y que haría cualquier cosa con tal de mantenerla. Cualquier cosa.

Capítulo 18

La noche había caído sobre el Seabhag Dubh, y el mar se mecía con una suavidad que contrastaba con la tensión que se cocía en las entrañas del navío. Las estrellas se reflejaban en la superficie como un espejo roto, y la brisa nocturna traía consigo olor a sal y a madera húmeda.

Kayla bajó por los estrechos pasillos del barco con el corazón latiéndole con fuerza. El silencio reinaba, interrumpido solo por el crujido ocasional de la madera bajo sus pies. Caminaba con paso decidido, pero dentro de ella se libraba una guerra.

Cuando empujó la puerta de la pequeña sala donde dejaban comer a Dark, lo encontró sentado a la mesa, encorvado, bebiendo de un cuenco de sopa humeante y mordiendo con desgana un pedazo de cecina. La lámpara de aceite proyectaba sombras suaves sobre su rostro, acentuando el cansancio en sus facciones.

—¿Por fin has decidido venir a darme la cara? —dijo él sin mirarla, con su voz áspera como la lija.

—¿Te tratan bien mis hombres? —preguntó ella, intentando mantener la calma.

—No puedo quejarme —respondió sin levantar la vista.

—¿Por qué no me miras? —insistió Kayla, clavando los ojos en él.

—Porque no puedo, Kayla. Porque me recuerdas lo estúpido que he sido. Me has ridiculizado por segunda vez —contestó, y esta vez levantó la mirada. Sus ojos verdes eran un mar embravecido.

Kayla apretó los labios y bajó la vista.

—No era mi intención. Te dejaré en la isla más cercana. Regresa a tu hogar, y así no tendrás que verme jamás, Dark.

Él dejó el cuenco con un golpe seco sobre la mesa.

—No puedo regresar. No sin ella. El rey ya no confiaba en mí, y otra vez he vuelto a fracasar. Si regreso sin *lady* Aria me ahorcarán.

—No puedo dejar que te la lleves

—¿Por qué? ¿Ahora también secuestras a jóvenes indefensas? Has perdido toda la dignidad, Kayla. Te has convertido en un ser del que me avergüenzo de haberme enamorado. Y ahora mismo… me odio a mí mismo por amarte con todo mi ser.

Las palabras le atravesaron el pecho como una lanza. El aire se volvió más denso, difícil de respirar. Kayla cerró los ojos un instante, tratando de contener lo que amenazaba con desbordarla.

—Dark, yo...

—¿Qué vas a hacer con la joven? —la interrumpió, con su voz apenas convertida en un murmullo cargado de desesperación.

—Debo entregarla para pagar una deuda. De lo contrario, matarán a toda mi tripulación —dijo con un hilo de voz.

—¿Kayla asustada? Me cuesta creerlo —ironizó él, sin perderla de vista.

—¿Has oído hablar de La Mano? —preguntó. Él asintió con gravedad—. Ellos manejan el mar y la piratería. Son demasiados. Aunque quisiera luchar contra ellos, no podría hacerlo sola.

Dark se levantó, y caminó lentamente hasta ella. Se detuvo a menos de un palmo de su rostro.

—Puedo ayudarte. Y evitar que arruines la vida de esa joven. Pero la cuestión es si tú quieres que lo haga.

Ella lo miró fijamente. En sus ojos no había odio. Había cansancio, lucha… y una esperanza que se negaba a morir.

—¿Cómo?

—Déjame llevarme a Aria con su tío, el rey. Conseguiré un trato, conseguiré tu libertad y podrás hacer con tu vida lo que te plazca —dijo con una determinación feroz.

—Eso es imposible.

—No lo es. Solo debes entregarnos a La Mano. Estoy seguro de que el rey es ambicioso y deseará deshacerse de esa banda que surca los mares desde hace años. Pero a cambio deberás desaparecer. No volverás a la piratería, Kayla. Nunca más.

Kayla bajó la vista, con sus pensamientos rugiendo dentro de su cabeza. Sabía que, si aceptaba, se acababa. Se acababa todo aquello por lo que había luchado, pero también salvaría a su gente. Y a Aria. Y a él.

—Acepto —susurró al fin.

Dark dio un paso más y, con un gesto lento, colocó su mano sobre el pecho de Kayla. Ella sintió el calor de sus dedos, la firmeza de su toque… y su propio corazón latiendo desbocado.

—Sabía que todavía quedaba algo de ti en tu interior —dijo él, bajando la voz, casi como una plegaria.

Ella levantó los ojos, y por un instante, todo lo demás desapareció. Solo estaban ellos.

Y en ese espacio pequeño, entre dos corazones que alguna vez se pertenecieron, nació un silencio más elocuente que cualquier promesa.

Porque a pesar del acero, del orgullo, del dolor y la traición… todavía había amor. Y esperanza.

Capítulo 19

El cielo comenzaba a clarear con un tono de acero pálido cuando Kayla subió a la cubierta del *Seabhag Dubh*. El aire salado le acarició el rostro, frío y cortante, como si el mar mismo presintiera lo que estaba por suceder.

Ordenó que reunieran a todos los tripulantes en la cubierta principal. Nadie discutió su voz, aunque las miradas eran inquisitivas. Incluso hizo comparecer a Dark, flanqueado por dos hombres, y a *lady* Aria, que apareció con el ceño fruncido, los brazos cruzados, y una altivez que no necesitaba escolta.

Dark observaba en silencio, con sus ojos clavados en la figura de Kayla, con ese andar felino, la espalda recta, el rostro duro como el hierro y el cabello azabache ondeando al viento. Había algo ferozmente hermoso en ella, algo salvaje que no se podía domar. Y, por más que lo odiara, aún la deseaba con la misma intensidad que el primer día. Le dolía admitirlo, pero verla al mando de aquellos hombres peligrosos, de esas almas curtidas por tormentas y batallas, lo impresionaba. Era un ejército que obedecía una sola voz. La de ella. Y de una forma tan letal que eso lo estremecía tanto como hacía que la admirara.

Ruarc —su segundo al mando—, se posicionó a su derecha con rostro imperturbable. Connor —uno de sus hombres de mayor confianza—, vigilaba atento desde un costado.

Kayla subió a la pasarela central. Desde allí podía ver cada rostro endurecido por el viento, el salitre y los años en el mar.

Respiró hondo.

Su voz resonó fuerte, segura.

—Anoche tomé una decisión. Una que cambiará nuestro rumbo. No entregaré a la joven Aria MacKinnon a La Mano.

El murmullo fue inmediato.

—¡¿Qué estás diciendo, Kayla?! —bramó Fenn, un marinero corpulento de ojos turbios y lengua rápida—. ¡Esa niña es nuestra moneda! ¡Nos prometiste libertad a cambio de ella!

—Lo sé —replicó Kayla con la mirada fija en él—. Pero hay otro camino. Uno que no implica entregar a una muchacha a un destino peor que la muerte. Dark ha conseguido un trato —mintió—, Si entregamos a La Mano, sus rutas, sus líderes, su oro… el rey concederá nuestra libertad. No más tributos. No más chantajes. Seremos dueños de nuestro destino.

Fenn dio un paso a delante, con su rostro rojo por la furia.

—¿Y vamos a fiarnos de ese perro del rey? ¡¿De él?!

—¡Vigila cómo hablas! —le advirtió Dark desafiándolo.

—No. ¡Al demonio con esto! —escupió Fenn, desenvainando su cuchillo—. ¡No moriré por una niña ni por tus remordimientos, capitana!

El mundo pareció detenerse un segundo.

Dark dio un paso a delante, listo para atacar, pero entonces Kayla se movió.

Rápida como un rayo, sacó su daga y con un giro elegante le atravesó la garganta antes de que pudiera alzar el brazo. La sangre salpicó la cubierta mientras el cuerpo de Fenn se desplomaba con un golpe seco.

Dark miró el cuerpo sin vida de Fenn y luego a Kayla. No había remordimiento en sus ojos, solo fuego y convicción. Y por más que intentara resistirse, volvió a sentirlo. Ese ardor insoportable en el pecho. Porque la amaba, la amaba tanto que sentía que podía perder la cordura. Así que en ese momento se prometió a sí mismo alejarse de ella tanto como pudiese. No dejaría que su amor por ella lo cegara y que ella le arrancase el corazón de nuevo.

—Que esto sea una lección —declaró Kayla, con la voz llena de furia—. Aquel que cuestione mi mando o levante acero contra mí, caerá. Ahora viramos. Hacia el puerto. Hacia nuestra libertad, y si alguien más desea protestar, que lo haga ahora.

Nadie se movió.

Ruarc se limitó a inclinar la cabeza, solemne. Connor apretó los labios, pero asintió con respeto. La tripulación entera quedó en silencio. Las órdenes fueron dadas. Las velas se izaron y el *Seabhag Dubh* viró su curso.

Pero Aria no se quedaría callada, caminó hasta donde se encontraba Kayla, con los ojos llenos de rabia.

—¿Y yo? —preguntó en voz alta, con su voz nítida como el filo de un cuchillo—. ¿Qué hay de mí?

Kayla la miró, con una mezcla de pesar y orgullo.

—Te devolveremos a tu familia. Es el trato.

—¿Y quién me protege de mi propia madre? ¿De ese matrimonio forzado? ¡Qué conveniente para todos! Vosotros ganáis vuestra libertad, pero yo pierdo la mía.

Sin más, se giró y desapareció hacia los camarotes.

Kayla permaneció inmóvil unos segundos. Luego, sin decir palabra, bajó a buscarla.

La encontró sentada en la banqueta junto a la ventana de su camarote, con el rostro vuelto hacia el mar, y la mandíbula apretada tratando de contener la furia que le hervía por dentro.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó la joven, sin volverse.

—Decirte algo que no pude decir delante de todos —dijo Kayla suavemente—. No pienso dejarte.

Aria giró la cabeza. Sus ojos estaban enrojecidos, pero llenos de fuego.

—¿De qué hablas?

—Cuando todo esto termine… regresaré por ti. No permitiré que te casen con ese hombre. Encontraré una forma de sacarte de allí. Juntas escaparemos de todo esto.

Aria se levantó, paso a paso, con el rostro incrédulo.

—¿Lo prometes?

Kayla asintió, llevándose la mano al pecho.

—Lo juro por mi vida. Te sacaré de ese destino, aunque tenga que cruzar castillos y cortar cadenas con mis propias manos.

Aria la observó. Por un momento, la rabia que segundos antes la consumía desapareció. Quedó solo una joven herida, esperanzada,

temblando ante la promesa de libertad.

—Está bien —dijo en voz baja—. Pero si no regresas, Kayla… si me olvidas…

—Jamás podría —interrumpió la capitana—. Porque me recuerdas demasiado a mí misma.

Aria no lo pensó dos veces antes de abalanzarse sobre Kayla y abrazarla con todas sus fuerzas.

—Gracias —le dijo mientras sollozaba.

Kayla correspondió al abrazo, y cuanto lo hizo se dio cuenta de lo mucho que le gustaba aquella sensación. Aquella muchacha había despertado en ella un cariño de hermandad que creía ya perdido desde hace mucho.

Capítulo 20

La noche había caído sobre el *Seabhag Dubh* con un manto de terciopelo negro, salpicado de estrellas temblorosas. El mar dormía tranquilo, pero en el pecho de Kayla Wallace, la tormenta apenas comenzaba a rugir.

Había intentado descansar. Había cerrado los ojos, respirado hondo, incluso contado los latidos de su propio corazón, pero nada la había calmado. No cuando sentía que se acercaban al final de algo que aún no comprendía del todo.

Sus pasos la guiaron hasta el camarote de Dark. La puerta estaba entornada, y la luz cálida de un candil temblaba en el interior. Se detuvo un segundo, con la mano sobre la madera. Dudó. Por una vez, la mujer indómita que no temía a nada sintió miedo. Miedo de lo que podía encontrar dentro… o de lo que no.

Empujó la puerta lentamente.

Él estaba de espaldas, lavándose el torso con un paño mojado en un barreño de agua de mar. Su cuerpo estaba desnudo de la cintura hacia arriba, bronceado por el sol, definido por el trabajo y el combate. Las gotas resbalaban por su piel como caricias líquidas, y Kayla no pudo evitar contener el aliento al contemplarlo.

—Disculpa… no sabía que no estabas presentable —murmuró, con la voz más suave que un susurro.

Dark no se sobresaltó. Solo alzó la mirada hacia ella, con esa calma peligrosa que siempre lo había definido.

—No hay nada que no hayas visto, Kayla —respondió, con una media sonrisa amarga.

Ella apartó los ojos, pero el calor ya le ardía bajo la piel.

—Quería asearme antes de presentarme ante el rey mañana. Te agradezco que me dejaras usar este camarote.

—Es lo mínimo que podía hacer —dijo ella, quedándose junto al marco de la puerta.

El silencio se estiró entre ellos, cargado de lo que no se decía. De pronto, Kayla preguntó:

—¿Crees que saldrá bien? ¿Crees que el rey querrá reunirse conmigo?

Dark dejó el paño a un lado y la miró de frente. Sus ojos verdes la escrutaron con calma.

—No lo sé, Kayla. Pero sí sé que corremos peligro. Puede que después de mañana no volvamos a ver amanecer.

El corazón de Kayla latía acelerado. No sabía por qué, pero sus pies la guiaron hacia él. Como si una fuerza invisible la arrastrase sin remedio a su centro.

Alzó una mano, temblorosa, y la apoyó en su pecho. Sintió el calor de su piel. El galopar de su corazón, y su respiración agitada.

—Perdóname por todo lo que te he hecho, Dark. Y perdóname por esto también… —susurró.

Y lo besó.

No fue un beso suave. Fue urgente. Fue un asalto de deseo y lujuria que la consumía desde dentro. Sus labios se fundieron como fuego y pólvora, y Dark no pudo hacer otra cosa que atraparla por la cintura, como si no supiera si necesitaba alejarla o devorarla entera.

La empujó contra la pared con el cuerpo, con el alma, y se entregó a ella como si fuese el oxígeno que lo llenaba por dentro. Pero entonces las dudas regresaron, y lo trajeron de vuelta del mismo paraíso.

—No —dijo Dark, apartándola con fuerza contenida—. No dejaré que cojas lo que quieras, cuando quieras. No otra vez. No creas que he olvidado cómo me dejaste tirado en aquella isla después de lo que hicimos.

—Lo hice para protegerte —contestó ella, con su voz quebrada.

—¿Protegerme? ¿De quién?

—De mí. De La Mano. No soportaría perderte.

Él rio con una carcajada amarga, y se volvió para no mirarla. Su espalda era una línea tensa, y sus hombros se endurecieron como la piedra.

—Creo que eso es lo más afectuoso que has conseguido decirme desde que te conozco, Kayla. Y no sé cómo tomármelo.

Ella se acercó para abrazarlo por detrás, y después apoyó su mejilla contra su espalda.

—Tómatelo como lo que es —le dijo—. Te amo, Dark. Te amo más de lo que nunca imaginé.

Él se giró con violencia y la sostuvo por las muñecas, mientras clavaba en ella su mirada de hielo y fuego.

—No, Kayla. No te lo permitiré. No permitiré que te escondas mientras me dices eso. Mírame a los ojos y ten el valor de repetirlo. Porque de lo contrario… no pienso creerte.

Ella levantó el mentón con orgullo y lo miró de frente, con los ojos más fieros que nunca, mientras brillaban como zafiros al borde de romperse.

—¡Nunca he sido una cobarde!

—Conmigo lo has sido —le reprochó él, con la voz cargada de verdad—. Conmigo, Kayla, lo único que has hecho ha sido huir.

—¡Pues no pienso volver a hacerlo! —gritó ella con el alma en la garganta.

—¡Entonces dilo, maldita mujer!

Y Kayla lo dijo:

—¡Te amo, Dark Graham! Te amo desde que éramos tan solo unos jóvenes, y me arrepiento de no haberme ido contigo. Me arrepiento cada día de mi vida.

Las lágrimas descendieron por su rostro curtido por el mar, y él la observó por fin sin armaduras. Vulnerable. Humana. Y completamente suya.

Ella lloró por fin. Como no lo había hecho nunca. Lágrimas limpias, reales, que caían por su rostro sin vergüenza ni resistencia.

Dark la miró, y algo se rompió dentro de él. Porque ahí estaba la mujer que amaba. No esa pirata sin sentimientos que se empeñaba en ser.

La abrazó con fuerza, con ternura, con promesas que no necesitaban de palabras.

—Kayla… —susurró contra su cabello—. Ahora sí. Ahora te creo.

Y se besaron de nuevo. Sin prisa. Sin miedo. Como si el tiempo de pronto se hubiese detenido por ellos.

La tensión entre ambos no era nueva, pero aquella noche tenía un deje distinto, como si el mundo se hubiese rendido por fin a lo inevitable.

No había más pasado, ni heridas, ni orgullo. Solo ellos, suspiros, y la certeza de que, por una vez, se pertenecían.

Kayla jadeó suavemente cuando él la alzó en brazos y la llevó hasta el lecho para depositarla con cuidado. El roce de su pecho desnudo contra la tela de su camisa la hizo temblar. Él se detuvo solo un instante para mirarla, como si necesitara memorizar su rostro.

—Dios, Kayla, si esta va a ser nuestra última noche no pienso desperdiciarla.

Dark apartó una hebra de cabello de su frente, y la acarició con los dedos endurecidos por la espada, pero con una delicadeza que la desarmó por completo.

—No la desperdiciaremos. Haremos de este momento inolvidable —le dijo Kayla mientras se perdía en el verde intenso de sus ojos

Dark la despojó lentamente de cada capa que la separaba de él.

Cada prenda cayó al suelo como una promesa rota que ya no tenía poder sobre ellos. Kayla temblaba, no de miedo, sino de deseo, de anticipación, de amor. Sus cuerpos se buscaron con la desesperación de quienes han estado a punto de perderlo todo.

El calor creció entre ellos como una marea que no se podía contener. Las manos de Dark recorrieron su espalda, su cintura, sus caderas, dibujando un mapa que ya conocía de memoria, pero que redescubría como un tesoro. La besó en el cuello, en los hombros, y en los lugares donde ella contenía el aliento.

Con sus manos abrió sus piernas y tocó el epicentro de su cuerpo. Kayla estaba caliente, húmeda, preparada para él.

Dark besó y lamió cada centímetro de piel sensible, mientras se deleitaba con los sonidos tan excitantes que escapaban por su boca. Toda ella era pura sensualidad, su más cruel perdición.

Hundió los dedos en su interior, a la vez que lamía y mordisqueaba su sexo inflamado.

Kayla apretó con fuerza las sábanas bajo su cuerpo, mientras se arqueaba y se entregaba a él y al placer por completo. Sus piernas temblaron, sus pezones se endurecieron, y una sacudida la recorrió por dentro en una dulce tortura. Kayla gritó su nombre y tiró de su pelo, a la vez que el clímax la embargaba, fue como desatar una tormenta tras años contenida en el cielo.

Dark se incorporó, y mientras acariciaba su vientre plano y sus pechos erguidos, la observó con detenimiento. Sus labios estaban hinchados, sus pupilas dilatadas, y el rubor se había apoderado por completo de su rostro.

Estaba preciosa, más de lo que la había visto nunca. Ella entreabrió los labios, y con un largo suspiro lo agarró por la cintura y tiró de él hacia su cuerpo.

—Hazme tuya, Dark. Ahora. Quiero sentirte dentro de mí.

Sus palabras lo enloquecieron. Lo obnubilaron.

Dark agarró su miembro grande y erecto, y lo colocó justo en su abertura. Era tan cálida como las mismas llamas del infierno, y en aquel momento pensó que, si el purgatorio se parecía en algo a aquello, prefería vivir eternamente en él a no haberlo conocido nunca.

Cuando la hizo suya, fue lento. Casi doloroso. Sus cuerpos encajaban tan perfectos como lo haría el mismo mar con el acantilado.

Sus respiraciones se acompasaron, y en medio de la noche, solo se escuchaba el crujir del lecho, el vaivén lejano del barco… y sus nombres, susurrados entre besos y jadeos.

Kayla se aferró a él como si su cuerpo pudiera curarla de todo lo que había sido. Y Dark la sostuvo como si perderla otra vez significara morir.

Cuando el clímax los alcanzó, fue demoledor. Abrasador, y tan perfecto que por un momento se sintieron abrumados.

Cayeron juntos, exhaustos y temblorosos, con los labios entrelazados y los corazones latiendo en perfecta sintonía.

El mundo podía arder. El rey podía condenarlos. Pero por esa noche, en aquella alcoba, bajo el techo de madera del *Seabhag Dubh*, Kayla y Dark fueron, por fin, solo dos amantes en paz.

Capítulo 21

El alba aún no había teñido del todo el cielo cuando Dark abrió los ojos. No fue la luz lo que lo despertó, sino la calidez suave de un cuerpo junto al suyo. Giró el rostro y la vio. Kayla dormía desnuda sobre las sábanas revueltas, con una pierna apenas cubierta por la manta y los labios entreabiertos.

La claridad que se filtraba por el ojo de buey acariciaba su piel bronceada, y en su expresión no había rastros de la fiera capitana.

Sintió algo en el pecho. Algo pesado y dulce. Amor, pero dolor también. Porque sabía que aquello no duraría. Porque todo lo hermoso en su vida siempre había sido efímero.

No quiso romper el hechizo, así que se incorporó con cuidado para no despertarla, y se vistió en silencio mientras escuchaba el ritmo pausado de su respiración. Cuando estuvo listo, se sentó en el borde del lecho y se permitió un instante más para observarla.

—Ojalá todo esto fuese diferente… —susurró pensando que Kayla dormía.

Ella se revolvió entre las sábanas, pestañeó un par de veces para centrar la vista. Después sonrió al verlo sentado en el lecho.

—Podría ser diferente Dark. Tú y yo, nada más.

—¿Tú y yo cruzando los mares y saqueando navíos de la corona? ¿Te refieres a eso, Kayla?

—No, claro que no. Me refiero a una vida juntos. Después de esto podremos irnos lejos y empezar de nuevo.

—Recuerdo que algo así te propuse yo mismo hace años, y también recuerdo que lo rechazaste. El mundo se te quedaba pequeño, Kayla. Deseabas ser libre. ¿Qué ha cambiado ahora?

—He cambiado yo. Te amo, y deseo estar contigo.

—No te creo Kayla, y además no confío en ti. Creo que siempre acabas cogiendo lo que quieres, y no pienso dejar que juegues conmigo.

—No estoy jugando contigo Dark, es que acaso no sientes nada por mí.

—Kayla, no bromees con eso. Mis sentimientos hacia ti siempre fueron claros, nunca los oculté, y tampoco lo haré ahora. Siempre te voy a amar. —Dark se inclinó hacia ella y apoyó su frente contra la suya—. Te amo tanto, mujer… que por eso mismo no seré yo quien cambie lo que eres.

—¡¿Y qué es lo que soy?! —Kayla se retiró hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

Estaba furiosa, y el corazón le latía desacompasado. No creía que fuese cierto. ¿Cómo podía rechazarla de tal forma después de la noche que habían compartido?

—Eres una mercenaria de las Tierras Altas, y yo soy un capitán a la orden de su majestad. Eso no lo cambia nada. No te robaré una libertad a la que ni tu misma estas dispuesta a renunciar.

—Tú que sabrás a lo que estoy dispuesta a renunciar. —Kayla se levantó con ímpetu del lecho llevando la sábana consigo para cubrir su cuerpo—. Estaba dispuesta a hacer todo esto por ti. Mi reunión con el rey, entregar a La Mano. Quería ser libre para estar contigo.

—¿Y tú tripulación?

—También lo hago por ellos. Se lo debo.

—¿Asesinos? ¿Vas a salvar a unos asesinos?

—¡Que sabrás tú de nada! ¡No me conoces!

—Eso es cierto Kayla, no te conozco. Y por el momento no has hecho nada que me lleve a confiar en ti.

—Bien, pues si eso es lo que piensas ya no tenemos nada más que hablar sobre este tema, y en cuanto terminemos con La Mano, volveremos a separar nuestro destino.

—Será lo mejor. —Dark se acercó a ella e intentó tocarla, pero ella se apartó de forma brusca.

—Ahora vete. Deseo vestirme a solas —le dijo sin apenas mirarlo y con los ojos anegados en lágrimas.

—Bien, te esperaré arriba.

En cuanto Dark abandonó el camarote Kayla se llevó la mano al pecho. Le dolía, le dolía tanto que tuvo que doblarse en dos y respirar profundo para aliviar algo la presión.

—¡Maldito Dark! —gruñó mientras apretaba los dientes.

Era una venganza, o al menos eso era lo que se le venía a la cabeza. Una venganza por haberlo ridiculizado ante el rey en dos ocasiones y haberlo abandonado en aquella isla.

«¿Cómo podía decir que la amaba?» «Alguien que te ama no se comporta de tal modo». Se repitió a sí misma mientras que la ira y la decepción la recorrían por dentro casi en partes iguales.



Más tarde, Kayla subió sola a cubierta. Había evitado a Dark desde su conversación aquella mañana, pero ahora no podía seguir escondiéndose del día. El sol había comenzado su ascenso, bañando el mar con destellos de oro líquido. El aire olía a sal y madera húmeda, y el murmullo de la tripulación trabajando era constante.

El desayuno fue rápido y silencioso: pan, algo de fruta y agua fresca. Kayla lo tomó sola, de pie junto a la barandilla, sin buscar compañía. Aunque no lo miraba, podía sentir a Dark a unos pasos de distancia, en el otro extremo de cubierta. La tensión entre ellos era nueva, punzante. Como si lo que habían compartido se hubiese vuelto una herida sin cerrar.

Entonces, desde lo alto del mástil, uno de sus hombres grito:

—¡Tierra a la vista!

El plan estaba claro: Dark y Aria viajarían en una pequeña embarcación que habían estado remolcando. Los acercarían lo que pudiesen al puerto para que ellos llegasen a remo sin problemas. Mientras tanto Kayla y su tripulación esperaría en el *Seabhag Dubh*, alejados para no ser descubiertos.

Cuando llegó el momento, Aria se acercó a Kayla, que seguía allí, con el cabello azotado por el viento, y la espalda recta como un mástil.

—No olvides lo que prometiste —murmuró, para que solo Kayla pudiera oírla.

—Volveré por ti —dijo la capitana, y por primera vez, le sostuvo la mirada con una ternura silenciosa—. No dejaré que nadie decida tu destino.

Aria asintió, tragando con dificultad.

—Confío en ti, sé que no me abandonarás. Aria agarró su mano en un gesto de cariño, y Kayla mantuvo la compostura, aunque por dentro sentía que le había cogido cariño a la muchacha, y le apenaba su partida.

Pero mantendría su promesa. No sabía ni cómo ni cuándo, pero iría a buscarla, aunque fuera lo último que hiciese.

Aria subió al bote con Dark, y este miró a Kayla buscando alguna señal de despedida, unas palabras, pero no fue así, ella desvío la vista. Dark apretó la mandíbula con resignación ante su reacción, y comenzó a remar sin volver a mirarla. Poco a poco ambos se alejaron hacia el puerto.

Una vez estuvieron lo suficientemente lejos, Kayla los siguió con la mirada hasta que desaparecieron. Solo entonces permitió que su expresión se quebrara, levemente.



Horas después, Dark cruzaba las puertas del castillo de Edimburgo. Las armaduras resonaban a su paso mientras eran escoltados hasta la gran sala.

El rey estaba sentado en su trono con su expresión tensa, y en cuanto vio entrar a Dark, no pudo evitar levantarse de golpe y caminar hacia él furioso.

—¡Graham! ¡Me fallaste de nuevo! ¡Confío en ti y ...! —Se detuvo al ver a Aria.

Ella corrió hacia él y se abrazó a su cintura. El rey, incrédulo, la rodeó con los brazos. —Gracias a Dios, pequeña —susurró—. Estás viva. ¿Te han lastimado?

—No tío, estoy bien. —Ella lo miró a los ojos.

—¿Estás segura? Haremos llamar al médico.

—No es necesario. Ellos… me trataron con respeto. No me hicieron daño.

—No sabes cuanto me alegra oír eso, muchacha. —El rey la abrazó de nuevo, y después miró a Dark—. Ahora Aria debes reunirte con tu madre, ella está muy preocupada.

—¿Ella está aquí?

—Sí, en el ala oeste. Mis hombres de acompañarán hasta allí, yo todavía tengo asuntos por resolver.

Aria asintió, y tras hacer una pequeña reverencia se fue acompañada por un par de soldados.

—Tú, acompáñame. Debemos hablar en privado. —se dirigió de forma severa a Dark.

Este asintió y siguió a Jacobo hasta una sala contigua donde les esperaba Alasdair Fraserdale, el consejero de mayor confianza del rey. Alasdair era un hombre esbelto, con la piel marcada por la guerra y unos ojos grises como el mar en invierno. Sabio, astuto, y peligroso cuando se lo exigía el deber.

—Empiezo a creer que lo tuyo es meterte en problemas, capitán. Cuénteme, ¿cómo consiguió recuperar a mi sobrina? Me contaron que saltó al barco enemigo y que una vez en cubierta lo rodearon los mercenarios.

—Y así fue, señor. No podía dejar que huyesen con sus pertenencias, ni mucho menos con su sobrina.

—No deseo hablar de mis pertenencias, cada vez que pienso en ello me hierbe la sangre. —El rey apretó el puño y lo levantó ante su rostro con rabia desmedida—. Quiero que me expliques cómo conseguiste salir con vida de allí.

—Tuve que hacerles una propuesta que no pudieron rechazar.

—¿Qué clase de propuesta? Sepa que no es ninguna autoridad como para tomar decisiones que atañen a nuestro rey. —Habló por primera vez Alasdair.

—Nunca se me ocurriría pasar por encima de mi rey —Dark lo miró serio.

—¡Entonces habla! —El rey no estaba para perder el tiempo.

—Kayla Wallace ofrece desmantelar a La Mano. Entregar sus rutas, sus nombres, sus flotas… quiere acabar con ellos tanto como lo quiere usted. A cambio, pide inmunidad, aunque promete retirarse del mar para siempre. Como muestra de su buena voluntad, ha devuelto a su sobrina, que iba a ser usada como moneda por esa organización.

El rey frunció el ceño, y se quedó pensativo por unos segundos.

—¿Y si miente? ¿Si vuelve a saquear una vez que desaparezca esa amenaza?

Dark no vaciló.

—No creo que esté mintiendo, mi majestad. Si el plan falla, La Mano la perseguirá por todo el norte. No le quedarán aliados. Solo tiene una oportunidad. Arriesga su vida, majestad —explicó—. Solo le pido que acepte reunirse con ella. Vendrá completamente sola y desarmada. ¿Qué más prueba desea que esa?

El rey giró la cabeza hacia Alasdair. El consejero no dijo nada durante un largo rato. Luego asintió, lento.

—Aceptaré una reunión —dijo el monarca—. Pero si descubro que esto es una artimaña, si ella me engaña… entonces la colgaré, y esta vez prometo que no escapará.

Dark bajó la cabeza en señal de respeto.

—No os arrepentiréis.

Capítulo 22

El sol ya caía, tiñendo el cielo de tonos cobrizos y malvas, cuando Kayla divisó la pequeña embarcación que se aproximaba desde el horizonte. Avanzaba con firmeza sobre el agua tranquila, y en su interior, reconoció de inmediato la figura de Dark, acompañado por dos hombres armados con los colores de la corona. Habían regresado por ella.

Sin perder tiempo, Kayla se dirigió a Ruarc, que permanecía atento cerca del timón.

—Ruarc —dijo con voz firme—. Mientras no esté, tú ocuparás mi lugar. Nadie zarpa, nadie se mueve hasta que regrese con nuevas instrucciones.

El escocés, de porte sólido y barba espesa, frunció el ceño.

—¿Y cuándo será eso?

—Un día, dos como mucho. No tiene por qué demorarse.

Ruarc asintió con seriedad, sabiendo que discutir con Kayla era una causa perdida.

La capitana se ajustó el cinturón de su abrigo largo, echó una última mirada al *Seabhag Dubh,* y descendió con agilidad hacia el esquife. No dijo una palabra mientras los remos comenzaban a golpear el agua y la costa se acercaba con lentitud. Dark, sentado frente a ella, tampoco rompió el silencio. El aire entre ambos era denso, cargado de lo que no se había dicho esa mañana.

La llegada al puerto fue rápida. Apenas desembarcaron, un par de soldados los escoltaron hasta el castillo de Edimburgo. Los muros de piedra se alzaban majestuosos, y el crepitar de antorchas comenzaba a encender los pasillos a medida que el día moría.

Kayla no alzó la vista mientras caminaban. El silencio se aferraba a ella como una segunda piel, como si hablar fuera admitir la tensión que le quemaba el pecho. El retumbar de sus botas sobre la piedra marcaba su paso firme, sin titubeos.

Finalmente, las puertas del gran salón se abrieron ante ellos. Allí, en el estrado central, esperaba el rey, vestido con una túnica de terciopelo oscuro y un manto con el escudo de la corona. A su derecha, como sombra permanente, estaba Alasdair Fraserdale.

Kayla se detuvo frente a ellos y levantó el mentón. No había miedo en sus ojos. Solo una determinación feroz que la mantenía erguida.

El rey la observó con dureza, evaluándola con la mirada. No era una prisionera, ni una simple pirata. Era la mujer que le había devuelto a su sobrina y que ahora se atrevía a proponer un trato.

—Capitana Kayla Wallace —dijo el monarca, con su voz reverberando en los muros del salón—. He oído que deseas hacer un trato.

—Así es, majestad.

—¿Y por qué un rey se rebajaría a negociar con una simple mercenaria que tiene un precio tan alto a su cabeza? —Sin esperar respuesta a su pregunta continuó hablando—: Hay algo que no comprendo. ¿Cómo es que no te la han cortado ya?

—Yo tampoco lo entiendo, majestad —respondió Kayla con una sonrisa ladeada—. Será que soy muy escurridiza.

El rey no sonrió, pero Alasdair sí dejó escapar un suspiro entre divertido e incrédulo.

—El trato que le ofrezco acabará con gran parte de la piratería —continuó Kayla—. La Mano es quien maneja los mares, señor. Si se la entrego, será usted quien los controle. No volverá a perder navíos, y restablecerá el orden en sus tierras.

—Y si acepto, ¿te comprometes a no volver a subir a un barco?

—No volveré al mar —afirmó ella.

—¿Y cómo sé que me entregarás a La Mano?

—Me juego la vida en ello.

El rey cruzó las manos ante sí y la miró en silencio. Finalmente habló:

—Explícame cómo tienes pensado hacerlo.

—Hay un lugar que solo los que le deben algo a La Mano conocen. Iré hasta allí con mi navío y mi tripulación. Para asegurarse de que cumplo, puede mandar a los hombres que desee conmigo. También deberá enviar naves de guerra. Cuantos más hombres mejor. Estos se quedarán en un punto estratégico que yo misma indicaré. Después, iré en busca de La Mano y provocaré una guerra. Haré que ellos y sus barcos me persigan hasta ese punto, donde esperarán sus fuerzas. Allí lucharemos y acabaremos con ellos.

El rey asintió lentamente.

—Me gusta cómo piensas.

Dark, hasta ese momento en silencio, la miró con sorpresa. No conocía el plan completo. Y ahora lo veía con nuevos ojos.

—Bien —concluyó el rey—. Tendrás lo que pides. Cumple con tu palabra, y yo cumpliré con la mía.

—Cumpliré con mi palabra. —El monarca asintió con aprobación mientras mantenía un rostro serio.

—Mañana al amanecer zarparás. Hoy puedes quedarte como invitada en mi castillo.

Kayla asintió, sin perder un ápice de su aplomo.



Esa misma noche, la corte del rey Jacobo, se reunió en el salón principal para celebrar la inesperada recuperación de *lady* Aria, y la aparente tregua entre la corona y la pirata más temida de las Tierras Altas. Las antorchas iluminaban los muros de piedra tallada con una calidez dorada, y las lámparas de aceite colgaban como luciérnagas sobre las cabezas de los nobles y cortesanos. El aire estaba impregnado de aromas a canela, carne asada y vino dulce. Las risas estallaban entre brindis, la música de laúd y flauta llenaba la sala, y el sonido de las copas al chocar era constante.

Kayla ocupó una mesa en la parte más alejada del salón. Desde allí podía ver sin ser vista, escuchar sin ser escuchada. No estaba cómoda con la pompa, ni con los modales forzados de los

aristócratas. Su copa de vino descansaba intacta sobre la mesa mientras desmenuzaba un trozo de pan entre los dedos, más pendiente de sus pensamientos que del banquete.

Entonces la vio. Aria estaba sentada junto a su tío, el rey, en la mesa de honor. A su otro lado, una mujer de rostro afilado, con una nariz prominente y un moño tirante, hablaba sin pausa con gestos exagerados. Aria no parecía oírla. Tenía la vista perdida en el plato, los hombros caídos y la expresión melancólica.

Por un instante, sus miradas se cruzaron. No intercambiaron palabra, pero no hizo falta. Ambas comprendieron al instante que estaban fuera de lugar, aunque por razones distintas. Dos almas atadas a deberes que no habían escogido.

—¿Puedo sentarme? —La voz de Dark rompió la burbuja de silencio en la que Kayla se había sumido.

Ella alzó la vista lentamente. Lo observó, sin una pizca de emoción, y luego hizo un gesto con los hombros.

—Haz lo que quieras.

Dark se sentó con una copa de vino en la mano. Su postura era relajada, pero sus ojos no dejaban de escudriñarla.

—¿Ahora no me hablas? —insistió con suavidad.

—No. No te hablo. Ya hemos dicho todo lo que necesitábamos decir, y a mí me ha quedado más que clara tu posición.

—Eso no significa que no podamos ser amigos.

Kayla soltó una risa sarcástica, breve y seca.

—¿Amigos? Yo no tengo amigos, Dark. Ya deberías saberlo.

Dark se disponía a replicar, pero una figura se interpuso entre ambos. Una joven, apenas una flor, con el cabello castaño claro trenzado con cintas doradas, y unos ojos color miel que brillaban con ilusión. Vestía un vestido azul celeste que marcaba su figura esbelta, y sus mejillas estaban ruborizadas.

—Disculpe, capitán —dijo con una sonrisa tímida—. ¿No querría hacer feliz a una joven como yo? Apenas hay caballeros jóvenes esta noche, y me encantaría bailar. Recuerdo que usted era un gran bailarín.

Dark sonrió, con una de esas sonrisas que solía utilizar para encantar. Su tono fue cortés.

—Señorita Ailis MacRae, sería un honor complacerla —respondió, poniéndose en pie. Extendió la mano hacia ella, y la joven la aceptó con entusiasmo.

Kayla los observó mientras se alejaban hacia la pista. Ailis parecía flotar a su lado, con su vestido ondeando al ritmo de sus pasos. Hacían buena pareja. Demasiado buena.

Pero fue cuando Dark colocó su mano en el escote de la espalda de la joven para guiarla en un giro elegante, cuando algo en Kayla estalló por dentro. El fuego le recorrió las venas como un azote.

Se levantó de golpe, tirando sin querer la copa que descansaba en la mesa. El vino se derramó como sangre sobre el mantel blanco, pero ella no lo notó. Salió a grandes zancadas hacia los jardines exteriores, ignorando las miradas que su brusquedad había atraído.

Desde la pista de baile, Dark la vio desaparecer entre los cortinajes de seda. No dijo nada, pero sonrió para sí. Fue cruel, sí. Pero por algún motivo que ni él quería reconocer, ver a Kayla arder de celos le había gustado más de lo que debía.



Mientras tanto, en el *Seabhag Dubh*, la tensión se tornó peligrosa.

Ruarc, que nunca había estado conforme con el cambio de planes de su capitana, reunió en secreto a varios hombres leales a él. En la bodega del barco, entre toneles y sacos de provisiones, comenzó a trazar su motín.

—Kayla ha perdido el rumbo —gruñó Ruarc con voz baja pero firme—. Entrega a la muchacha, y se arrastra ante el rey. Esto no es lo que somos. Este navío no obedece a coronas.

Los murmullos de acuerdo se elevaron, hasta que Connor, que había estado observando desde las sombras, irrumpió entre ellos.

—¡Estás loco, Ruarc! —espetó—. ¿Acaso has olvidado quién nos mantuvo vivos todos estos años? ¿Quién nos sacó de la ruina tras la muerte de Dairan?

Ruarc frunció el ceño.

—Tú siempre fuiste blando, Connor. No tienes agallas para hacer lo necesario.

—Y tú no tienes lealtad. Eso es aún peor.

Los gritos de ambos alertaron al resto de la tripulación, y pronto todos los hombres se encontraban discutiendo unos con otros.

El enfrentamiento fue inmediato. Las palabras dejaron de importar. Las espadas se desenvainaron, el acero chocó contra el acero, y la sangre manchó los tablones de la cubierta inferior.

Uno tras otro, los hombres de Ruarc cayeron. Y otros tantos trataron de huir, pues estaban en minoría. Pero el combate final fue entre Ruarc y Connor. Fueron minutos de furia, golpes brutales y heridas profundas… hasta que Connor logró atravesar el costado de Ruarc con una estocada certera.

El segundo de Kayla cayó al suelo con un gruñido ahogado, para segundos después perder la vida.

Connor quedó de pie, ensangrentado y jadeante. Había evitado un motín, pero a un alto precio. La tripulación, aunque leal, estaba ahora rota, herida, debilitada.

Capítulo 23

Kayla se puso en pie antes de que los criados comenzaran a moverse por los pasillos del castillo. No había pegado ojo. El lecho era suave, demasiado suave para quien estaba acostumbrada a dormir con un cuchillo bajo la almohada y el crujido del mar como arrullo. Las piedras de aquel lugar le pesaban en el pecho. Era como masticar clavos. Fría, incómoda… ajena.

Todo en ese castillo olía a poder, a control. A enemigo.

Al llegar al muelle, ya la esperaban tres navíos listos para zarpar. Barcos ligeros y tripulados por más de un centenar de hombres cada uno. Guerreros de la corona, curtidos en escaramuzas y disciplinados hasta el hueso.

La tensión en el aire era palpable. Los mástiles crujían, el agua lamía las quillas con insistencia y el cielo comenzaba a despejarse.

Al mediodía, al fin, partieron rumbo al punto acordado; el reencuentro con el *Seabhag Dubh.*

Durante el trayecto, Dark caminó a su lado en la cubierta del navío principal, sin dejar de observarla. El viento jugaba con el cabello oscuro de Kayla, que ondeaba como una bandera salvaje sobre su espalda. Había en su perfil algo inquebrantable, pero también algo roto.

—Kayla —dijo él finalmente.

Ella no lo miró. Mantuvo la vista al frente, y las manos apoyadas en la barandilla de madera.

—No estamos aquí para hablar del pasado, Dark. Tenemos un objetivo. Y pienso cumplirlo.

La conversación murió ahí, como una vela apagada por una ráfaga de viento.



Horas después, el *Seabhag Dubh* surgió en el horizonte, firme, orgulloso. A pesar del tiempo, parecía aún más indómito que antes, o eso es lo que le pareció a Kayla que lo observaba desde cubierta.

—Seguidnos. Os indicaré el punto exacto donde establecer la emboscada —dijo volviéndose hacia el capitán de la nave del rey.

Este asintió con conformidad, mientras que Dark que permanecía a su lado no pudo más que asegurarse un puesto en el *Seabhag Dubh*, junto a Kayla

—Iré con ella. Me aseguraré de que todo vaya como lo acordado —dijo dirigiéndose al capitán.

—De acuerdo —contestó este.

Kayla lo miró por un instante. Lo estudió. El mar se le reflejaba en los ojos, haciendo del habitual verde de su iris una paleta de colores tan distinta e interesante que por un momento se sintió atrapada en ellos.

Entonces el capitán del rey carraspeó:

—¿Está lista?

Kayla sin una palabra más, asintió.

Dark y ella subieron juntos al barco. El salto desde la embarcación menor fue firme, pero la tensión en el aire se volvió casi sólida. Kayla apenas había puesto un pie en la cubierta del *Seabhag Dubh* cuando supo que algo iba mal.

El ambiente estaba enrarecido. Las miradas eran bajas, las bocas apretadas. Algunos de sus hombres presentaban cortes recientes, vendajes improvisados, sangre seca en los bordes de las camisas.

Connor emergió desde el otro lado de la cubierta. Su rostro estaba golpeado: un ojo morado hinchado, un corte en la ceja, y el labio partido. Aun así, caminaba erguido.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Kayla con voz helada, mientras su mirada barría la cubierta—. ¿Y Ruarc?

Connor se detuvo frente a ella y tragó saliva.

—Anoche hubo un motín, señora. Ruarc lo encabezó. Quería tomar el barco…—Hablaba despacio, pero con firmeza—. Las cosas se salieron de control. Hubo lucha y muchos cayeron. No me quedó más remedio que matarlo.

Por un segundo, todo quedó en silencio.

El *Seabhag Dubh*, acostumbrado a batallas en mar abierto, parecía contener el aliento.

Kayla apretó los dientes. El dolor fue inmediato, pero no lo mostró. Solo su voz traicionó su rabia, suave como una brisa antes de la tormenta.

—¿Tienes testigos?

—Pregunte a cualquiera de los hombres —dijo Connor, firme.

Uno de los marineros dio un paso al frente.

—Yo puedo corroborarlo. Ruarc nos habría matado a todos los que estuviésemos de su parte.

Otro, con un vendaje en el brazo, se sumó en la defensa de Connor.

—Fue tal como le dijo.

Y luego un tercero.

Kayla los observó uno por uno, y luego volvió la mirada a Connor. En su interior se agitaban la pena y el deber, mezclados como sal y sangre.

Sentía la muerte de Ruarc, pero en el mar la traición se pagaba con la muerte, y el solo se había buscado aquel destino.

—Te agradezco que mantuvieras el orden.

—Hizo una pausa. —A partir de ahora, te nombro mi segundo. Después de mí, tú eres la máxima autoridad en este barco. ¡¿Lo habéis oído?!

Un murmullo de aprobación se elevó entre la tripulación. Fue un asentimiento colectivo, más poderoso que un grito.

—Gracias, capitana —respondió Connor, visiblemente conmovido.

Kayla entrecerró los ojos, y por primera vez, mostró algo de cansancio.

—No me des las gracias todavía. Estar al mando de esto no es un honor. Es una condena.

Y con esas palabras, se volvió hacia el timón, mientras Dark la observaba en silencio, sintiendo cómo su corazón —aunque no quisiera—, continuaba latiendo por ella con una fuerza que no se extinguía ni siquiera en momentos como aquel.



Tras dejar a los barcos del rey en el punto acordado, ocultos entre acantilados y bancos de niebla, Kayla tomó el timón del *Seabhag Dubh* y lo dirigió hacia la isla donde se ocultaba La Mano, el corazón oscuro de la piratería escocesa.

Las velas se hinchaban como pulmones, y cada hombre a bordo sabía que se acercaban a la boca del mismo infierno.

Antes de desembarcar, Dark la sujetó del brazo.

—Ten cuidado, Kayla. Trata de no ponerte en peligro, aquí estamos en desventaja.

Ella lo miró con severidad.

—¿Crees que no lo sé? —replicó con dureza.

—Es solo, que… no lo soportaría si te pasase algo malo. —Kayla lo miró a los ojos y supo que sus palabras eran sinceras.

Aquello la reconfortó en cierto modo.

—Tendré cuidado, pero solo si me prometes que tú también lo tendrás.

Dark asintió, casi al mismo tiempo que no pudo controlar sus deseos por ella. Tiró de su brazo y la acercó a su cuerpo para unir sus labios a los suyos. Ella era dulce y salada a la vez, era fuego y mar, oxigeno capaz de llenar sus pulmones, o vaciarlos al completo. La besó con ardor, y ella respondió a aquel beso con la misma pasión que vivía cada batalla, cada guerra.

Un carraspeo los hizo separarse todavía con los corazones galopantes en medio de una carrera.

—Es la hora —dijo Connor fijando la vista en la costa frente a ellos.

Kayla miró por última vez a Dark todavía con la guardia baja, y tras respirar profundamente volvió a adquirir su puesto como

capitana, como la Sirena Negra.

Kayla se dirigió a la baranda de babor, y descendió por la cuerda sin volver la vista atrás. Dark y un par de sus mejores guerreros la seguían de cerca.

En el risco, un grupo de hombres la esperaba. Todos bien armados, y con el semblante serio. El que lideraba el grupo dio un paso al frente.

—No te esperábamos tan pronto, Sirena Negra. Eso es que todo ha salido mejor de lo esperado.

—No —dijo Kayla—. Y tampoco traigo lo acordado.

A su lado, Dark sintió cómo su cuerpo se tensaba. Había una electricidad en el aire. El silencio fue casi sepulcral.

—Eso no es propio de ti, Kayla —espetó el hombre—. Sé que tienes el botín. Mis informantes me dijeron que asaltaste el navío del rey. Que secuestraste a su sobrina. Entrega lo acordado, y tú y tu tripulación seréis libres.

Kayla avanzó con paso decidido. Cada centímetro de su cuerpo irradiaba una tensión contenida. Se detuvo justo frente a él, tan cerca que casi podía oír el latido del enemigo.

—He decidido que no lo haré. —Levantó el mentón altanera, con sus ojos cargados de desafío—. Prefiero la lucha.

Y entonces, con un movimiento tan rápido que apenas fue perceptible, sacó una daga oculta en su manga y se la hundió en el rostro, abriéndole una herida profunda que le cruzaba desde la ceja hasta la mandíbula.

El grito fue desgarrador.

Todo estalló.

Los hombres de La Mano se lanzaron contra ella, y Kayla retrocedió con una danza precisa de acero y fuego. Los miembros del *Seabhag Dubh*, junto con Dark, se adelantaron protegiendo a su capitana, con sus espadas desenvainadas. El risco se convirtió en un caos de sangre y sal.

Dark no se separó de ella. Su espada cortaba con una furia que no conocía límites.

A su alrededor, el estruendo era ensordecedor.

Kayla luchaba como una bestia liberada, ágil, brutal. Pero eran muchos.

—¡Retirada! —gritó Connor desde lo alto del navío, tenía una vista privilegiada desde allí, y sabía que si no lo obedecían todos los que estuviesen en el risco tendrían problemas—. ¡Al barco, todos al barco!

Poco a poco, retrocedieron entre la sangre y los cuerpos inertes.

Subieron al navío mientras los hombres de La Mano corrían hacia los suyos para darles caza.

—¡Izad velas! —ordenó Kayla—. ¡Lentos, que parezca real!

Los marineros obedecieron, fingiendo torpeza. Las cuerdas se tensaban, los remos golpeaban el agua, mientras el *Seabhag Dubh* comenzaba a moverse.

Detrás de ellos, los barcos de La Mano se alineaban con rapidez.

Todo salía según lo planeado.

Dark se volvió hacia ella.

—¡Podrías haberme avisado de eso!

—¿De qué? —preguntó Kayla con una media sonrisa mientras sujetaba el timón con sus manos.

—De que pensabas atacarlo así.

—¿Y cómo querías que lo hiciera? ¿Con palabras bonitas? —se mofó, con el fuego de la batalla aún danzando en sus ojos.

—No, Kayla. Tú no eres de palabras bonitas. No hace falta que te lo diga.

Ella lo miró de soslayo.

—Sí las digo, Dark. Pero solo a las personas que me importan. —Su voz bajó, cargada de algo más profundo—. Aunque esas personas no siempre se den cuenta.

Las palabras le golpearon como un puño. Dark la miró, y algo en su pecho se quebró.

—¡Mi capitana! ¡¿Hacemos ya las señales?! —gritó uno de los vigías.

—¡Sí, es la hora! —respondió Kayla, y segundos después alzaron las banderas acordadas.

Y como bestias dormidas que despiertan con sed de sangre, los barcos del rey emergieron del horizonte, con las velas desplegadas, y

los cañones preparados.

Lo que siguió fue una tormenta.

Los navíos chocaban como titanes. Hombres saltaban de cubierta en cubierta, aceros silbaban en el aire, y el mar se teñía de rojo.

Kayla no lo dudó. Saltó al barco enemigo, espada en mano, gritando con la furia de siglos de rebelión. Dark fue tras ella, su único pensamiento era protegerla. Si algo le pasaba, no se lo perdonaría jamás.

Combatían espalda con espalda, derribando enemigos, bloqueando estocadas, moviéndose como si compartieran el mismo corazón. Pero en medio del caos, un enemigo se deslizó hacia ellos, sigiloso.

Kayla lo vio. Vio el brillo del acero que apuntaba directo a la espalda de Dark. Y sin pensarlo, se interpuso.

El golpe fue seco. La espada enemiga se hundió en su costado.

Y Kayla cayó.

Dark gritó su nombre con un dolor que no se parecía a nada que hubiese sentido antes. El mundo pareció detenerse. La batalla desapareció. Solo estaba ella, su sangre, y la oscuridad que comenzaba a envolverla.

—¡No, Kayla! ¡Kayla, aguanta! —gritó, tomándola entre sus brazos.

Pero ella ya no oía nada.

Solo el rugido del mar y el susurro de su nombre entre los labios del hombre al que había amado incluso cuando no se atrevía a admitirlo.

Capítulo 24

El sol apenas se filtraba por las gruesas cortinas del ventanal cuando Kayla comenzó a removerse sobre las sábanas. La habitación era amplia, de piedra clara, con tapices colgando de las paredes que representaban las glorias pasadas de Escocia. La chimenea prendida mantenía el ambiente cálido, y el olor a hierbas medicinales impregnaba el aire.

Dark estaba sentado junto al lecho, con la mirada perdida en el fuego de la chimenea. Llevaba días velando en silencio.

—Vamos, Kayla… despierta. No puedes irte así. No tú… —hablaba en susurros cargados de rabia e impotencia.

Entonces, una voz rasgada pero firme interrumpió el hilo de su plegaria:

—Por todos los demonios, Dark… no me veles como si ya estuviese muerta.

Dark levantó la cabeza de golpe, con sus ojos verdes brillando de incredulidad y emoción.

—¡Dios santo, mujer! ¡Gracias al cielo que estás viva!

—No exageres —respondió ella con una mueca, intentando incorporarse—. No creo que sea para tanto. Eso sí, tengo el cuerpo como si me hubiese arrollado una carreta de caballos.

Dark la sostuvo con cuidado, evitando tocar la gran venda que cubría su costado derecho.

—Kayla, no eres consciente de la gravedad de tu herida. Una lanza te atravesó el abdomen, y el golpe contra la borda te fracturó dos costillas. Llevas siete días inconsciente. El médico real no tenía esperanzas. Nadie las tenía… excepto yo.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Una semana? ¿He estado en cama una semana?

—Sí.

—Pero, ¿y La mano?

—La Mano ha sido aniquilada gracias a ti. Ayer colgaron a los dos jefes de la organización frente a toda la ciudad. El rey está más que complacido. Ha emitido una orden real indultándote de todos tus delitos. Eres una mujer libre, Kayla.

Kayla se llevó una mano temblorosa al pecho y después a los ojos. Lágrimas calientes escaparon por sus mejillas, pero no eran de dolor. Eran de alivio.

—¿Y la tripulación? ¿Dónde está Connor?

—Connor estuvo aquí un par de días. El rey permitió que te viera. Pero ellos no son bien venidos aquí Kayla.

—Tengo que encontrarlos y explicarles lo de mi trato.

—Lo hice yo mismo Kayla. Entienden que te sacrificaste por ellos, y por eso ahora no puedes volver a tripular un navío. Connor asumió el cargo como tu segundo, y ahora es el nuevo capitán del *Seabhag Dubh.* Ha dejado esto para ti. —Dark le tendió un pergamino, que llevaba un anillo con un gran rubí colgando del mismo cinto que lo mantenía enrollado.

Kayla lo cogió y comenzó a reír entre lágrimas por la emoción.

—¡Soy libre! —exclamó—. ¡Al fin soy libre!

Dark sonrió, y por primera vez en días sus hombros se relajaron.

Se sentó junto a ella, y le acarició el cabello con una ternura que solo él podía brindarle.

—Lo eres, Kayla. Y ahora puedes empezar de nuevo. Donde quieras. Como quieras.

Ella asintió respirando por primera vez sin esa carga que llevaba oprimiéndole el pecho desde hacía varios años.

Miró la misiva entre sus manos y la abrió bajo la atenta mirada de Dark.

—¿Puedes leerla? —le preguntó.

Este asintió y comenzó a leer:

—A mi capitana Kayla Wallace,
la Sirena Negra, madre del renacer de los náufragos.

»Cuando me encontraste, no era más que un espectro de lo que había sido. Mi nombre era Devak, hijo del sol de Kalinga, guerrero al servicio de un rajá que no supo proteger a los suyos. Fui vendido como esclavo en Zanzíbar, encadenado como bestia, y luego escapé, arrastrándome como un perro entre los muelles de Mombasa. Ahí fue donde tu sombra se cruzó con la mía.

»No preguntaste por mis crímenes ni por mis cicatrices. No exigiste lealtad, pero la ganaste. Me diste un lugar en el *Seabhag Dubh*, me diste un nombre nuevo y con él, una segunda vida. «Connor», dijiste. «Suena fuerte». «Suena libre».

»He derramado sangre por ti, y lo haría mil veces más. Pero hoy, por fin, tú también eres libre. Y ahora, capitana, ha llegado el momento de mi propio comienzo. Te dejo algo que para mí fue sagrado: el anillo de mi madre. Fue lo único que me acompañó en cada prisión, en cada noche sin cielo. Ella decía que la libertad no está en el mar ni en la tierra, sino en saber quién eres, incluso cuando todo te lo quieren arrebatar.

»Hoy dejo de ser Devak, el fugitivo. Y también dejo atrás a Connor, el segundo al mando.

Desde ahora, para los que me sigan por el mar y en la batalla, seré Connor el Ashoka, el que no será doblegado. Que este anillo te proteja como ella deseaba que me protegiera a mí.

»Gracias por darme alas cuando ya no tenía piernas, y gracias por enseñarme que a veces, un barco es el único hogar que uno necesita.

»Con respeto, y con lealtad eterna, Connor Ashoka.

Kayla no pudo contener las lágrimas, aquella carta había conseguido ablandarla. Miró el anillo, y se lo puso en el dedo anular.

—Es un buen hombre Dark, solo espero que comandar ese endemoniado navío no lo cambie.

—Kayla, tú sigues siendo una buena mujer, y has comandado el *Seabhag Dubhm* por mucho tiempo. Confiemos en que él también pueda sobrellevarlo.

Kayla asintió mientras no dejaba de mirar su anillo. Siempre llevaría a Connor en el corazón, y siempre recordaría al *Seabhag Dubhm*.

Capítulo 25

El aroma del romero y la lavanda se entremezclaba con la brisa de la costa. El sol descendía sobre los muros antiguos, dorando sus siluetas con una luz suave y melancólica. Kayla se apoyaba en el brazo de Dark, aún débil por las heridas, pero firme como un junco al viento.

—Dark, ¿por qué lo haces? —preguntó ella, rompiendo el silencio.

—¿Por qué hago el qué, Kayla?

—¿Por qué sigues aquí a mi lado después de todo?

Dark la miró de reojo, con una sonrisa amarga.

—Porque te amo, Kayla. Sencillamente por eso… e independientemente de que he sido un estúpido.

—No digas eso. No has sido ningún estúpido.

—Claro que sí —admitió él, deteniéndose bajo un arco cubierto de glicinas—. Te rechacé por orgullo. Por sentirme herido. Y ahora, no me atrevo a decirte lo que deseo porque me siento ridículo.

Ella sonrió sin poder evitarlo.

—Creo que lo justo es que sea yo quien lo haga. Tú ya me lo has propuesto dos veces. Es hora de equilibrar la balanza.

—Vamos, Kayla. No juegues conmigo.

—Ya deberías saber que no juego nunca contigo.

Ella se colocó frente a él, tan cerca que podía contarle los latidos del corazón.

—Dark, te quiero. Y más de lo que debería. —Él iba a responder a eso, pero Kayla posó un dedo sobre sus labios—. Calla y escucha. Me he dado cuenta de que eres todo lo que necesito en esta vida, y

que no deseo perderte. Así que te pido que te cases conmigo. Jamás me imaginé siendo mujer de nadie, pero tampoco puedo imaginar mi vida sin ti…

—Santo cielo, Kayla —la interrumpió—. ¿Quieres hacer el favor de cerrar el pico de una vez? Me casaré contigo. Pero yo seré quien hinque la rodilla en esta relación. Eso no podrás arrebatármelo.

Entonces se arrodilló, y tomó su mano entre las suyas. Dark la miró, con el alma ardiendo en los ojos. El corazón le retumbaba en el pecho, tan alto que temía que ella lo escuchara.

—No tengo anillo, pero tengo todo el amor que un hombre podría darle a una mujer. Y es todo tuyo. Te amo, Kayla Wallace. ¿Aceptarías ser mi esposa?

Kayla dejó caer lágrimas silenciosas. Tiró de su mano, lo hizo levantarse, y lo besó como quien besa un hogar al que por fin regresa.

El beso fue lento al principio, lleno de ternura, como si ambos temieran romper ese instante perfecto. Luego, más firme, más hambriento. Era un beso de promesas, de heridas que encontraban su cura en la otra persona.

El viento agitaba suavemente los árboles del jardín del castillo, y el aroma de las flores flotaba en el aire, abrazándolos con fragancia dulce y salvaje. El mundo parecía haberse silenciado, solo para ellos.

En el corazón de Dark, todo era claridad. Mientras la sostenía entre sus brazos, no pensaba en en el pasado.

Solo en ella.

La mujer que lo había arrastrado por los infiernos y que ahora le ofrecía el cielo. «Por Dios, ¿cómo pude alguna vez creer que podría dejar de amarte?», pensó, con su pulso acelerado, y su pecho lleno de una emoción que lo abrumaba.

En el pecho de Kayla, una paz desconocida se abría paso, cálida y lenta. Nunca había sido de entregarse. Pero ahora lo entendía: el amor verdadero no era una prisión, era un hogar. Y Dark era su hogar.

—Tantos años huyendo de ti… de esto —dijo mientras apoyaba su frente contra la de él—. Ahora que te tengo, no pienso soltarte jamás.

Sus ojos se buscaron, conectados por un hilo invisible, profundo.

—Kayla… —susurró él con voz áspera, aún con la pregunta viva entre ellos—. ¿Es un sí?

Ella sonrió, temblorosa, con los labios húmedos y los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Claro que sí, Dark Graham. Acepto ser tu esposa. Acepto amarte con todo lo que soy. —Su voz se quebró suavemente, pero su mirada no titubeó—. Eres mi única certeza en un mundo que siempre ha querido devorarme.

Dark cerró los ojos, como si esas palabras lo hubieran atravesado con una paz que jamás había conocido. Y cuando volvió a abrirlos, brillaban como los de un hombre que por fin lo tenía todo.

Se abrazaron sin decir nada más, mientras el viento soplaba con dulzura entre las hojas. En la distancia, la campana del castillo marcó la hora con un tañido profundo. El tiempo seguía, pero para ellos, se había detenido.

—Dark tengo que decirte algo, pero no sé si esperar a que te cases conmigo —soltó de pronto con cierto temor en la voz.

—Vamos Kayla, hemos cruzado ya esa barrera. Puedes contarme cualquier cosa, ya nada me sorprende de ti.

—Créeme, esto no te va a gustar. —Dark la miró con desconcierto, esperando a que continuase hablando—. He hecho una promesa a alguien.

—Kayla, tu última promesa te esclavizó a un navío pirata.

—Creo que esta es todavía peor. —Kayla se mordió el labio inferior esperando su reacción.

—Kayla, ¿qué has hecho?

Ella respiró, y entonces lo soltó de golpe, esperando que el impacto fuese menos.

—Le juré a Aria que la ayudaría a escapar.

—¡¿Qué?! Por Dios, Kayla. ¿Cómo pudiste hacer algo así? Si cumples tal promesa actuarás en contra del rey, el mismo que acaba de indultarte y que te ha abierto las casas de su hogar para que puedas recuperarte.

—Es por esa promesa por la que aún no me he ido, no porque esté herida.

—No Kayla, esta vez tendrás que incumplir esa promesa. —Kayla se cruzó de brazos y lo miró con diversión—. No vas a hacerme caso, ¿verdad?

—No, no lo haré Dark. Pero si quieres irte estás en tu derecho. Nos reuniremos después, cuando haya cumplido mi palabra.

—¡Maldita sea Kayla! Siempre me lo pones todo tan difícil. Soy un capitán de la corona, esto sería alta traición.

—No, esta vez es sencillo. Te vas, y yo cumplo mi promesa, después iré a buscarte. Si me atrapan tú no habrás tenido nada que ver.

—No, y no. Me quedo, te ayudo con tu promesa y me aseguro de que no te cojan. No me arriesgaré a perderte ahora que ya te tengo, mujer.

—Dark, no te involucraré en esto. No arriesgaré tu vida.

—Es demasiado tarde, en cuanto me lo has contado me has involucrado Kayla, mi deber ahora mismo sería detenerte y llevarte ante el rey. Hice un juramento. Y créeme, lo de detenerte y castigarte es algo que me tienta.

Kayla abrió mucho los ojos, ella también pudo imaginar muchas formas en las que le gustaría que su futuro esposo la castigase.

—Tendremos que pensar en un plan —dijo Dark irrumpiendo sus pensamientos.

—Ya tengo un plan. Y es perfecto.

—Como no. Vamos, sigamos paseando mientras me lo cuentas. —Kayla se agarró al brazo de su futuro esposo, y se dejó guiar por él.

Capítulo 26

El cielo estaba cubierto de nubes oscuras, y la lluvia golpeaba con suavidad los cristales de la ventana. Aria Mackinnon apoyaba la frente contra el vidrio frío, observando los jardines del castillo de Edimburgo como si el paisaje pudiera ofrecerle la libertad que su vida le negaba.

La habitación que le habían asignado desde su regreso era amplia, sí, decorada con tapices antiguos y muebles tallados con esmero, pero era una jaula, una cárcel.

La chimenea ardía en un rincón con leños de abeto, pero no conseguía calentar el hielo que llevaba dentro.

Desde que Dark la había devuelto al castillo, no se le había permitido ver a nadie del exterior. Ni siquiera visitar a Kayla mientras convalecía, aunque ella había suplicado por ello cada día.

La soledad le pesaba, pero Aria no era una niña débil. Sabía esperar. Sabía que Kayla cumpliría su promesa. Solo tenía que resistir. Solo un poco más.

La puerta se abrió de golpe, como una ráfaga de viento invernal.

—¡Aria! —la voz cortante de su madre la sacó de sus pensamientos.

La baronesa entró como un vendaval de perfume empolvado, y con sus joyas resonando entre sí con cada uno de sus pasos. Su vestido de terciopelo borgoña parecía más una armadura que una prenda de gala, y su rostro —siempre tenso—, mostraba una amplia sonrisa.

—Tengo buenas noticias —anunció.

Aria ni se giró del todo. Siguió mirando por la ventana.

—Sorpréndeme —dijo con la voz baja y cargada de hastío.

—Tu prometido ha llegado al castillo. Esta noche cenaréis juntos y se fijará la fecha de la boda, ¿no es maravilloso?

Aria se volvió con lentitud, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Y eso se supone que es una buena noticia? Preferiría morir ahora mismo que conocer a ese vejestorio repulsivo.

La baronesa palideció, y sus ojos brillaron de furia.

—¡Te prohíbo que hables así! ¡Niña insolente!

Alzó la mano, como tantas otras veces lo había hecho para golpearla. Pero esta vez Aria fue más rápida, y con firmeza, le sujetó la muñeca en el aire.

—No volverás a golpearme, madre. No mientras yo lo pueda evitar. Y si lo intentas… juro por todo lo que amo que no me quedaré quieta.

El silencio que siguió fue denso e incómodo. Por un instante, la baronesa pareció no reconocer a la joven que tenía delante. Aria ya no era la niña maleable de antes. Había fuego en sus ojos. Había decisión.

—Pagarás por esto, Aria —susurró la mujer con veneno en cada sílaba—. Se lo contaré al rey.

Aria sonrió con cinismo.

—Hazlo. Y esta noche, cuando me siente frente a mi «prometido», me encargaré de dejarte en ridículo delante de toda la corte. Lo juro.

La baronesa la miró como si quisiera estrangularla allí mismo, pero se irguió, respiró hondo y, sin más palabras, se marchó dando un portazo.

La puerta se cerró con violencia, y Aria quedó sola otra vez.

El viento soplaba fuerte allá afuera, haciendo crujir la piedra del castillo. Ella se volvió hacia la ventana y apoyó la mano sobre el marco mientras que, en su interior, el fuego que su madre había intentado apagar durante toda su vida, ardía con más intensidad que nunca.



La noche había caído sobre el castillo de Edimburgo, y en el gran salón se encendían los candelabros de hierro forjado. Las mesas estaban dispuestas con manteles de lino bordado, copas de cristal, y platos de plata. El perfume de la cena —cordero asado con romero, verduras glaseadas y vino especiado—, flotaba en el aire, entremezclado con la música suave de un laúd lejano.

Aria descendió por la escalera de mármol con la compostura de una reina, aunque por dentro sintiera que se marchitaba. Llevaba un vestido de terciopelo azul profundo que resaltaba el color lechoso de su piel y el fuego de su cabello. Su madre la había obligado a usarlo, insistiendo en que esa noche debía parecer perfecta.

Y lo era.

Una joya pulida hasta el brillo, destinada a ser exhibida.

Todos los ojos se giraron hacia ella cuando entró, pero uno en especial la examinó de pies a cabeza con una lentitud incómoda.

Lord Alaric de Ravenshire.

Su prometido.

El noble inglés era un hombre de rostro afilado, pómulos marcados, y una barba grisácea que no podía ocultar del todo los surcos del tiempo. Su espalda se curvaba ligeramente y usaba un bastón con empuñadura de plata. Vestía con elegancia: ropas oscuras bordadas en oro, pero ni el brocado ni el linaje podían ocultar el hedor de su edad. Era, sin duda, un hombre de mundo. Y también uno que parecía más cercano al sepulcro que al altar.

Aria caminó hacia él, —que se encontraba sentado junto al rey—, con la calma de quien se entrega a una sentencia.

Él duque se puso de pie y le ofreció su mano con una sonrisa educada.

—Lady Aria, qué dicha tenerla finalmente ante mí. Vuestra belleza ha superado con creces las historias que me llegaron —dijo, besando el dorso de su mano con los labios fríos.

—Gracias, *milord* —respondió ella, con voz suave, y sin apartar la vista de la copa que le acababan de llenar.

Después de eso se sentaron, y el rey, sonriente como pocas veces—, se mostró encantado de tener finalmente a su sobrina y a su futuro aliado en la misma sala.

La madre de Aria irradiaba orgullo, estaba sentada con el mentón en alto como si todo aquello hubiese sido obra suya.

Durante la cena, Alaric la colmó de atenciones. Le ofrecía más pan, le preguntaba sobre su salud, sobre sus intereses, e incluso intentó bromear.

—Cuando supe de su secuestro, mi querida Aria, no dormí durante noches. La idea de que pudiera ocurrirle algo, fue insoportable.

Aria lo miró entonces, y por un segundo, creyó ver en sus ojos un destello sincero. Pero luego volvió a ver sus manos manchadas de vino y años, y se sintió enferma.

—Ahora estoy bien —dijo—. Fue solo un mal sueño.

El rey alzó su copa.

—Brindemos, pues, por los futuros esposos. La boda será en una semana. Así aprovechamos la visita de Lord Alaric y damos al reino algo que celebrar.

Todos bebieron. Todos menos Aria, que apenas mojó sus labios.

Cuando la cena terminó, Aria se levantó con la gracia que se esperaba de ella. Se excusó educadamente y salió del salón, sintiendo que las paredes del castillo se le venían encima. Subió las escaleras con pasos suaves, midiendo su compostura hasta que cerró la puerta de su alcoba.

Y entonces… el silencio la envolvió.

Se dejó caer sobre la cama, aún vestida, y con las manos aferradas al corpiño que la asfixiaba. Los sollozos rompieron la máscara que había sostenido toda la noche. Lloró como no lo había hecho desde niña. Lloró hasta quedarse sin aliento, hasta que el terciopelo azul se le pegó al rostro húmedo, y la luna sobre la ventana fue testigo de su tristeza.

Capítulo 27

Unos golpes suaves en la puerta despertaron a Aria. Había llorado tanto que se había quedado dormida. Tenía los ojos hinchados, y el corazón todavía le pesaba en el pecho. Se incorporó lentamente, aturdida, y caminó hacia la puerta.

Allí, de pie, había una muchacha de su edad, desconocida, con una capucha sencilla y un bulto entre las manos. Tenía ojos inteligentes y rostro sereno.

—Señorita Aria —dijo con voz tranquila—, me manda Kayla. ¿Puedo pasar?

El nombre bastó para despejarla por completo.

—Sí, por supuesto —susurró, apartándose con rapidez.

La muchacha entró y le entregó una hoja doblada. Luego añadió:

—Es esta noche.

Con manos temblorosas, Aria desplegó la nota y leyó:

Mi querida Aria, Hoy es el día en que te sacaré de aquí. Una promesa es una promesa. Solo espero que no hayas desesperado en todo este tiempo, pero debía recuperarme y trazar un plan. Haz todo lo que te diga Rose. En breve nos vemos.

—Imagino que tú eres Rose —dijo Aria alzando la vista, y con el corazón ya al galope.

—Así es. Y no tenemos tiempo que perder. Póngase esto. —Le tendió el bulto que había traído.

Era ropa de mozo de cuadra: pantalones rústicos de lana oscura, una camisa holgada, y un jubón gastado. Incluso había un gorro de lino arrugado con el que cubrir su cabeza.

Aria se vistió sin demora. El conjunto le colgaba ligeramente, pero bastaba para ocultar su figura femenina. En el espejo, por un momento, no se reconoció. Parecía otra persona.

—Se ve bien, parece un muchacho —dijo Rose, evaluándola.

Una vez listas, bajaron a la primera planta sorteando a los pocos criados que permanecían despiertos. Atravesaron las puertas traseras de la cocina y salieron al jardín.

El aire nocturno era fresco, y el aroma de tierra mojada y flores dormidas lo llenaba todo. En la penumbra, junto a una vieja puerta trasera, esperaba una carreta cerrada y modesta con un caballo atado, para que tirara de esta. En el asiento de delante, Dark la saludó con un movimiento de cabeza y una sonrisa amable.

Aria no pudo evitar que se le derramara una lágrima.

—Suba, rápido —le indicó Rose—. No hay tiempo que perder, alguien podría verlos.

Aria puso un pie en el escalón del carro y antes de subir se giró hacia la muchacha para mirarla por última vez.

—Nunca lo olvidaré. Estoy en deuda contigo, Rose.

La muchacha le sonrió con cariño

—Buena suerte, señorita Aria. —le dijo, y acto seguido desapareció en la oscuridad.

La sorpresa de Aria fue infinita cuando, al subir a la carreta, descubrió a Kayla en el interior. Por un momento se quedó paralizada, como si la imagen no pudiera ser real. Pero lo era. Kayla estaba allí, con una sonrisa suave y el rostro algo más pálido de lo que recordaba, aunque su presencia seguía desprendiendo esa fuerza indomable que tanto admiraba.

Aria se lanzó a sus brazos, rompiendo en un llanto desesperado.

—Gracias… gracias por sacarme de aquí —decía entre sollozos.

Kayla la estrechó con fuerza, envolviéndola como un refugio cálido en medio de la tormenta.

—Vamos, Aria —dijo contra su cabello—. Llora ahora todo lo que puedas, y nunca más vuelvas a hacerlo. Ahora eres libre, una guerrera. Y las guerreras no malgastan sus lágrimas en cosas que no lo merezcan realmente.

Aria se despegó de ella para mirarla a los ojos, se limpió las lágrimas y asintió mientras se prometía así misma que no volvería a llorar por nada que no mereciese realmente la pena.

La carreta se puso en marcha poco después, y con ella, la esperanza de Aria. El traqueteo del camino, el crujir de las ruedas sobre la tierra húmeda, eran música para sus oídos. La libertad tenía un sonido distinto… un sabor diferente. Aria inspiró hondo, sintiendo por primera vez que el aire no llevaba el peso de una jaula invisible.

Pero no llevaban ni una hora en camino cuando, con los primeros rayos del sol asomando entre los árboles, el sonido de cascos rompió la calma.

Kayla se asomó con cautela a través del pequeño ventanuco lateral. Sus ojos se entrecerraron al ver a varios jinetes acercándose a gran velocidad. Eran hombres del rey.

Sus caballos ligeros les habían permitido alcanzarlas con facilidad.

—Kayla… ¿qué hacemos ahora? —preguntó Aria con los ojos abiertos como platos.

Kayla no respondió de inmediato. Evaluaba. Calculaba. Buscaba una salida.

—Tranquila —dijo al fin, con una calma que solo la experiencia podía forjar—. Se me ocurrirá algo.

Las voces de los soldados pronto se hicieron audibles desde el exterior. Estaban registrando todas las carretas en busca de la joven Aria.

—Soy un capitán a la orden del rey, no creo que sea necesario que registréis mi carreta. —Se escuchó la voz de Dark.

—Tenemos orden de revisar todas, sin excepción —contestó uno de los hombres.

Aria miró a Kayla, presa del pánico. Pero Kayla ya estaba actuando. Sacó su daga sin decir una palabra y, con movimientos rápidos y precisos, cortó el cabello que sobresalía del gorro de Aria. Luego le ajustó la ropa, escondiendo cada posible indicio de su identidad.

—Escúchame bien —susurró Kayla, con sus ojos firmes y ardientes—. Vas a salir por aquí, rodarás colina abajo. El golpe no

será agradable, pero es necesario. Escóndete entre los setos. No hagas ruido. No te muevas.

—¿Y tú? —balbuceó Aria.

Kayla le acarició la mejilla, con sus labios temblando por una fracción de segundo.

—Crea tu propio destino, Aria. Confío en ti, y estoy segura de que algún día la vida nos volverá a reunir de nuevo.

Le dio un beso en la mejilla, breve y urgente. Luego, sin darle tiempo a responder, abrió la puerta de la carreta y la empujó. Aria cayó, rodó por una pendiente cubierta de musgo y raíces, y terminó entre unos setos espinosos. El golpe la aturdió, pero estaba viva. Oculta. A salvo, por ahora.

Arriba, los hombres del rey revisaron la carreta y no encontraron rastro de la joven.

—Nada aquí, mi señor —informó uno de los soldados.

—Entonces seguimos. Rápido. Antes de que gane más ventaja. —Después se dirigió de nuevo a Dark—. Y ustedes reanuden la marcha de una vez.

Dark azuzó al caballo y pronto la carreta continuó su paso.

Kayla se recostó con aparente desgana sobre el asiento de la carreta, y con el corazón martilleándole en el pecho. Cada latido era un latigazo de miedo por la joven Aria.

Deseó con todas sus fuerzas que estuviese bien. Confiaba en ella, y había visto en sus ojos el mismo fuego que hizo que ella se salvara en el pasado. No tenía duda.



Una hora después, Dark se detuvo a un lado del camino y bajó del carro para poder hablar con Kayla. Abrió la puerta de la carreta y el semblante pálido y serio de esta lo preocupó.

—¿Qué hacemos Kayla? ¿Regresamos por ella?

—No podemos, Dark. Y ella también lo sabe. Si damos la vuelta pareceremos sospechosos, y también les daremos una idea de por dónde puede estar. Es mejor dejar las cosas así.

—¿Cres que sobrevivirá?

—No me cabe la menor duda. Es astuta y valiente, saldrá adelante.

—Bien, pues entonces es hora de regresar a casa Kayla.

—¿Casa? Yo no tengo hogar Dark, nunca lo tuve. —Kayla bajo la mirada por unos segundos.

—Por supuesto que lo tienes, pequeña. Siempre lo has tenido. —Dark acunó su rostro entre sus manos y la besó con ternura—. Yo te mostraré cuál es tu hogar…

Capítulo 28

Kayla apenas pudo creerlo cuando bajó de la carreta y sus botas pisaron, al fin, el empedrado que conducía a la fortaleza de Invernur. El aire olía a tierra húmeda, a hogar.

Frente a ella se alzaba el castillo, fuerte y antiguo, tallado en piedra gris como si hubiera brotado de la misma montaña. Las torres recortaban el cielo de la mañana, y las banderas ondeaban con orgullo sobre los tejados. Había regresado.

Varias personas comenzaron a salir al patio interior, pero una de ellas capturó su atención de inmediato.

Moira Graham.

Tan hermosa y feroz como Kayla la recordaba. Moira vestía un sencillo vestido de lana azul que ondeaba con la brisa, y sus trenzas, del color de la miel, estaban recogidas con su estilo habitual. Al verla, sus ojos brillaron con incredulidad y emoción.

—¡Kayla! —exclamó.

Ambas corrieron sin pensarlo, como si la distancia se hubiera desvanecido entre una respiración y la siguiente. Se encontraron en un abrazo apretado, cálido, donde no hicieron falta palabras.

Moira olía a lavanda y a humo de chimenea, y Kayla, por primera vez en semanas, sintió que su cuerpo se deshacía en calma.

—Estás aquí —susurró Moira con la voz temblorosa—. Por fin.

—Estoy aquí —respondió Kayla con los ojos brillando por las lágrimas.

—Y has venido con él. —Moira miró directamente a Dark y le sonrió con complicidad.

—Es largo de explicar —contestó Kayla con una risita nerviosa.

Poco después, otro abrazo se dio, esta vez entre hermanos. Owen Graham apareció en el umbral del portón, alto y con las espaldas anchas de los hombres del norte. Su cabello era mucho más claro que el de Dark, pero compartían la misma mirada firme, y honesta.

—Hermano —dijo Owen, avanzando sin contener la emoción.

—Hermano —exclamó Dark mientras se fundían en un abrazo.

Entonces, tres figuras más pequeñas cruzaron el patio corriendo. El mayor, —un niño de unos diez años—, se detuvo frente a Dark y levantó la barbilla con una mezcla de timidez y adoración.

—¿Eres tú… tío Dark? —preguntó.

Dark se inclinó frente a él, conmovido. El parecido con su hermana fallecida lo golpeó en el pecho con fuerza. Tenía sus mismos ojos, su sonrisa franca.

—Einar… —dijo con la voz entrecortada por la emoción—. Te pareces tanto a tu madre.

—Gracias por todas tus cartas —dijo el niño, entusiasmado—. Creo que me las sé de memoria. Ahora que estás aquí, quizás puedas contarme esas historias tú mismo.

Dark soltó una risa suave.

—Tengo tantas historias que contarte, que seguramente acabarás aburriéndote.

—No lo creo, aquí nunca pasa nada interesante —contestó el pequeño con una gran sonrisa en el rostro.

—Tendremos que hacer que eso cambie— dijo revolviéndole el pelo—. ¿Y estás dos princesitas? —añadió, señalando a las pequeñas.

—Ajá —asintió Einar orgulloso—. Son Kristy, y Rosslyn, mis hermanas. La mayor tiene cuatro años y la pequeña tan solo dos. Como ves, estoy rodeado de chicas.

Kayla los miraba con cariño, y una calidez dulce en el pecho.

—Vaya, Moira. Estás creando tu propio ejército —le dijo.

Moira rio con una chispa de orgullo en la mirada. Entonces Kayla reparó en una figura imponente al fondo del patio: un lobo de pelaje gris plateado, tan sigiloso como una sombra. Era Fenrir, el lobo de Moira, que observaba desde la distancia con ojos alerta y serenos.

—Vigila que estemos a salvo —dijo Moira al notar la mirada de Kayla—. Nunca baja la guardia. Es mi familia también.

—Sigue siendo majestuoso —respondió Kayla.

Moira alargó una mano hacia ella.

—Entremos. Tenemos mucho de qué hablar.



Esa noche, el gran salón de Invernur resplandecía como un corazón encendido. Cientos de velas chisporroteaban sobre los candelabros suspendidos de las vigas oscuras, y las chimeneas rugían con leños de abeto, llenando el aire con un aroma terroso y reconfortante. Afuera el invierno silbaba su canción, pero dentro de aquel castillo, el calor era tangible.

Kayla estaba sentada junto a Dark, con la espalda recta pero los dedos entrelazados a los de él bajo la mesa. Frente a ellos, Moira contaba anécdotas mientras sus hijos reían a carcajadas. Owen se apoyaba contra la silla con una jarra de cerveza en la mano y un brillo de alegría en la mirada.

Había música. Había pan caliente, carne en su punto, vino dulce y espeso. Pero sobre todo, había un aire de pertenencia, de tribu, de hogar.

Cuando la conversación bajó el tono y las copas tintineaban entre platos vacíos, Dark se puso de pie. A su lado, Kayla lo miró sorprendida, pero él le dedicó una sonrisa.

—Tengo algo que decir —anunció con voz clara, aunque serena.

Los murmullos cesaron de inmediato. Todos lo observaban con expectación.

—Nos casamos —añadió, mirando a Kayla, y su voz fue como una promesa.

Ella se levantó entonces, con la barbilla alta y la mirada firme. No necesitó decir nada más. El salón estalló en exclamaciones, aplausos, vítores. Moira fue la primera en llegar hasta ellos, envolviendo a Kayla en un abrazo que casi la hizo perder el equilibrio.

—Enhorabuena, hermana.

Los niños aplaudían, incluso la pequeña Rosslyn imitaba los gestos de los mayores con entusiasmo.

Y cuando la celebración llegó a su punto más bullicioso, Kayla se escabulló del salón con Dark. Salieron por la puerta trasera, cruzaron el patio empedrado y se adentraron en los jardines, donde la noche les pertenecía solo a ellos.

El cielo estaba despejado, tan limpio que las estrellas parecían arder, suspendidas a baja altura. Cada hoja, cada piedra, parecía resplandecer bajo la luna.

—Nunca imaginé esto —dijo Kayla, paseando la yema de los dedos por los setos floridos—. Nunca pensé que regresaría, y ahora que estoy aquí no puedo creer que no lo hiciera antes.

Dark caminaba junto a ella, con sus pasos sincronizados como el pulso de un mismo cuerpo.

—Yo tampoco, pero aquí estamos los dos, juntos al fin.

—Me he hecho de rogar, lo admito. —La guerrera sonrió con picardía.

—Lo has hecho, y no negaré que eso es algo que me volvía loco.

—Puede que mañana también me haga de rogar.

—¿No serias capaz, Kayla? Pronto seré tu esposo, me debes devoción y entrega absoluta. —Dark la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo tanto que sus narices se tocaron.

—No puedo creer que hayas sido capaz de hablarle así a una mujer que podría acabar con tu vida en tan solo un abrir y cerrar de ojos. —Dark fue a hablar justo cuando sintió la hoja fría de un cuchillo en el cuello—. Podría matarte ahora mismo capitán.

—Futura señora Graham… —susurró rozando sus labios—. No necesitas una daga para acabar con mi vida, solo con que te alejes de mí más de lo debido me estarás enviando directamente al purgatorio.

Dark la besó de una forma apasionada, y Kayla no pudo hacer otra cosa que soltar la daga para poder abrazar su cuerpo.

Una vez se separaron Dark la observó, todavía le costaba creer que fuese a ser suya, su esposa. La brisa le alborotó el cabello suelto, y su semblante, iluminado por la luna, se mostraba sereno, pero sus

ojos eran demasiado expresivos como para ocultarle nada, Dark pudo leer la preocupación.

—¿Va todo bien, pequeña?

—Pienso en Aria. Me duele no saber si está a salvo.

Dark le apretó la mano con suavidad.

—Estará bien, Kayla. Es lista. Pero si te quedas más tranquila podemos ir a buscarla.

—No, Dark. Aunque me encantaría, es cierto que Aria debe forjarse su propio destino. Y nosotros nos debemos esta oportunidad. Sin más sobresaltos.

—Sin sobresaltos, ¿eh? —Dark se agachó y recogió la daga de Kayla, y se la metió dentro de su cinturón—. Pues entonces será mejor que yo guarde esto por el momento.

Ella no pudo evitar reír.

Caminaron hasta lo alto de la colina, donde la noche se abría en un vasto mar de estrellas. Allí, entre la hierba alta, Dark se detuvo. Señaló al fondo, donde se alzaba una casita de piedra con ventanas estrechas, tejado oscuro y un cobertizo a un lado.

—¿La ves? Esa es nuestra casa. Tiene un establo, una chimenea enorme y unas vistas que te roban el aliento. No es grande, pero es suficiente. Hablé con el rey y dejé mi puesto. Me ocuparé de estas tierras con Owen.

Kayla se volvió hacia él, y por un momento no dijo nada. Solo lo miró. Y mientras lo hacía, sintió que todo el frío de su pasado se derretía.

Era feliz, demasiado feliz.

Dark la miraba como si fuera la respuesta a todas sus plegarias. Como si por fin hubiera encontrado algo más allá del deber.

—Es perfecta —dijo ella, con un susurro que tembló entre sus labios—. Todo lo que necesito.

Y entonces, él la besó.

Pero no fue un beso cualquiera. Fue un beso lleno de todo lo que no habían dicho, de todas las veces que se habían perdido y vuelto a encontrar. Su boca buscó la de ella con devoción, pero también con hambre. Kayla se aferró a sus hombros como si necesitara anclarse

para no volar. El beso fue profundo, lento, como si el tiempo se hubiese detenido para permitirles memorizarse el alma.

En ese instante, bajo la noche y el silencio de las Tierras Altas, Dark y Kayla, por primera vez, supieron que no habría más despedidas.

Capítulo 29

Aquella mañana no fue el sol lo que despertó a Kayla, sino el murmullo de los preparativos en el patio interior de Invernur, y el aroma embriagador del pan recién horneado mezclado con flores de brezo. A través de la ventana abierta, una brisa fresca le acarició el rostro como un presagio de esperanza.

Moira entró en la habitación cargando un pequeño cofre de madera. Su vestido era de lino azul oscuro y su cabello, recogido con trenzas sencillas, enmarcaba su rostro con esa belleza feroz que siempre la había caracterizado.

—Hoy es el día —susurró con una sonrisa que contenía emoción y orgullo—. Y va a ser perfecto. Moira abrió el cofre que había traído consigo, y extrajo un broche de plata con el emblema de los Graham, este tenía una piedra ámbar en el centro.

Kayla lo sostuvo entre los dedos, notando el calor del metal en su piel.

—A Dark le gustaría que lo llevaras. Era de su hermana.

—Es hermoso —dijo mientras sus ojos se llenaron de lágrimas.

Moira la ayudó a prepararse. Nada de bordados lujosos ni velos complicados. El vestido de Kayla era de lino marfil, sencillo, pero con una falda que caía con elegancia y un corsé adornado con hilos verdes y plateados que evocaban su tierra. Una cinta trenzada ceñía su cintura, y sobre su cabello suelto reposaba la misma cinta que Moira había guardado con tanto celo, y que ella misma había lucido en su boda.

Kayla se miró al espejo y por un instante no reconoció a la mujer reflejada. Ya no era la pirata, ni la fugitiva. Era solo ella, dispuesta a

amar y ser amada sin condiciones.

La ceremonia se celebró en la pequeña iglesia de piedra a las afueras de Invernur, rodeada por colinas verdes y cielo abierto. Las campanas repicaban con fuerza mientras los vecinos del pueblo, amigos y soldados se acomodaban en los bancos. Dentro, el aroma de las flores silvestres decorando el altar llenaba el aire con frescura.

Dark aguardaba frente al sacerdote, con el rostro serio pero los ojos llenos de luz. Vestía un tartán verde oscuro sobre su hombro, y el broche de su clan brillaba sobre su pecho.

Cuando vio a Kayla entrar, sostenida únicamente por su valentía, sintió cómo el mundo dejaba de girar por un instante.

Ella caminó despacio, con paso firme, y sin desviar la mirada de él. A su alrededor todo desapareció. Solo existían ellos dos, dos almas que se habían encontrado contra todo pronóstico.

El sacerdote los recibió con una bendición y la ceremonia comenzó.

—Nos reunimos aquí, ante Dios y los hombres, para unir en santo matrimonio a Dark Graham y Kayla Wallace. Que el Señor bendiga esta unión y que jamás falte amor, respeto ni valor en sus días.

Los votos fueron pronunciados sin necesidad de papel. Nacieron del alma:

—Kayla —dijo Dark—, juro amarte como eres, sin intentar cambiarte, y defenderte hasta el último aliento. Juro que este amor será tu refugio, y yo, tu hogar.

Ella sostuvo su mirada, y con la voz algo temblorosa dijo sus votos:

—Dark, juro caminar a tu lado sin importar las tormentas. Eres mi ancla, mi norte y mi paz. Si alguna vez me pierdo, sabré regresar a ti.

El sacerdote los unió en nombre de Dios, y la iglesia estalló en aplausos y vítores.

Cuando Dark la besó, fue como si por primera vez todo hubiese cobrado sentido, el mundo pareció volverse más claro. Las heridas del pasado dejaron de sangrar. La sal del mar, la sangre, el acero, y

todo lo que los había formado, se disolvía en la dulzura de ese instante.

Kayla cerró los ojos y pensó que, por fin, su historia tenía un final donde no era ella quien huía, sino quien se quedaba. Donde el amor no era un precio a pagar, sino una recompensa ganada.

Epílogo

Aria MacKinnon, la fugitiva de las Tierras Altas.

El tercer amanecer había llegado sin clemencia.

El bosque se abría como una herida viva bajo el cielo encapotado. Las ramas desgarraban la piel de Aria, dejando finas líneas ensangrentadas en sus mejillas, pero ella no se detenía.

Su capa, empapada y cubierta de barro, colgaba de sus hombros como un peso muerto. Llevaba tres días y tres noches sobreviviendo en silencio, bebiendo agua helada de los riachuelos, durmiendo bajo árboles retorcidos, y alimentándose de raíces y hojas amargas que apenas calmaban el hambre que la devoraba por dentro.

Su respiración era un suspiro áspero. Las rodillas le fallaban con cada paso, pero su mente seguía corriendo, escapando de su madre, del duque que habían querido imponerle como marido, y de un mundo que nunca le ofreció más que grilletes en forma de seda y oro.

Y entonces lo vio.

En lo alto de una colina, y más allá de un campo cubierto de escarcha, surgía una estructura de piedra y madera. Una casa solariega. Un granero.

Divisó humo saliendo por la chimenea, y por un instante, la esperanza volvió a prenderle en el pecho.

Tropezó una vez más y cayó de bruces, pero no maldijo. Solo se arrastró, jadeando, hasta alcanzar la pared del granero. Con las últimas fuerzas, empujó la puerta, se deslizó dentro y se dejó caer sobre un lecho de heno y sacos viejos.

No supo cuánto tiempo durmió. Solo que despertó de golpe al sonido de unas botas sobre el suelo de madera.

—¿Hay alguien ahí? —La voz era baja, pero firme y alerta. Con un resaltado acento del norte.

Aria se encogió tras la carreta volcada. Temblaba. No podía permitirse ser descubierta. No ahora.

El haz de una antorcha cruzó su escondite, y una silueta se recortó contra la luz: alta, masculina, de hombros anchos y movimientos seguros. El joven se agachó con agilidad, dejando que la llama bailara frente a su rostro.

Sus ojos grises se clavaron en los suyos. No eran crueles. Eran agudos. Inteligentes. Perspicaces.

—¿Por las barbas de mi padre…? —musitó, sorprendido—. ¿Quién demonios eres tú?

Aria tragó saliva. La garganta le dolía.

—Por favor… —susurró—. No me entregue.

Él la observó durante varios segundos que parecieron eternos. Entonces, sin decir palabra, sacó una cantimplora de su cinturón y se la ofreció.

—Bebe. Luego vienes conmigo. Él sabrá qué hacer contigo.

—¿Él… quién?

—Mi padre. El laird de Glenfyne.

El salón principal de la fortaleza, era tan severo como imponente. Vigas negras recorrían el techo a gran altura, sosteniendo lámparas de hierro. Alfombras escocesas cubrían el suelo de piedra, y la chimenea, grande como un establo, rugía con llamas de turba y leña vieja. Una alfombra de oso y un escudo familiar colgaban detrás del gran sillón donde Fergus Kinnaird, el laird, descansaba con una copa de *whisky* entre los dedos.

—¿Dicen que lo encontraste en el granero, Niall?

El joven asintió.

—No opuso resistencia. Estaba casi desmayado. Pero no creo que sea un ladrón. Más bien alguien que está escapando de algo.

El *laird* la escrutó, y Aria bajó la cabeza.

—¿Tienes nombre, muchacho?

Ella dudó un instante. Luego, dijo:

—Ron, señor.

Fergus Kinnaird entrecerró los ojos.

—Muy bien, Ron. Está claro que necesitas ayuda, tienes un aspecto lamentable. Si quieres puedes quedarte, pero tendrás que trabajar.

—Puedo trabajar, señor. Juro que no le daré problemas.

—Me alegra oír eso, hijo. ¿Sabes? Murtha, el hombre que se ocupa de las caballerizas perdió a su hijo hace tan solo unos días debido a unas fiebres. Tenía más o menos tu edad. Estoy seguro de que le vendrá bien tu ayuda.

—Se me dan bien los caballos, señor. Y tengo manos fuertes.

—Pues solucionado. Bienvenido al clan Kinnaird. Niall, acompaña al muchacho a las cocinas y deja que llene su estómago, parece que lleve días sin hacerlo.

—Por supuesto padre. Niall le hizo un gesto de cabeza a Aria para que lo siquiera y ella se puso en marcha tras él.

Niall la miró de reojo, había algo en ese joven que no encajaba del todo, así que se prometió así mismo averiguarlo.

Aria lo siguió en silencio, consciente de la mirada de Fergus quemándole la espalda.

Pero fue Niall quien atrapó su atención.

Su cabello oscuro recogido con una cinta de cuero, le rozaba la nuca, y su mandíbula angulosa, lo hacía parecer imponente. Vestía sencillo, con un jubón de cuero oscuro, pero no había nada de simple en él. Era fuerte, seguro… y terriblemente guapo.

Cuando se volvió un momento para asegurarse de que ella lo seguía, sus ojos se encontraron por un segundo. Y fue como si la niebla que rodeaba a Aria desde hacía días empezara a despejarse…

Mis queridos viajeros y viajeras, gracias por llegar hasta aquí, sin vosotros, esto no sería posible. Gracias por seguir leyendo mis

historias, y por vuestros comentarios que me ayudan tantísimo.

Si te ha gustado esta historia te agradecería que me dejaras una valoración en Amazon, con eso me ayudas a difundir mi novela y a llegar a más personas.

También puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, donde siempre estarás al tanto de todas mis novedades. Por otra parte, te invito a que visites mis redes sociales de Instagram o Facebook, donde subo contenido sobre mis novelas.



Susane Fork vive en Nueva York, y trabaja como directora de casting para una plataforma digital donde su serie más aclamada por el público está basada en la Escocia medieval.

Harta de descartar a todos los actores que se presentan a sus audiciones porque ninguno es lo bastante fuerte, lo bastante alto, lo suficientemente rudo, o escandalosamente atractivo y varonil, decide embarcarse en un viaje a **Escocia** para encontrar al próximo *highlander* que se convertirá en la estrella de una de las

series más famosas de los Estados Unidos.
Pero la vida le guarda a Susane un destino que jamás imaginará, uno en el que va a encontrar a ese actor que tanto ha codiciado; un auténtico **guerrero de las Highlands**, pero solo hay un inconveniente, y es que ese hombre perfecto y que encaja tan bien en el papel, pertenece al S. XVI.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Saga viajeras del tiempo

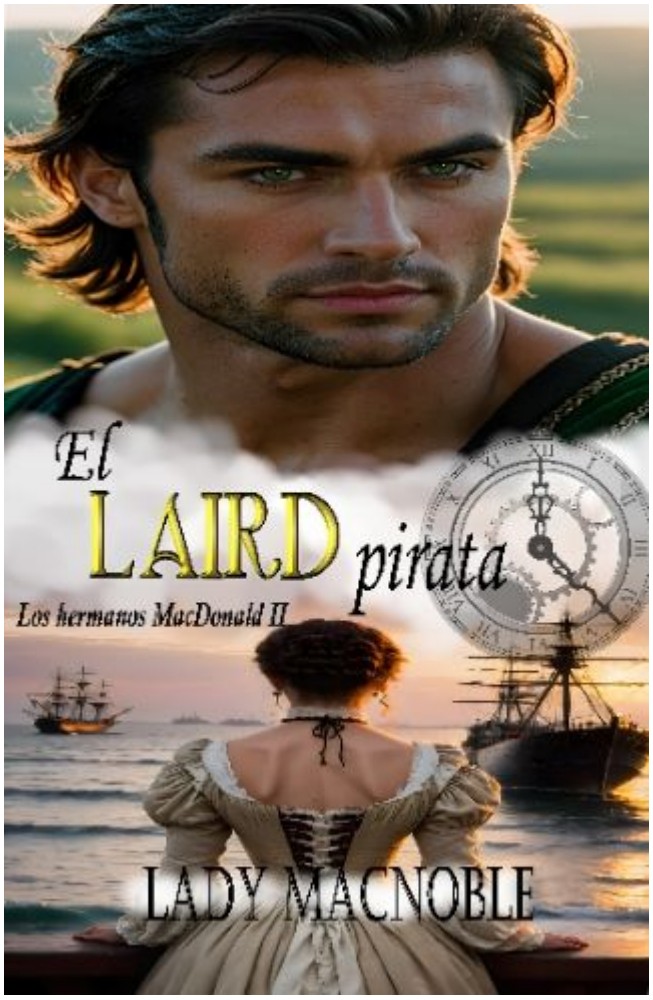

LADY MACNOBLE
Una Sassenach en las Highlands
Viajeras del tiempo I


LADY MACNOBLE
Conquistando Inverness
Viajeras del tiempo II



Bilogía los hermanos MacDonald


Mi Bestia de las
HIGHLANDS
Los hermanos MacDonald I
LADY MACNOBLE



Comedia romántica con fantasía


De vuelta
a mis VEINTE
LADY MACNOBLE